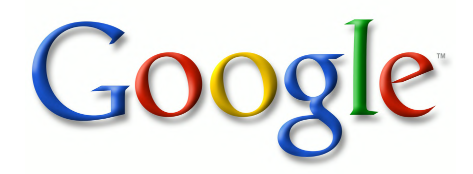
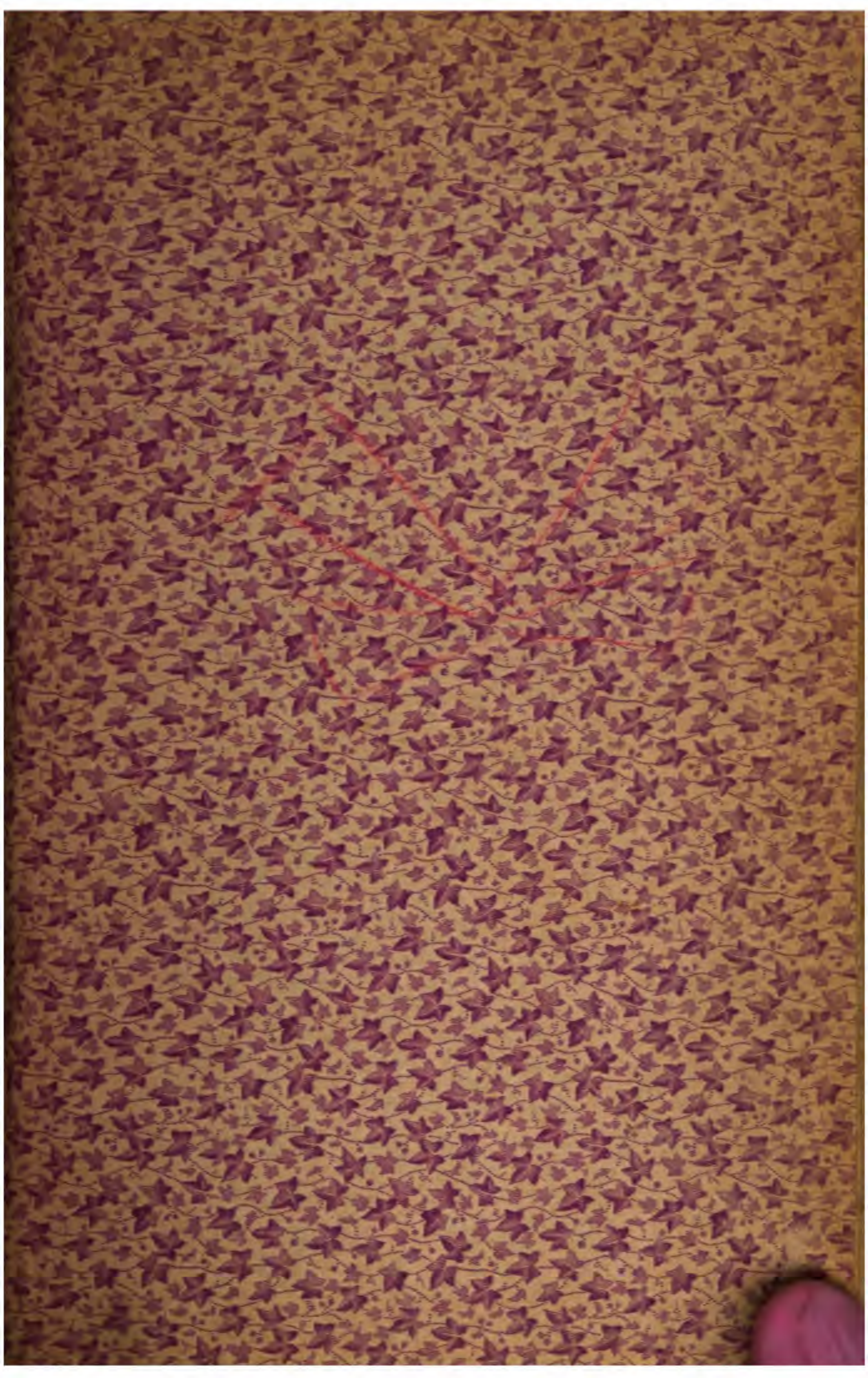

Google





OBRAS

DE

ROSA KRUGER

PRECEDIDAS DE UN PROLOGO

POR

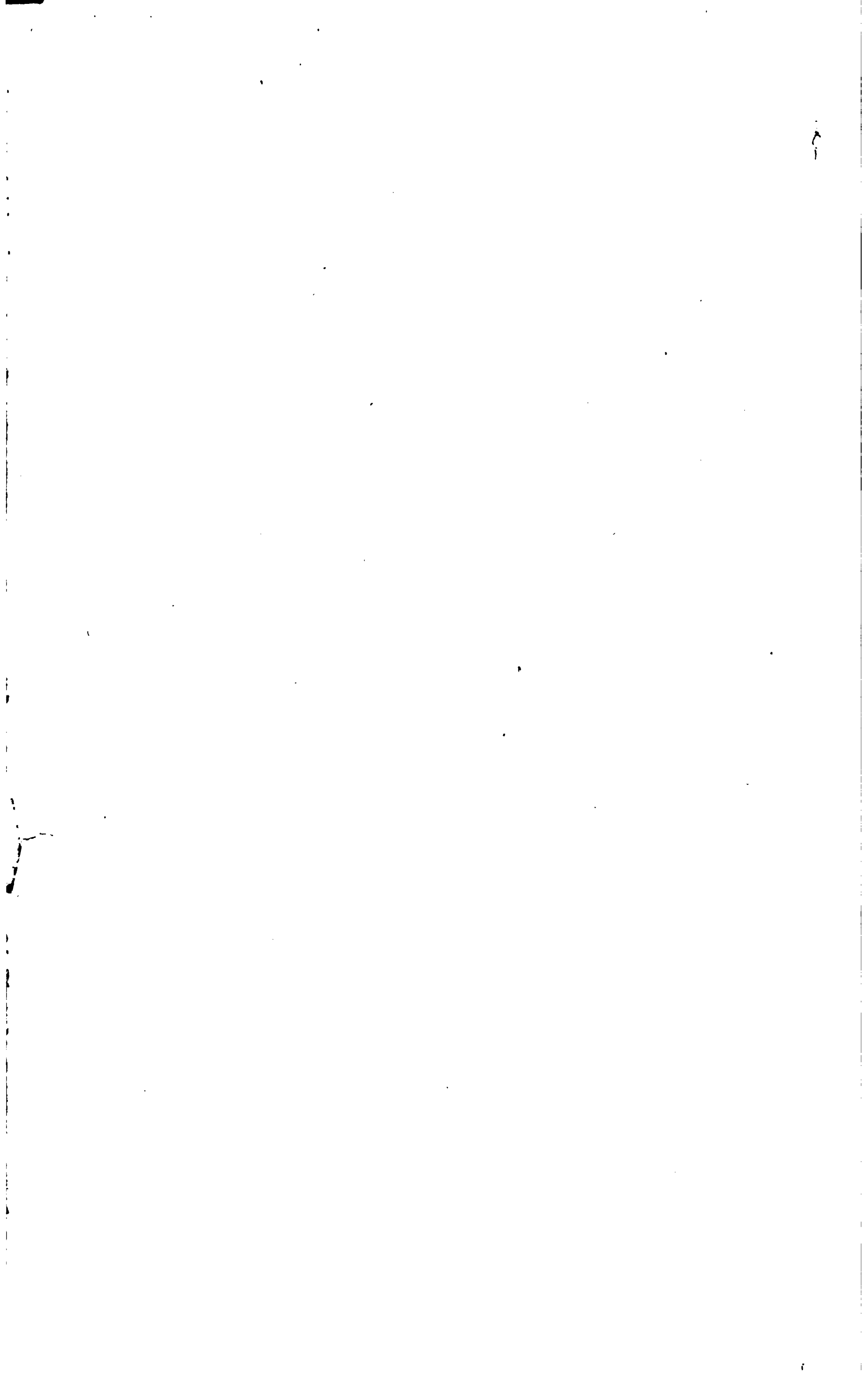
JOSE ANTONIO CORTINA.

TOMO PRIMERO.

HABANA.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE LA VIUDA DE SOLER, RICLA 40

1883.



PROLOGO.

La impaciencia con que los amantes de las letras esperan las obras en verso de la señorita Rosa Kruger, responde á un sentimiento que hace, hasta cierto punto, innecesario este prólogo.

El siglo XIX es el siglo del movimiento y de la luz y, por tanto, el siglo de la vida. Sacudido en su cuna por las violentas tempestades que, en desagravio de la justicia, traían desde el fondo de la sociedad á la superficie nuevas clases llamadas á los goces de la inteligencia y la fantasía, si no lega á las generaciones futuras inmensas pirámides, veteadas de mudos jeroglíficos, y estátuas que realizan los sueños de la belleza; armado con la draga escrutadora arranca del seno de los abismos el misterio de la vida; dobla los mundos en el espacio, merced al telescopio; y engarzando la tierra en las redes del telégrafo, levanta entre las maravillas de la creacion el ideal de la humanidad.

Poderoso aislador de esta corriente progresiva ha sido el espíritu de suspicacia, de recelo y des-

confianza que tan infecunda ha hecho entre nosotros la política del gobierno metropolitano. Cuba, no obstante, sustrayéndose á los obstáculos con que se ha tratado en vano de limitar el horizonte de su vida intelectual y moral, presenta á la admiracion de propios y de extraños, filósofos como Luz y Varela, estadistas como Saco, oradores como Escobedo, poetas como Heredia y la Avellaneda.

Humilde puesto viene á demandar entre ellos la malograda Rosa Kruger. Trae unas flores en la mano: inspiraciones son de nuestros campos, que ella recogía en el silencio del hogar, al alhago de una madre cariñosa y de amigos entusiastas, en tanto que muchos de sus compañeros ¡ay! olvidando el luto de la patria, se entregaban á los placeres enervadores. ¡Como si en lecho de rosas realizara Tell su epopeya inmortal! ¡Como si al blando son del caramillo quebrara Espartaco sus cadenas ó Washington subiera al Capitolio!

Y ese puesto habrá de concedérselo la posteridad. No hay en sus versos el arranque poderoso con que Heredia corrige y mejora la obra de la naturaleza, uniendo su voz á la sublime majestad del Niágara; tampoco la enardece, como á Tula Avellaneda, el estro pindárico de *La Cruz* y *El Genio*. Pero las ideas levantadas, los sentimientos purísimos y los sueños candorosos vienen á ser como el aliento de sus versos, como el perfume de su alma. Y si la poesía de nuestro tiempo ha de darnos algo más que *El gorrioncillo* de Cátulo, las expansiones elegiacas de Ovidio ó los cantos melancóli-

cos de Simónides; si han pasado ya las églogas de Virgilio y las campestres armonías de Burns y de Béranger; si es fuerza nutrir las alas de la imaginacion con la savia de la ciencia para que no caiga como Ícaro, á los primeros resplandores de la verdad, nunca faltarán al corazon tristezas y desfallecimientos; y habrá poetas melancólicos allí donde se oigan los lamentos del esclavo y el ruido de las cadenas, miéntras en pueblos más felices—*¡Excelsior!*—gritará Longfellow á la juventud del siglo, y Nuñez de Arce en los *Gritos del Combate* hará oir las palpitaciones de una sociedad descontenta del presente, entusiasta y soñadora, ávida de luz y de porvenir.

¿Qué ha de cantar el poeta esclavo, sino el peso de sus cadenas y los súbitos relámpagos que iluminan un punto las tinieblas de su alma? ¿Tuvo el siervo otra música que el canto de las aves y el murmullo de las selvas? ¿No dirige Heredia su voz á Emilia *desde el suelo fatal de su destierro*, lamentándose de la suerte y entreviendo un porvenir de gloria para su patria? ¿No siente Luaces el fuego de Tirteo al cantar las proezas de Misolonghi, y no dice resignado Milanés que *apoyado al timon espera el dia?* ¿Quién no jura con Plácido, el sublime cantor de Jicotencal, *ser enemigo eterno del tirano*, y no llora las amarguras del inmortal Zenea, cuando aherrojado en oscura prision, derrama un dia y otro dia los tesoros de su alma sobre el *Diario de un Mártir*?

Vasto es el dominio del arte y la libertad su primera condicion de vida; y si no es el artista,

como se ha dicho, un arpa eólia que vibra al soplo de las emociones contemporáneas, lo cierto es que los grandes poetas viven del medio en que se desarrollán; y si pulsan robusta lira, arrancan esas notas armoniosas y sublimes en que á veces se condensa la cultura de una época.

No pretendía, ciertamente, Rosa Kruger remontarse á esas alturas que sólo alcanzan *los escogidos del arte;* pero hay en sus versos, sencillos y modestos, sentimientos que conmueven, ideas que hacen meditar. Las primicias de su pléctro son para su madre:

Tú me diste la existencia;
Yo, madre, te doy el alma!

En fáciles redondillas dice de *Las flores:*

Yo las amo y las admiro,
Ya broten en la pradera,
Ya en la verde enredadera
De un apacible retiro.
Por eso adorno con ellas
El muro de mi ventana,
Y las miro en la mañana
Y á la luz de las estrellas.
Y si alguna se marchita
Me entristezco, y me parece
Que es un alma que padece,
Un corazon que palpita.

La Lluvia prueba el grado de correccion que hubiera alcanzado con el estudio constante de los buenos modelos. Las estrofas que siguen parecen caidas de la pluma de Cadalso ó de Melendez:

Hiende el aire el relámpago, lejano
Zumba el trueno imponente;
Y corre y se dispersa por el llano
El rebaño inocente.
Fresco soplo desciende de la cuesta,
Reanimando los valles,
Y las hojas arrastra en la floresta
Por las frondosas calles.

De la malva el olor y de la grama
Roba y esparce el viento,
Y del ardiente sol la roja llama
Palidece un momento.
Sus tallos mece la flexible hiedra,
Y resalta más puro
Su verde suave en la vetusta piedra
Del carcomido muro.
Abre, desata, bienhadada lluvia,
Tu misteriosa fuente;
¿No ves cuál brota de la espiga rubia
La preciada simiente?

Pero no vamos á invadir el terreno de la crítica. Dia llegará en que, atravesada nuestra Cuba por canales, ferrocarriles y telégrafos; transformadas sus ciudades por el refinamiento del arte; animados sus grandes puertos por el vapor y la electricidad; engrandecidos sus planteles de educacion, y regenerado su gobierno, pueda decir al extranjero que ya en su seno no se miran

«En el grado más alto y profundo,
Las bellezas del físico mundo,
Los horrores del mundo moral.»

Fácil será entónces que, en medio de tanta dicha, unos tras otros, vayan cayendo en el seno del olvido los nombres de los que tanto la adoraban. Será el de Rosa Kruger quizás de los primeros; pero si

Gloria y ornato del suelo,
Por su pompa y sus colores,
Como los astros al cielo
Son á los prados las flores,

nunca faltarán almas sensibles que, mientras cruce nuestros campos la potente locomotora, llevando en sus espirales de humo el estandarte del progreso; al ver cómo asoman entre los artefactos de la civilizacion las silvestres florecillas, repitan con la dulce cantora:

Y si alguna se marchita
Me entristezco, y me parece
Que es un alma que padece,
Un corazon que palpita!

Ella voló á la *region inexplorada, de cuyos lindes no ha vuelto ningun viajero.* Cuantos en vida la admiraban ¡triste privilegio de los que se quedan! guardan entre sus más tiernos recuerdos la memoria de la malogrado poetisa.

José Antonio Cortina.

POESIAS.

Á MI MADRE.

Este libro cariñoso
En cuyas páginas graba
El tiempo sus hondas huellas,
Con inextinguible marca,
A tí, madre, abre sus hojas;
En él posa tu mirada,
Y á la par de tus angustias,
Con mi efímera esperanza,
El cariño que me inspiras
Verás ¡oh madre adorada!
Tambien en él los recuerdos
De mi niñez pura y lánguida;
De la juventud primera
Hallarás las remembranzas;
De la gloria el amor puro,
Y el más bello de la patria;
De saber afan sublime,
Y sed de dicha y de calma.
Es bien fácil que en él halles
El rastro de alguna lágrima,

De una existencia doliente,
Queja triste, huella amarga.
Al posar sobre esas hojas,
Dulce madre, tus miradas,
Escogerás la más digna,
La que más para tí valga:
Tú me diste la existencia;
Yo, madre, te doy el alma!

LAS FLORES.

Gloria y ornato del suelo,
Por su pompa y sus colores,
Como los astros al cielo
Son á los prados las flores.
¡Cómo la vista se esparce,
Al ver á orillas del rio
Lucir como en rico engarce
Entre el musgo su atavío!
Tal parece en su vaiven
Brindarles la linfa pura,
Con lágrimas de ternura
Suspiros de amor tambien.
Hijas dulces, predilectas
De la hermosa creacion,
Entre sus obras perfectas
Ellas maravillas son.
Su belleza al ave inspira
Que canta alegre, dichosa,
Y libre revuela y gira
Sobre la encendida rosa.

Humilde sér en vida fué el que yace
Bajo el dosel frondoso de verdura;
Ni la silvestre flor que al prado nace
Tocar osaba con su mano dura.

Mas el sudor copioso de su frente
Las campiñas espléndidas regaba;
Ellas daban el fruto sonriente;
El con su brazo el surco señalaba.

Hoy reposa en la tierra junto al bravo
Que combatió en la lid con gloria y suerte.
Tumba digna de un bardo halló el esclavo;
Dulce y propicia fué para él la muerte!

A LA POSTERIDAD.

En el carro del tiempo reclinada,
Ceñida de áurea luz la sien gloriosa,
De lozano laurel la diestra ornada
Y en la opuesta la trompa sonorosa;
Vá la posteridad noble y severa,
Entre las nubes la cerviz alzando,
Mientras ráuda su voz suena en la esfera,
Mil armoniosos ecos despertando.
Vosotros, que sentis en vuestro seno
De inspiracion el gérmen prodigioso,
Mostrad el rostro impávido y sereno,
Conmueva el mundo vuestro canto hermoso.
¿Qué importa perecer, cuando la llama
Espléndida del númen reverbera?
Qué importa perecer, cuando la fama
Alza un himno triunfal en su carrera?
Allí el futuro está: en él se estrella
La humanidad vulgar, como la ola
Que corre hácia la playa y muere en ella
Sin ruido ni fragor, tímida y sola.

Más el genio ese límite traspasa,
El muro que la muerte le presenta,
Y de los años á la lumbre escasa
De eterna juventud el sello ostenta.
¡Posteridad! cual música sonora
Hiere tu nombre el alma del poeta,
Y como el iris que la tarde dora
Reluces del artista en la paleta.
Sin tu laurel ¿qué fuera la victoria,
Y la virtud y la grandeza humana?
Sin recuerdos sublimes y sin gloria,
Sólo una sombra pasajera y vana.
Brotaste con el rayo esplendoroso
Que iluminó risueño el paraiso,
Cuando el inmóvil mundo silencioso
Rodó en sus ejes rápido y preciso.
A su curso ligada tu carrera,
Espíritu invisible, has contemplado
La humanidad desde su luz primera:
¿Cuántas lágrimas ¡ay! has derramado?
¡Eco del tiempo! musa de la historia!
Las edades se inclinan á tu paso,
Legándote sus hechos, su memoria,
Al perderse en las sombras de su ocaso.
Ellas en ráudo torbellino giran,
Y tú sobre la cumbre refulgente,
Lanzas los bellos cánticos que inspiran
Gozo y veneracion eternamente.
Dichoso el que al morir en tí revive
Más grande y más feliz en el futuro,
Y del tiempo en el rápido declive
Antes que perecer, brilla más puro!

EL ULTIMO CANTO.

FRAGMENTO.

El bardo iba á morir; en pobre lecho
De tétrico hospital triste gemia;
Desgarraba el dolor el noble pecho
Que ardiente palpitaba en otro dia.

Huyó la noche lóbrega, en la cumbre
Rosado tinte reflejó la aurora;
De un mísero mortal la pesadumbre
Su belleza no apaga ni desdora.

De luz, de clara luz innunda el suelo,
Y débil rayo al moribundo llega;
Rayo que baja del hermoso cielo
Y sus matices límpidos desplega.

Al sentir en su sien la tibia y grata
Caricia, que le brinda la alborada.
Abrió el triste los ojos, y retrata
Tierna emocion su frente marchitada.

Entónces blanda brisa que estremece
Los floridos naranjos del otero,
En el labio febril, que palidece,
Vierte el perfume suave y pasajero.

La boca ansiosa aspira el dulce aroma;
Y cual pudiera bálsamo precioso
La sangre reanimar, doliente asoma
En su mirada un brillo misterioso.

La savia de los campos que produce
Tantos tesoros de riqueza y gloria,
Parece que á sus venas le conduce
La brisa, en su carrera de victoria.

La frente soberana se levanta
Que hirió del infortunio la saeta,
Y el sollozo que exhala su garganta,
Desgarra el corazon de aquel atleta.

¡Oh, gloria, oh dulce ensueño que sonries
Cual hada cariñosa á los mortales,
Hechicera deidad, cómo te engries
De triunfos tan costosos y fatales!

Muéstrate justa, descorriendo el velo
Que oculta al trovador la edad futura,
Y en alivio á su amargo desconsuelo
Házle ver de tu seno la ternura.

Píntale el lloro que su suerte arranca,
Y el último dolor que siente el seno
Del tierno jóven de sonrisa franca,
Hasta el anciano de dolores lleno.

Quizás tan bello galardon mitigue
El abandono cruel que le rodea,
Y á la tristeza que su pecho abrigue
El goce de la paz suceder vea.

¡Piedad del infeliz! Cubre su frente
La nieve prematura de los años;
Su brillo juvenil agostó ardiente
El austro de profundos desengaños!

Si áun volviera á la vida, el noble brazo
Sosten pudiera ser de su familia;
¡Ah! no... la suerte le negó ese lazo
Que hace más grata al hombre su vigilia.

El amor de la esposa y de los hijos,
Tal vez, pérfida gloria, le robaste,
Y sus anhelos sin cesar prolijos
Con tu imágen espléndida ocupaste.

Su ser entero te ofrecia el cuitado;
Su juventud, sus horas de alegría,
Tambien su lloro ardiente consagrado
Te fué en horrible y borrascoso dia.

Y tú impasible en tanto le contemplas
En miserable lecho moribundo......
Sé benigna un instante, con él templas
Todo un pasado en lágrimas fecundo!

Es la hora suprema en que el humano
Resuelve con atónita mirada,
Si es su espíritu un ángel soberano,
O un soplo fugitivo de la nada.

Afanes misteriosos de la vida,
Aspiracion constante de ventura;
Quizás la eternidad les dé acojida,
O cesen en terrena sepultura.

El espíritu vaga, y no se atreve
A pedir á la vida su secreto,
Y obedece el mandato del que mueve
Tanto planeta á su poder sujeto.

Extraño no es que de inocente envidia,
Al ver la luz su corazon se oprima,
Y la acuse en su duelo de perfidia,
Cuando traspone libre la alta cima.

Todo vá á concluir en breves horas;
El fuego generoso que alentaba
El corazon á acciones generosas,
Como la hoguera vacilante acaba.

¡Gloria sublime y cara! la corona
Con que decoras tu soberbia frente,
Sobre el amor y la virtud no abona
Tu prestigio cual ambos decreciente.

¿Por qué, pues, ama el hombre tu sonrisa?
Y le embriaga tu voz, si la ventura
Tan cara no le das? dobla sumisa
La regia faz ante la muerte dura.

Ella es del mundo el árbitro terrible;
La voluntad suprema se la impuso,
Ley justa y natural, que, indefinible,
A nuestro pobre entendimiento puso.

La risueña niñez, tan dulce y breve,
Y la divina juventud gozosa,
Bien dicen que es la vida soplo leve:
Y al perderla parece tan hermosa!

¡Oh! si el que llega á su postrer jornada
La vé cumplirse en miserable asilo,
Sin que una mano tierna y adorada
Calme el ardor del ánimo intranquilo.

Si sólo mira en derredor la herida
De séres, copia de su triste suerte,
Terrible debe ser dejar la vida
Y entrar así en el reino de la muerte.

Como el sediento el arroyuelo manso
Busca en la seca y árida llanura,
El alma busca el celestial descanso
Del casto amor y fraternal ventura.

Y luego la memoria de los dias
Al dulce abrigo del hogar paterno,
Despiertan en sus crudas agonías
Afan de gozo celestial y tierno.

Mas no está allí, para velar cuidosa,
La madre que guió su tierna infancia;
Y sólo vé la forma silenciosa
De un triste ser que vaga por la estancia!

¡Oh Dios! ¡oh Dios! descienda hácia su seno
De tu bondad divina la dulzura!
Toquen sus labios el licor del lleno
Vaso feliz que brinda la ternura.

EL BUEN DOCTOR.

Con frente donde graba su pureza
El alma y su esplendor el pensamiento,
La risa blanda y plácido el acento;
Tal es el buen doctor.

No hay quien al verle, cuando marcha al paso
El tostado alazan de su carroza,
Que no exclame, doncel, anciano ó moza,
Bendito es del Señor.

Las frentes se doblegan con respeto
Saludando al cruzar el varon justo,
Que se refleja en su semblante augusto,
Serena majestad.

Cuando penetra en el recinto humilde
De una pobre y pacífica vivienda,
Donde amenaza levantar su tienda
La tétrica orfandad,

De la esposa rodeado y de los hijos
La mano afable estrecha al artesano,
Que juzga que un arcángel soberano
Le manda Dios en él.

¿Quién osará pintar el regocijo
Que reina en el hogar el bello dia,
Cuando lánguido el padre todavía
Deja el lecho cruel?

¿Quién podrá describir el dulce lloro
Que baña los extáticos semblantes,
Viendo al padre con pasos vacilantes
Dirigirse al umbral?

¿Dónde aparece la querida imágen
Del venerado salvador, que esconde
Fugitiva una lágrima, y responde
Inclinando la faz?

Amante de la ciencia, se doblega
Sobre los libros su cabeza cana;
Como en los años de su edad temprana
Medita con ardor.

Y estudia la natura: ama el gorgeo,
Dulce idioma de cándida avecilla,
Y su dulce mirada alegre brilla
Contemplando una flor.

¡Cuántas veces así, con blando paso,
Del límpido Almendar por la ribera,
En tardes de risueña primavera,
He visto al buen Doctor!

Marzo, 1877.

EL SAUCE.

Al pié de esta colina que baña deleitoso
Con onda murmurante risueño manantial,
Su lánguido follaje, un sauce tembloroso
Doblega, y se columpia del céfiro á compas.

Emblema de lo triste natura hacerle quiso
Imágen acabada de duelo y de dolor;
Y dócil al mandato que pesa en él, sumiso,
Con actitud doliente revela su afliccion.

Empero, la alma luna, piadosa compañera
De tristes y poetas, le brinda suave luz,
Y al soplo de las auras, en noche placentera,
Su frente melancólica refleja con quietud.

Humilde bajo el árbol descúbrese una losa;
Las ramas ondulantes le forman un dosel,
Y la circunda en orla lozana y caprichosa
El césped que las tumbas decora siempre fiel.

¿Qué mágica esperanza, qué sueño de ventura,
O qué martirio horrendo aquí la parca hundió?
¡Qué sér yace en el seno de aquesta sepultura,
Estrecho, último asilo que el mundo le brindó?

Tal vez cuando la tarde desplega misteriosa,
Allá de la alta cima el velo de zafir,
Bañada en tierno llanto, de hinojos, querellosa,
Ruega sobre esta tumba, triste madre infeliz.

¡Oh, sauce, dále entónces doliente, tu murmullo;
Tus ramas acaricien su frente maternal;
Y blandos tús suspiros imiten el arrullo
Del ave que en la selva buscando el nido vá!

De sus marchitos ojos el abundante lloro
Será puro rocío que bañe tu raiz;
No dejes que la tierra absorba ese tesoro,
Osténtalo en tus hojas cual perlas del Ofir.

En tarde sosegada me descubrió el acaso
Este apartado sitio de calma y soledad,
Me alejo de su senda con indeciso paso,
Y digo al que allí yace: ¡Descansa y duerme en paz!

LOS DOS VAQUERITOS.

De la estacion invernal
Una mañana risueña,
Brillaba del sol hermoso
En la torre de la iglesia
El manto de oro que en Mayo
En cerro y en árbol cuelga.
En la atmósfera tranquila
Vibraba con dulce queja,
De la sonora campana
La voz apacible y lenta.
Velada, airosa patricia,
Y humilde africana sierva,
A ofrecer iban á Dios
Al pié del altar su ofrenda.
Al trasponer los umbrales,
Dó alto pórtico se eleva,
Ví una preciosa vacada,
Y dos rapaces tras ella:
Hendian el aire estallando

De los látigos las cuerdas,
Y la marcha enderezaban
Tranquilas, mansas, las bestias.
Con voz suave como el aura
Apacible de la selva,
Cantaban los vaquerillos
Una cándida espinela;
Y sus ojuelos oscuros,
Y sus mejillas morenas,
El rayo puro encendia
De la plácida inocencia.
Adelantóse el más tierno
Al llegar junto á la reja
Que del antíguo edificio
Orna la entrada severa.
Con planta asáz temerosa,
Y de uncion el alma llena,
Con el calzado en la mano,
Porque no empolve su huella,
En el augusto recinto
Del pavimento la piedra.
Solicitando la nave,
Bañó su mano en la cuenca,
La frente desnuda ungiendo,
La cruz al trazar en ella,
Mientras piadoso inclinaba,
El débil cuerpo á la tierra.
Volvió el paso presuroso,
Llegó de nuevo á la puerta,
Y en la cerviz doblegada
Del compañero, una perla
Dejó del raudal bendito,
Cuando la tímida diestra

Del pequeñuelo, formaba
De redencion la alta enseña.
Escoltando su ganado
Se alejaron con presteza
Al son de su canto, suave
Como el aura de la selva.
Yo penetré en el santuario,
Y con fé vívida, intensa,
Por los tiernos vaquerillos
Pedí al cielo dicha eterna.

EL NENUFAR.

THALÉS BERNARD.

El lago solitario dó nadan blancos cisnes,
Con sus últimos rayos dora el poniente' sol,
Y de las ninfas bebe alegre el cervatillo,
Y no se oye en la selva sino ténue rumor.

En su ligera nave, provisto de sus remos,
Se abre paso en las aguas placentero rapaz;
En los aires escucha una voz que le nombra,
Y el perfume respira que emana del rosal.

Se desliza en las olas, contemplando en la orilla
Aumentarse las sombras y en el bosque gentil,
La montaña ocultarse bajo su pardo velo,
Y el astro vespertino su pupila entreabrir.

El nenúfar del lago, con húmeda mirada,
Al tierno pescador parece convidar,
Que ávido y codicioso del fúlgido tesoro,
Adelanta la mano con rápido ademan.

Mas súbito la selva exhala mil murmullos,
El apacible lago oscila con furor,
Y la argentada luna en el espacio inmenso
El ámplio disco muestra con vívido fulgor.

El niño, temeroso, en su barquilla leve,
Retorna presuroso á su tranquilo hogar;
De su madre en el seno reclina la cabeza,
Y tímido responde á su amoroso afan.

Madre, una flor risueña brillaba sobre el lago,
Toquéla, y con soberbia el lago se agitó,
Se enrojeció la luna, la selva murmuraba,
Y de temor y espanto mi pecho se oprimió.

1870.

A ITALIA.

¡Cómo admira tus fértiles campiñas
Con asombrados ojos el viajero!
Allí el olivo su follaje fiero
Alza entre verdes y ondulosas viñas;

Ya con la lumbre de tu cielo tiñas
De erguido templo el pórtico severo,
Ya al derribado alcázar altanero
El ámplio velo de la sombra ciñas.

Dó quier que lleve la indecisa planta
De tu pasado, Italia, y de tu gloria,
Un recuerdo sublime se levanta:

Un acento perenne de victoria,
¡Que desde el Tiber á los Alpes canta,
Tierra de semidioses, tu memoria!

CREPUSCULO.

THALÉS BERNARD.

Tras el ardiente sol viene la fresca brisa,
En fascinante calma se adormece la mar;
Y miro de la playa dó se estrellan las olas,
La noche lentamente su velo desplegar.

Se cubre el horizonte de vapores inciertos,
Mas, errante en las olas, alcanzo á percibir
Al par de las estrellas lejanas, una vela
Que esmaltan los luceros con su rayo feliz.

A mis plantas rugiendo bulle la blanca espuma,
Y escucho estremecido la onda azul murmurar,
Diviso entre la bruma encantada sirena.
Oid: ¿es su cancion que flota sobre el mar?

Esos fieros mujidos, ese viento potente,
Esas aguas que gastan el pié del torreon,
Fueron por Dios creadas en la aurora del mundo
Y término con ellas tendrá la creacion.

1870.

EL AVE ERRANTE.

Detén, avecilla, el vuelo;
Alza alegre vocerío.
¿Vas hácia la costa amada?
¿Vas hácia el paterno rio?
Deten, avecilla, el vuelo,
Y escucha el suspiro mio.

¡Dónde vas, arrebatada
Al soplo del cierzo frio?
Deja al hombre el devaneo,
Y su loco desvarío:
Detén, avecilla, el vuelo
Y escucha el suspiro mio.

Baja y pósate en la rama
De aquel arbusto sombrío,
Que alfombra la verde grama,
Salpicada de rocío.
Oye benigna mi anhelo,
Escucha el suspiro mio.

¿Dónde encontrarás praderas,
Ni otro bosque más sombrío,
Lozanas enredaderas,
¿Ni más bello caserío?
¡Ah! cese, cese tu vuelo,
Y escucha el suspiro mio.

Cruzarás el alto cerro,
Pasarás el mar bravío,
Dó quizás te aguarda el hierro
De algun cazador impío.
¡Ay! deten, incauta, el vuelo,
Y escucha el suspiro mio.

Ya ráuda sobre los mares
Bate el ala en el vacío;
Así el hombre á los azares
Se lanza lleno de brío.
Deten, avecilla, el vuelo,
Y escucha el suspiro mio.

Mas, ya sé lo que te inflama
Con oculto poderío;
Es el amor que te llama
De tu nido caro y pío.
¡Ah! no detengas el vuelo;
Mas lleva el suspiro mio.

LA NEVADA.

Anchas y negras nubes
Ocupan el espacio,
Su disco de topacio
Esconde triste el sol;

El rebaño se agrupa
En el redil, ansioso,
Y el ala impetuoso
Bate ráudo aquilon.

Descarnados se miran
Los secos olivares;
E impaciente á sus lares
Se dirige el zagal,

Mientras copiosa lluvia
De trasparente nieve,
Como plumillas, leve
Desciende sin cesar.

De los gígantes robles
Tiembla la erguida copa;
Huyó la alada tropa
A los climas del Sur.

Y entre la espesa bruma
El monte se divisa,
Como sombra indecisa
Bajo pálida luz.

Pero ya disminuye
Su fuerza la nevada,
Y la luz deseada
Asoma en el confin;

Mas ¡ay! no la del trópico,
Que en pos de la tormenta,
De admiracion sedienta
Comparece gentil.

Aparecen los llanos
Con la fria vestidura
De espléndida blancura
Que la nieve lanzó;

Y el mismo manto lucen
Los elevados riscos,
Cual tristes obeliscos
Que anuncian el dolor.

Borda las altas ramas
De los erguidos chopos,
Los deslumbrantes copos
Que echó la tempestad;

Y en torno los dispersa
Del cierzo el soplo helado,
Como el vellon nevado
Que prende algun zarzal.

¡Oh, dulce Cuba mia,
Lirio del mar Atlante;
De tu zona brillante
Un rayo envia aquí!

Aromas, luz, colores,
Tendrán estos paisajes,
El cielo albos celajes
Y límpido zafir.

En lánguida nostalgía
El corazon sumido,
Más que el ave á su nido
Ama el suelo natal.

Y entre hielos y brumas,
Recuerda con ternura
El brillo y la hermosura
Del sol meridional.

Nueva York.

A LA ESPERANZA.

¡Salve deidad, á quien ardiente el alma
Rinde entusiasta férvido homenaje!
Tú, que con dulce y vencedora calma,
Tienes al mundo en blando vasallaje!

Tú, que recorres con ligero paso,
El áspero sendero de la vida,
Y vagas inconstante y al acaso
Sin que recibas desgarrante herida.

Son los luceros de la noche umbrosa
La diadema que ciñes á tus sienes,
Y de la tarde el aura caprichosa,
El blando soplo, por acento tienes.

Y sin cesar transitas por el mundo
Sin que alteren tu blanca vestidura,
Ni del turbion el hálito iracundo,
Ni el punzante zarzal de la espesura.

Perfumada y aérea te deslizas,
Ya en los extensos bosques, ó en el valle;
Con el que triste gime, simpatizas
Y haces que el pecho su dolor acalle.

Te detienes hermosa y deslumbrante
En los dinteles de modesta choza,
Dó el pastor, al mirarte fascinante,
Siente que el alma de placer rebosa.

Empero, presto de su hogar te alejas
A tu instinto febril obedeciendo;
Y entona el campesino amargas quejas,
Al ver que así te marchas sonriendo.

Incansable prosigues tu camino,
Que otros hay en el mundo que te imploran;
Consolar al que gime es tu destino,
Las lágrimas secar de los que lloran.

Y todos se arrodillan á tus plantas,
¡Oh, cándida Esperanza bienhechora!
Cuando risueña y pura te adelantas,
Como estrella de dichas precursora.

Ayer á mi ventana te acercaste,
Y al preludiar el arpa lisonjera,
Con dulzura infinita me nombraste,
Repitiéndose el eco en la ribera.

Y con el alma trémula, extasiada
Contemplé tu figura esplendorosa,
Bajo la melancólica enramada
En que comienza la floresta umbrosa.

Y partiste despues... tu planta breve
Hollaba apénas la menuda arena,
Cual blanco cisne que con ala leve
Corta la linfa diáfana y serena.

¡Ay! desde entónces, triste y pensativa,
Te busco siempre ansiosa en lontananza...
¡Oh, vuélveme tus ojos compasiva;
Torna, bella deidad; torna, Esperanza!

A UNA PALMA.

Arbol donoso, espléndido y lozano,
Que te elevas gentil;
Mece tu copa alígero y ufano
El favonio sutil.

Tus volubles penachos desparrama
Con su aliento falaz,
Y sonoro murmullo se derrama
Por el éter, fugaz.

Cuando paso mi vista errante, débil,
Por el inmenso azul,
Al ocultarse el sol, ya ténue, flébil,
Entre purpúreo tul,

Mis ojos, ¡oh palmera seductora!
Detengo con placer,
En tus flotantes ramas, que colora
El sol al fenecer.

Y contemplo gozosa, embelesada,
Tu lánguida actitud,
Y de tu copa trémula y rizada
La eterna juventud.

Y más que todo, admiro, palma enhiesta,
A la mano inmortal
Que ese verdor magnífico te presta,
Esplendoroso y real.

El vivo rosicler empalidece
Del lejano confin,
Y el color de los cielos aparece
Cual nítido jazmin.

Allá muestra su brillo fascinante
Véspero seductor;
Y el zénit ilumina vacilante
Con místico fulgor.

Y te muestras, ¡oh palma! siempre bella,
Y te meces feliz,
Bien al rayo del sol, ó de la estrella
Al pálido matiz.

Mas la noche su velo ya desplega
Del crepúsculo en pos;
Mientras la aurora arrebolada llega,
Donosa palma, ¡adios!

A LA VIRGEN.

Tiende la sombra su luctuoso velo,
Véspero enciende su argentada luz,
Y brilla como flor que se estremece
De extenso lago en el espejo azul.

¡Salve María! el labio te bendice,
Te adora el pecho, y se prosterna el pié;
La tierra envuelve con su horror la noche,
El alma sólo en su fervor te vé.

Te mira alzada en el espacio inmenso,
De nubes en excelso pedestal,
Con las manos tendidas á la tierra,
En actitud de célica piedad.

Te vé rodeada de celeste coro
De alas de nieve y mantos de zafir,
Más bella y pura que rosada aurora,
En medio al cuadro espléndido surgir.

El aura calla, el pajarillo alegre
Dobla en el nido el ala, seductor;
Del monasterio la campana suena,
Y en alas de la fé vá mi oracion.

Fé que se enciende en sacrosanta llama,
Pues la inspira tu amor y tu beldad,
Más grata al corazon, que al peregrino
El agua de fecundo manantial.

Oye la voz de quien te ruega humilde,
Madre pura del sacro Redentor;
Y gota á gota mi ferviente lloro
Bañe la tierra en íntima emocion.

Cual nacarado lirio que pimpolla,
Te vió brotar el sol de Nazaret,
Más rica en gracia que de aromas blandos
Las auras armoniosas del Eden.

Por esa tu virtud rara y perfecta,
Por esa tu hermosura celestial,
Tierna mirada tu pupila vierta
Sobre la frente que inclinada está.

Cándida corza del mortal rebaño,
Fuiste elegida por supremo don,
Para dar á la tierra el sacro fruto,
Símbolo de esperanza y redencion.

Mas ¡ay! desconoció la humana grey
Al divino pastor, iris de paz;
No vió de la justicia el sol radiante,
Ni oyó el himno feliz de libertad.

Y luego triste, en memorable dia,
De duelo inmenso y de funérea luz,
Viste al hijo querido, moribundo,
Enclavado y sangriento en una cruz,

¡Oh, Madre! dime, ¿se agitó tu pecho
A impulso de la ira y del rencor?
No, que al cielo elevaste una mirada,
Clemencia demandándole y perdon.

La mano eterna que los orbes rije
Rasgó el velo que cubre su poder;
Y mil luceros fueron tu corona,
Y la luna gentil viste á tus piés.

Así mi pecho te adivina, Madre;
Pura y hermosa te contempla, allí,
Entre el coro celeste que te alaba,
Y entona en tu loor cánticos mil.

¡Oh, tú, sin mancha, cándida, piadosa,
Mi esperanza, mi bien, rayo de sol;
Haz que al dejar los mares de la vida,
Las orlas bese de tu manto yo!

1870.

LA BORDADORA.

I.

A la lumbre tibia y suave
De una lámpara de cobre,
Junto á una pequeña mesa
Vela la hermosa Dolores.
Un modesto ajuar decora
La habitacion de la jóven,
Mas en cambio, ¡qué perfume
De actividad y de órden!
Rojo y limpio el pavimento,
Y antíguo armario de roble,
Donde guarda la doncella
Sus primorosas labores,
Y un ramo, dulce presente
De su apasionado Jorge,
Todo brilla y resplandece
En el hogar de Dolores;
Sólo su semblante bello

Descolorido se pone,
Y sus orcuras pupilas,
Radiantes como dos soles;
Bajo sus párpados castos
Palidecen y se esconden.
Inclinada está su frente
Sobre la tela en que cose,
Y en la prisa de su mano
La impaciencia se supone.
La brisa grata que mece
El follaje de los bosques,
Baña sus sienes, cargada
De ricas emanaciones,
Y un suave rayo de luna
Que entre nubes deslizóse,
Viene risueño á morir
Del blanco vestido al borde.

Ya resuena la primera
Campanada de las doce,
Y al escucharla, levanta
Su cabeza pura y noble.

II.

—Duerme, Dolores, descansa,
Dice una voz cariñosa,
No marchites afanosa
Tu hermosura virginal.
¿No es á tu madre bastante
Verte en la edad de los goces,
Tus infortunios precoces
Con firmeza soportar?

¿No es nuestro apoyo y sosten
El Señor Omnipotente?
Él no abandona al creyente
Que ama y vive en la virtud.
Así, pues, mi dulce Lola,
No martirices tu vida;
Pueda tu madre querida
Verte bella cual la luz.

Exclama la pobre anciana,
Reclinada sobre un lecho,
Limpio y blanco, aunque algo estrecho,
Cabe la humilde ventana.

—Madre querida, no temas,
Duerme tranquila y confiada:
¿Puede sólo una velada
Mi hermosura marchitar?
Presto Jorge, su destino
Uniendo amante á mi suerte,
Será nuestro escudo, y fuerte
No hundirá su alma el pesar.

III.

Á los prolijos cuidados
De la tierna bordadora,
Su fortaleza extinguida
La triste madre recobra.
Quien tiene una buena hija
Posée una espléndida joya.

Cuando á la humilde vivienda
Llega alguna gran señora
A examinar los trabajos,
Las guirnaldas caprichosas,
De la linda costurera,
Que es fama en la Habana toda
Las maravillas que salen
De sus manos seductoras,
Prorrumpe la buena anciana
Conmovida y cariñosa:
—¡Feliz la mujer que tiene,
Un ángel como mi Lola!

Mas apénas la gran dama
Parte en dorada carroza,
Oculta el rostro la madre
Entre las manos y llora.
¿Qué nuevo pesar la aflije,
Que tan amargo solloza?
¿Por qué cuando la salud
A su débil cuerpo torna,
Cuando es más tierna que nunca
La hija amable á quien adora?
¿No es siempre la misma vírgen
Cándida, fresca y donosa?
¡Ah! no, no es aquella jóven
De breve y risueña boca,
De frente pulida y tersa,
Que ayer vimos á deshora.
Por eso la infeliz madre
Gime en silencio y solloza,
Y esas lágrimas que vierte
Las arranca la congoja.

IV.

¡Ay! yo la he visto: Dolores
No es aquella misma, es otra;
En su busto, que copiaba
Al de Diana cazadora,
Se dibujan las señales
Profundas, terribles, hondas,
Del dolor que la consume,
Del mal triste que la agobia.
No es ya la flor esplendente,
Como el alba que arrebola
Las campiñas, y galana
Vivifica y enamora.
Es el lánguido capullo
Que se desplega en las sombras,
Y á los fulgores del dia
Dobla sus marchitas hojas.
¡Pobre planta tropical,
Lirio de la ardiente zona!
Ayer como el sol radiante,
Hoy débil como la antorcha,
Que al consumirse despide
Débil chispa, ténue y roja.
En sus bucles esparcidos,
No ya la brisa retoza,
Con sus soplos impregnados
De deliciosos aromas:
Es el soplo de la muerte,
Que en sus garras los destroza.

Cuando paso por su puerta,
Le digo al verla: —Adios, Lola:
Ella sonrie, mientras leve
Su pañuelo al aire flota,
Trasunto fiel de una nube,
De esas que el éter remontan,
Cuando el sol en el ocaso
Pinta las lejanas lomas.
Y que aquella voz doliente,
Y que aquella etérea sombra,
Es un alma que su vuelo
Tiende á regiones ignotas.
Si viérais cómo consuela
A su madre, que devora
En silencio aquel martirio,
Una mañana tras otra,
Y al triste Jorge que apura
Lentamente y gota á gota,
De su dolor infinito
La llena y amarga copa,
¡Ah! no podríais contener
Las lágrimas que se asoman
A los ojos, ante el cuadro
De aquella vírgen que adornan
Sus diez y seis primaveras
Y del sepulcro las rosas.

A veces al desaliento
Su alma tierna se abandona,
Y mirando al porvenir,
Como égida protectora,
A los cuidados de Jorge
Confia á su madre y le exhorta.

—¿Quién, sino tú, que has sabido
Mi corazon comprender,
Podrá la pena templar
De aquella que me dió el sér?
Ocupa el lugar que dejo
En este valle sombrío,
Llena el horrendo vacío
En que la deja su bien.

A tí, mi Jorge, la tierra
Ofrece grandes consuelos;
La juventud á sus duelos
Halla remedio eficaz.
Mas ella, mísera anciana,
Al ver su prenda querida,
Yerta, sin color, sin vida,
¿Quién calmará su pesar?

Prométeme, caro Jorge,
Velar su amada existencia,
Que adivine mi presencia
En tus cuidados sin fin.
Por que al ver cual te desvelas
Por consolar su amargura,
Te bendiga con ternura,
Y yo repose feliz.

V.

Ya el aliento perfumado
Del mes de las flores lujo,
Del blondo y florido Mayo,
Viste el suelo de capullos,
Y el horizonte sereno
De brillo y matices puros.

Todo renace á la vida,
Y al hogar lleno de luto
Vuelve la Esperanza amiga,
Esparciendo en torno el júbilo
Con las mañanas alegres
Y los risueños crepúsculos.
Tal vez...... dicen, contemplando
El pobre y lánguido busto
De la enferma, que sonrie
Al primer destello fúlgido,
Que engalana las praderas,
Las colinas y el arbusto.

VI.

He pasado esta mañana
Por su calle estrecha y sola,
Y acercándome á la puerta,
Para mirar á su alcoba,
He dicho, como solia:
—Adios, mi querida Lola:
Mas su voz no ha respondido
A mi saludo, amistosa:
Un silencio que penetra
En el alma, y que la ahoga,
Reina en el que fuera hogar
De la linda bordadora.
Y de su gracia hechicera
Y su juventud pomposa,
Ya sólo queda el recuerdo
De aquella casta paloma,
Que era de la buena madre
Esperanza, vida y gloria.

Poned, anciana, en su tumba
Alta palmera donosa,
Como imágen memorable
De la hija seductora
Que endulzaba vuestras penas
Con las risas de su boca.
Poned, tambien, de algun sauce
La rama verde y llorosa,
Para que en la tibia noche,
Y disipando las sombras,
Lance la luna sus rayos
Sobre las trémulas hojas.

EN LA MUÉRTE

DE JULIA PEREZ MONTES DE OCA.

¡Adios, dulce cantora americana,
De Cuba prez y honor;
Por el alma y la patria soy tu hermana:
Dulce cantora, adios!
Ya ante tu puro espíritu, su velo
Alza la Eternidad,
Y llevas á los ángeles del cielo
Tu cítara inmortal.
Es el sepulcro templo del poeta:
Tu gloria empieza en él;
Tuvo tu genio inspiracion completa
En tu alma de mujer.
Dos lustros hace que por vez primera
Escuché tu cantar:
De mi vida la fresca primavera
Comenzaba á brillar.
Dulce canto, reflejo de tu alma,

Vibró en mi corazon,
Y hoy se apaga y se extingue, triste calma
Dejando de él en pos.
Enmudece tu lira lisonjera
Que en otro tiempo oí,
Al rumor de la linfa en la ribera
En las tardes de Abril.
Si es verdad que la patria nunca olvida
A los séres que amó,
¿Quién el recuerdo que en su seno anida,
Como tú mereció?
Ella en tu losa plantará laureles
De su rico pensil,
De esos que el vendaval ni el tiempo crueles
No alcanzan á abatir.
Una lira tambien en que amoróso,
Se deslice el terral,
Y revele al viajero silencioso
Tu mansion sepulcral.
Y al cruzar las doncellas el sendero,
Oirán el dulce son
Que les recuerde el eco lastimero,
Julia, de tu cancion.

A MARIA.

Con pecho que anima risueña esperanza,
Con alma que adora tu nombre inmortal,
Con voz á que presta dulzura y bonanza
La mágia que inspira tu amor celestial;

Mi humilde plegaria, pronuncio, Maria,
Colmada de ardiente, feliz gratitud;
Amparo del triste, purísima y pía,
Te aclamo de hinojos, al pié de la cruz.

Nevada paloma, seráfica rosa
Del célico valle dé eterno esplendor,
El arpa quisiera pulsar sonorosa,
Angélica y grave, del rey trovador.

Envidio á la alondra que el rayo primero
En dulces arpejios saluda gentil,
Y al lirio que exhala perfume hechicero
En tarde rosada del cándido Abril.

Paréceme entónces que el himno ferviente
Que brota del seno con tierna emocion,
Con eco más digno de tu alma inocente,
Llegará á tu sólio de paz y de amor.

Mas tú, que penetras con limpia mirada
El íntimo arcano del pecho mortal,
En este, Señora, tu imágen sagrada,
Con rasgos eternos impresa verás.

La fé, la esperanza, grabáronla un dia,
Dejando sus huellas profundas en él;
¡Oh, deja que guarde, divina María,
Tan pura reliquia; es mi único bien!

Con ella la vida será más hermosa;
Sin ella, arenoso, tristísimo erial;
Oscura es la senda, difícil, tortuosa;
Tu nombre bendito mi antorcha será.

LA PRIMAVERA.

A MI HERMANA V.

¿Por qué tan bello y armonioso cántico,
Rompe alegre del bosque la quietud?
¿Por qué del cielo la anchurosa bóveda
Más pura ostenta su brillante luz?

¿Por qué cuando las sombras del crepúsculo
Comienzan lentamente á descender,
Es tan suave el susurro de los plátanos,
Tan blandos los aromas del café?

Pasaron ya las madrugadas pálidas,
Las tardes del invierno sin fulgor:
Ved cual semeja la pradera anchísima,
Un lago deslumbrante de verdor.

Naturaleza de colores mágicos
Se engalana con júbilo feliz,
Para brillar en el festin espléndido,
Que ofrece Mayo y que prepara Abril.

Risueña y pura las colinas fértiles,
Primavera gentil recorre ya;
Con su ligera y sonrosada túnica,
Que ondula en sueltos giros al azar.

Prende el cabello una guirnalda de húmedos
Capullos no acabados de entreabrir,
Y en cuyos breves y rizados pétalos
Se ven mil gotas diáfanas lucir.

Nacarados pimpollos y ranúnculos,
Llenan la falda en apiñado haz,
Y aromando la atmósfera derrámanse,
Y los huella á su paso la deidad.

La aurora de su manto los aljófares
Para adornar su cuello le envió,
Y en sus sienes las perlas del crepúsculo
El aura deliciosa congeló.

Como en el cielo nubecilla fúlgida
Libre vuela por campos de zafir,
Así, con marcha presurosa y rápida,
Baja la cuesta la beldad gentil.

Al prado llega, y á la tierra próvida
Súbito inunda alegre resplandor;
Y en armoniosas vibraciones líricas
Se desenvuelve el eco de su voz.

¡Salud, oh valles! del invierno lánguido
Murió, les dice, la época glacial,
Y de mi boca al sonreir, los céfiros
A los bosques su música darán.

Sin verdor ni hermosura, melancólicos,
Estos caros lugares vuelvo á ver:
¿Dó están las galas que mi amor benefico,
Os prodigára generoso ayer?

Del helado Diciembre el soplo frígido,
De mis dones la gloría desvastó;
Mas vuestra pompa y esplendor magnífico,
De nuevo os brindo placentera yo.

Y de su dulce voz al eco mágico,
Prospera el campo, alégrase el pensil,
Y alzan aves y fuentes dulces cánticos
A la diosa suprema del Abril.

LOS TRES BARDOS.

I.

Bajo un álamo pomposo,
De una colina á la falda,
Tres airosos trovadores
Diestros preludian las arpas.
Adios dieron á su hogar
En una hermosa mañana,
Llena de ilusion la mente
Y de noble fuego el alma.
Una misma fué su cuna,
Y á una vîrgen los tres aman;
Recorriendo van el mundo
Halagados por la fama,
Sin más tesoros que el genio
Y la luz de su esperanza.

II.

Alto mancebo el primero,
De imágen noble y gallarda,

Como el águila á las cimas
Su acento raudo se alza.
De faz morena el segundo,
Su lira sonora y grata;
Y el tercero, adolescente
De generosa mirada,
Con son apacible y suave
Sus dulces amores canta.
Mientras ellos á la vida
Y á sus azares se lanzan,
La vírgen por quien suspiran
Murmura tierna plegaria.
¡Bate sus alas el tiempo
Con majestad soberana,
Los dias huyen...... y no vuelven
Los donceles á la patria!

III.

Ved: por estrecho camino
Un mancebo se adelanta;
De los tres bardos, tan sólo
Uno retorna á sus playas......
Los otros dos...... ¡ay! reposan
Allá en regiones lejanas.
En su risueño camino,
La muerte con mano airada,
Blandiendo segur terrible,
Traidora los acechaba.
¡Así derriba la hoz
Del bello bosque las ramas!
Al gallardo adolescente
Respetó la cruda Parca;

Mas le dejó con la vida
Profunda herida en el alma......
Por eso dobla la frente,
Es triste y lenta su marcha;
Aunque cubierto de gloria
Vuelve el mancebo á la patria!

¡FAREWELL....!

Desperté un dia á la vida
Hermosa del sentimiento,
Y ¡qué inefable contento
Al contemplarla sentí!
Semejaba un paraiso,
Donde angélicas visiones
Y engañosas ilusiones
Saliéronme á recibir.

Eran tan puras y bellas,
Tan risueñas y galanas......!
Me acariciaron ufanas,
Y yo tierna las amé.
¡Error de los pocos años!
Al verlas tan seductoras,
No comprendí que traidoras
Se burlaban de mi fé.

Cual solitaria palmera
Mira en su copa elevada,
Rauda, trémula y alada,
Dulce avecilla posar;
Así el alma te recibe,
Agradecida y contenta,
Y su jugo te sustenta,
Y su esperanza ideal.

Si tambien tú abandonaras
El asilo de mi pecho,
¡Cruel! le miraras deshecho,
Gozos y dicha perder.
Ten piedad de quien te ama
Y á quien llenas de alegría;
Y no con traicion impía.
Pagues su cariño fiel.

—Pobrecilla, calla, dices;
¿No sabes que la amargura
Halla en el fondo el que apura
Mi cáliz embriagador?
¿Antes que á mí, no encontraste
Más privilegiados séres?—
Te comprendo....... basta, eres
Tambien pérfida, ilusion!

Adios, huye para siempre,
Dó no llegue mi suspiro;
¡Ay! á mi pesar te admiro
Al verte, hermosa, alejar.
Soledad, á tí me acojo;
No le rehuses al alma
Lo que apetece: la calma,
Tu melancólica paz.

À CUBA.

Léjos de tí, de tu ribera amada,
Me cubre amargo duelo,
Cual pájaro infeliz que bajo el cielo
De rejion apartada
Lanza sus tristes ecos sin consuelo.

Lleven á tí las ráfagas marinas
La nota plañidera
Que brota el alma en su afliccion primera;
Y el mar en que dominas
La repita doliente y lastimera.

¡Ay! que es todo un poema venturoso
El que en ella te envío;
Dulce recuerdo del pasado mio,
Del plácido reposo
En que viví bajo tu cielo pío!

¡Oh! pueda yo tus márgenes risueñas,
Por las que el pecho clama,
Tornar á ver, y de tu sol la llama,
Tus valles y tus breñas,
Y tu Almendar que blando se derrama.

¡Cuál gozaré al mirar cada arbustillo,
Cada cuesta lejana,
Y el aura al aspirar de la mañana,
Y el olor del tomillo
Que tapiza la espléndida sabana!

Engolfada en tan plácidas escenas,
En tan grata pintura,
Melancólicas gotas de ternura
Surcan mi faz serena,
Sirviéndole de alivio á mi tristura.

Siempre te dé benigna la fortuna
Su sonrisa gozosa,
A tí, flor de los mares vaporosa,
Que á la luz de la luna
Abres el fresco seno temblorosa.

Pueda yo retornar á tus verjeles,
Cual pájaro perdido
Que encuentra al fin el extraviado nido;
Tus nardos y claveles
Serán de nuevo mi placer querido.

New-York, Enero de 1866.

LA MUSICA DE LAS PALMAS.

Presto de su bien gozosa,
Suave, apacible, y en calma,
Reinará la noche umbria:
Ya el pajarillo reclama
El verde nido, y refleja
Sus alas tornasoladas.
Todo en el valle reposa,
Del misterio es la hora grata,
Y al corazon le trasmite
La música de las palmas.
Llega el rumor sonoroso
Y cual onda suave halaga,
A la familia, que huelga
Y sencilla se solaza
En los umbrales reunida
De su rústica morada.
Escucha el padre en silencio
Aquellas notas livianas,
Que en su memoria reviven

Los recuerdos de la infancia,
Las generaciones muertas
Y las épocas pasadas.
—Madre querida, ¿qué escucho?
El niño trémulo exclama;
¿Esa cancion tan doliente
Quién la vierte, quién la exhala?
—Duerme, mi amor, nada temas;
Sopla el viento entre las ramas.—
Cierra el niño los ojuelos,
Las tiernas manos enlaza,
Miéntras arrulla su sueño
La música de las palmas.
Y la doncella pregunta:
—Responde, madre adorada,
¿Es un suspiro de amor,
O es el preludio de un arpa?—
Y el ginete que el sendero
Cruza por ver á su amada,
Oye el susurro, y se inspira
Su musa sencilla en galas,
Entona su dulce endecha,
Y la jóven pura y casta,
Recuerda el eco armonioso,
Y goza, suspira y ama;
Que bajo tu puro cielo,
No hay un corazon ¡oh, patria!
Que no conmueva y agite
La música de las palmas.

LA CAIDA DE LAS HOJAS.

MILLEVOYE.

Con el despojo del bosque
Cubrió el otoño la tierra;
Mudo el ruiseñor estaba,
Sin misterio la floresta.
En su aurora, moribundo
Un jóven, con marcha lenta,
El bosque caro á su infancia,
Hollaba por vez postrera.
—Yo muero, ¡adios, bosque amado!
Tu duelo mi fin revela,
Y un presagio de mi muerte
Son esas hojas que ruedan.
Con pronóstico terrible
Epidauro me condena.
¡Triste oráculo! me has dicho:
Verás de nuevo la selva
De hojas marchitas cubrirse,
Mas la vez última es ésta.

El sempiterno ciprés
Con su sombra te rodea,
Y aún más que el otoño pálido,
A la tumba te doblegas.
Y será tu juventud,
Mústia quizás y deshecha,
Antes que el césped del prado,
Y el pámpano de la cuesta.
Yo sucumbo, el soplo helado
De las tinieblas me cerca;
Cual sombra desvanecerse
He visto mi primavera.
Cáe, hoja efímera, cáe,
Tapiza la trísto senda;
Ocultá el sitio en que yazga,
De mi madre á la honda pena;
Pero si acaso mi amante,
Por la avenida desierta,
Desconsolada, afligida,
En la tarde á llorar llega,
Con tu murmullo mi sombra,
Feliz entónces, despierta.—
Dijo y se alejó.....por siempre!
La hoja que cayó postrera,
Marcó su última jornada:
Bajo la encina, su huesa
Cavaron, pero no vino
Su amada á la aislada piedra.
Tan sólo el pastor del valle,
Turba el silencio que cerca
Su sepulcro solitario,
Con el ruido de sus huellas.

LA HIJA DEL MAR.

Nítida y fresca el alba sus fulgores
Regalaba en Oriente,
Y esmaltaban de rosa dulcemente
Sus límpidos albores,
Del mar la superficie trasparente.

Frescura entre las ondas bullicioso
El céfiro bebia,
Las alas palpitante sumergía,
Y el líquido azuloso
De pasajera espuma se cubría.

De la tendida márgen solitaria
Sobre el tapiz de arena,
Embelleciendo la tranquila escena,
Una jóven gentil seguia la vária
Ondulacion de la corriente amena.

Los espumosos círculos disuelve
Su planta descubierta;
Y su cabello que la brisa incierta
En espiral envuelve,
La mejilla á rozar, temblando, acierta.

¿Por qué así al despuntar la madrugada
Te inclinas pensativa,
Contemplando del mar la oleada altiva?
¿Su lánguida balada
Halla voz para tí, dulce y festiva?

¿Roban tu sueño ninfas misteriosas
De nacaradas sienes
Y ojos de amor, que en la memoria tienes?
¿Que salgan deliciosas
A esperar tan temprano, niña, vienes?

Diz que su acento puro y regalado,
El susurro parece
Del aura tibia que el follaje mece
Del sáuce desmayado
Que del Jordan en las orillas crece.

¿Son esos himnos vagos los que quieres
Imitar en tu anhelo?
¿Es tanta tu amargura, tu desvelo,
Que en la voz de ésos seres
Piensas hallar la dicha y el consuelo?

Con la redonda pálida mejilla
De contorno hechicero;
La luz de melancólico lucero
Que en tu mirada brilla,
Y de tu talle el circulo ligero;

A la diosa del lago te semejas,
Que al asomar el rayo
Del astro de la noche con desmayo,
Las ondeadas madejas
Cede á los soplos del risueño Mayo.

Contempla la estension del Oceano,
Se levanta, camina
Con abandono y gracia peregrina,
Enarcando la mano,
La floja trenza hácia la espalda inclina.

Luego compone la tapada cesta
Que en el brazo coloca;
Y como cierva que de roca en roca
Pasa tímida y presta,
Así apénas su pié la márgen toca.

¡Ah! es la risueña vírgen de las playas,
La jóven pescadora
Que el lecho deja al comenzar la aurora;
Linda niña ¡bien hayas!
Corre á llevar tu carga bienhechora.

Si á la lumbre del sol mirado hubiera
La morena garganta,
Y el pié desnudo y breve, cuya planta
Sin deshojar pudiera
Sobre el lirio poner que se levanta;

No demandara entónces tus insomnios,
Tórtola de los mares,
Que sencillos y fáciles cantares
A los blandos favonios
Regalas sin tristeza ni pesares.

Aquí aislada del mundo no conoces
Los dolores fatales,
Del Oceano espumoso las señales,
Sus oleadas veloces,
Y el sol que se refleja en sus cristales.

Junto al sagrado amor de tu familia,
Es todo lo que encierra
En sus inmensos límites la tierra,
A tu diaria vigilia,
Que ni el contento ni la paz destierra.

¿Por qué buscar pesares escondidos,
Un misterio profundo,
En tu ademan tranquilo y pudibundo?
Unos ecos perdidos
Sólo llegan aquí del vano mundo.

Cada mañana ves cuando suspenso
De la noche el rebozo,
Brilla la aurora con triunfante gozo,
Y al horizonte denso
Bermeja luz le dá con alborozo.

Aquí no luce su vistoso arreo
Espléndida floresta,
Donde resuene la agradable fiesta
Que en mélico gorgeo
La alondra anuncia en deliciosa orquesta.

Pero sencillo, arrobador paisaje,
Limita aquesta playa;
Como en el llano inmenso, fuerte haya,
Así entre el rudo oleaje
Se alza una peña, rústica atalaya.

Más allá una cadena pintoresca
De fértiles colinas,
Y á lo léjos las lonas blanquecinas
De las barcas de pesca,
Vacilando en las aguas cristalinas.

Aquí vives feliz con la natura,
Y pasan sosegados
De tu edad juvenil los dias dorados;
Como esa nube pura
Que cruza los espacios azulados.

1867.

LA ELEGIA.

A UNA ESTATUA DE PRADIER.

I

Como á los soplos del aura
blanca azucena se inclina,
así doblega su frente
pudorosa, la Elegía .....
Suave y pura como el rayo
que dieron á su pupila
del Atica los destellos
que se ciernen en las cimas:
cual su mirada, su voz
es una blanda caricia,
de dulces lágrimas llena
y de ternura infinita.

II

Ella bajo de los sáuces,
que sus ramajes inclinan,

del arroyuelo apacible
en los márgenes tranquilas,
llorosa y triste se asienta,
y en sus dolores medita,
al peso de los recuerdos
dobla la frente abatida:
y su casto seno ebúrneo
que de suspiros se hincha,
como la argentada ola
enternecido palpita.
Cuando suceden las sombras
á las nubes purpurinas,
y los cerros y los valles
alumbra la luna tímida,
con blando plectro preludia
sones dolientes que vibran
en el silencio y la calma
de la noche dulce y tíbia.
Así en los hermosos campos,
así al pié de las colinas
de la seductora Aténas
resonaron algun dia,
ó de Tíbulo á los ecos
en las comarcas latinas.
¡Oh! musa que te complaces
en divagar pensativa,
en los bosques solitarios,
ó en las fantásticas ruinas,
¡revela al mundo el secreto
de tu alma cándida herida!
Dí, ¿por qué doblas la frente,
y por qué triste suspiras?

AL SR. D. FRANCISCO DE ALBEAR Y LARA.

Dulce es templar la lira armonïosa
Y cantar de los héroes las hazañas,
O los dones que vierte generosa
Naturaleza en prados y montañas.

Grato es rendir al genio del artista,
Que con mágica tinta inspiradora
Seduce el corazon, pasma la vista,
La noble admiracion que le es deudora.

Mas si la ciencia con celeste mano
Realiza de alto bien grandiosa idea,
Entónce el mundo al trovador galano,
Tema no ofrece que tan bello sea.

Vibre sonora y suave el arpa mia
De su inexperto númen á despecho,
Y venza en su esplendor la fantasía
De la obligada rima el lazo estrecho.

Pues celebrar pretende la alta gloria
Que tu constancia, Albear, tu genio alcanzan;
Y le estimula el himno de victoria
Que en tu loor los trovadores lanzan:

Llene tu corazon júbilo santo,
Hoy que tu afan la Patria galardona;
Y si unido á su voz suena mi canto,
Tú mi atrevida admiracion perdona.

ÁNTE UN CUADRO DE RÜBENS.

Ánte mis ojos en el blanco muro
Se destaca pendiente y elevado,
Un lienzó, que corona con modestia
De rojiza caoba simple marco.
¡Nada más melancólico y severo,
Y nada más sublime que este cuadro!
Copia precisa y fiel es de la imágen
Que coloreara el genio sacrosanto
De Rübens inmortal; allí reparte
De nubes lleno el horizonte opaco,
Luz de tinte sombrío que decora
Con indeciso y macilento ráyo,
Del Calvario la cúspide sangrienta,
Y la cruz en la cima del peñasco.
Todo es verdad: aún respirar se siente
De la Santa Ciudad el aire blando,
Cuando ligero se estremece y besa,
De los alisios el follaje grato.
En solitario grupo cariñoso,

Y en sus rostros el duelo retratado;
Sostienen al divino Nazareno,
Su madre y sus discípulos más caros.
El lacerado cuerpo ya sin vida
Recojido y envuelto en fino paño,
Del suplicio desciende, que erigiera
La maldad y rencor de los humanos.
En su semblante lánguido y marchito,
Y más que el lino que lo encubre, blanco,
Se reflejan las huellas del martirio
Y la pureza mística del santo.
La cabeza inclinada sobre el hombro,
De fuerzas, de calor y vida falto,
Yace el justo que el código sublime
De igualdad proclamó, y en su regazo
Las penas acojiera y los dolores;
El que en montura humilde y lento paso,
Llegó á Jerusalen, que le brindaba,
Cual vencedor triunfante, mirra y lauro.
Sus miembros se doblegan sin esfuerzo,
Rendidos por suplicio tan amargo;
Pero su boca prorrumpir parece:
—Cúmplase en mi, Señor, vuestro mandato.

Allí el Evangelista al pié del leño,
Ceñido el talle con el róseo manto,
Los piés desnudos, por la espalda libres
Los blandos rizos del cabello largo,
Una planta en la escala, la otra en tierra,
El célico semblante demudado,
Más que alguno sostiene el grave peso,
Con tierna uncion y en ademan gallardo.

De hinojos puestos en el duro suelo,
Cabe el hermoso pescador del lago,
Dos mujeres piadosas y afligidas
Tienden al mártir los turgentes brazos;
Mientras dos séres fieles y queridos,
De la cruz en la cima, allá en lo alto,
Hasta encontrar la diestra de su madre,
Con tiento avanzan el cadaver sacro.
¡Cuál revela la casta galilea
El alma llena de afliccion y llanto!
¡Cuál su semblante lánguido aparece,
Entre los tules del rebozo pardo!
Triste, de pié, bajo el dolor se inclina
Como palma en el valle su penacho,
Y doliente descuella y afligida
Cual de azucenas pálidas un ramo!
¡Cómo el divino creador del Orbe,
En ocultos recónditos arcanos,
Su bondad y omnisciencia nos revela
Con maravillas y portentos raros!
¿Quién, sino el soplo del Señor pudiera
Dar á Rubens su brillo soberano?
Al través de los años, su paleta,
Rica en matices, como en luz el astro
Espléndido del dia, nos mostrara
Tierno bosquejo, palpitante, exacto,
De ese drama de angustias y congojas
Que aún nos hiere y conmueve al recordarlo.
¡Rubens sublime, artista poderoso!
Sólo tu genio inspirador, preclaro,
Los dolores del hijo de María
Con tal verdad pudiera revelarnos!

Una tras otra mil generaciones
Arrostrará en su curso el tiempo cano,
Y por sobre sus ruinas tu recuerdo
Subsistirá á despecho de los años.
Tal suerte cabe á quien la luz fulgente
Del genio ciñe con radiante halo.
De la historia en el cielo luminoso,
Como Arturo luciente en el espacio,
Gran Rubens, brillará tu nombre augusto,
En las brumas y nieblas del pasado.
Así hermoso lucero en noche triste,
Entre tupidos nubarrones anchos,
Al descorrerse el importuno velo,
Muestra su disco más radiante y claro.

Habana, 1871.

DESPUES DE LA VICTORIA.

Cubierto de heridas y lleno de gloria,
Retorna el soldado, gozoso á su hogar;
Su nombre ya ilustre registra la historia,
Mas sólo le halaga la cara memoria
De un pecho tranquilo brindándole paz.

Adios, á la escena de horror y de muerte
Que bélico anima vibrando el clarin;
No más con estrépito el bronce despierte,
No más sus favores conceda la suerte
Tras larga jornada de lóbrega lid.

Que allá en la ladera que límpido baña
Gimiente arroyuelo con manso raudal,
Rodeada de musgo y agresté espadaña.
Vislumbran sus ojos la alegre cabaña,
Refugio inocente de amor celestial.

Pasaron las horas de afan y de acecho,
Pasaron las noches de insomnio cruel,
Y pasa el recuerdo cual humo deshecho,
Y henchido de gozo su enérgico pecho
Palpita á la vista del grato dintel.

Allí está la dicha; allí la ventura;
Su nido de gloria, su sueño feliz;
—¡Madre! ¡esposa mia!—exclama con ternura;—
Secad vuestro lloro, cese la amargura,
A mis brazos presto risueñas venid.

Aún suena en los aires su acento sonoro;
Mas súbito dobla la frente marcial,
Y tímida gota de férvido lloro
Chispea en su pupila con noble decoro,
Y lenta recorre su pálida faz.

—¡Oh, madre!—prorrumpe—¡oh, mísera anciana!
No burló el instinto tu fiel corazon:
Al marchar tus hijos, dijiste:—Mañana
Moriré, y un hombro mi cabeza cana
No hallará en su apoyo, ni dulce calor.—

—Llegaron, señora, tus horas de duelo;
La patria te adorna de hermoso laurel,
Y al par de sus ecos que llegan al cielo,
Se oirán los gemidos de angustia y desvelo
Que lanza una débil y triste mujer.

Allá en la anchurosa magnífica vega,
Exánime yace tu cándido Artur;
Cayó como lánguida flor se doblega,
Y el hado terrible la dicha te niega
De honrar sus despojos alzando una cruz.—

De pronto mil bronces tañidos á vuelo
Resuenan, y el héroe recobra su ardor;
Su marcha apresura, y exclama con celo:
—¡Mil veces dichoso quien halla consuelo,
Volviendo á sus lares cubierto de honor!

Agosto, 1872.

EL CANTAR DE LA NIÑEZ.

A MI HERMANA LILA.

Ven, tierna Lila, ven; en mi regazo
Reclina tu cabeza seductora,
Mas rubia que la espiga que en la Aurora
Agita el airecillo matinal.
La tarde su corona de diamante
Se ciñe hermosa, y cuaja de rocío
La bella flor que en el callado rio
Despliega su corola virginal.

La luna va á reinar: tras de la loma
Alza su disco de luciente plata,
Que en la tersa laguna se retrata,
Con majestad grandiosa y pura luz,
El solibio sus últimos suspiros
Melancólico exhala entre el follaje,
Mientras agita trémulo el ramaje
El céfiro fugaz en su inquietud.

Tú no sabes, mi bien, cuánto es hermosa
Al fenecer la tarde suave y pura,
Ni cómo llena el pecho de dulzura
De su adios á los valles y al pensil.
Los años vuelan presto; tu alma entónces
Se abrirá á la ilusion cándida y bella,
Y al asomar la vespertina estrella
Suspirarás con emocion feliz.

Aún no cuentas un lustro, hermana mia,
Y á tu frente donosa da la infancia,
Ese celeste albor, esa fragancia,
Que esparce la inocencia en derredor.
Yo arrullaré tu sueño con mi canto,
Himno de amor tan apacible y tierno
Que dél conserves un recuerdo eterno
Cuando crezcas en años y esplendor.

Guárdale en la memoria, ángel querido.
Ora tu lábio que en carmin enciendes
Le repite gozoso, y no comprendes
La expresion de mi afecto fraternal.
Eco del corazon, risueño nace
Sin cadencia, tal vez, ni galanura;
Mas espontáneo como el agua pura
Que brota en escarpado peñascal.

Retrato fiel de tu niñez amable,
Quiero que en todo tiempo te recuerde
El horizonte azul en que se pierde
Tu mirada radiante de esplendor,

Que en él encuentres en futuros dias
El eco bullicioso de tu risa,
Y el delicado incienso de la brisa
Que tu mejilla pinta de arrebol.

Que no mires más lágrimas que aquellas
Que el alba luce en árbol y capullo,
Ni lamentar más triste, que el murmullo
De las cañas gimientes del bambú.
Que cada nota arranque tu sonrisa,
Y brille en ella el sol de primavera,
Que dá en la tarde á la apacible esfera
Tantos tesoros de belleza y luz.

Como el cantar de tu niñez ¡oh, Lila!
Sea tu existencia plácida y tranquila,
Benigna como el astro que rutila
En la noche con mágica beldad.
¡Ah! si cual es inmenso mi cariño,
Fuera tambien mi voluntad, grandiosa,
¡Qué senda tan florida y tan hermosa
Le ofreciera mi amor, Dios de bondad!

LA LLUVIA.

¿Dónde vas, avecilla voladora,
Huyendo en raudo giro?
¿Vas á buscar la rama abrigadora
De tu agreste retiro?

Hiende el aire el relámpago, lejano
Zumba el trueno imponente;
Y corre y se dispersa por el llano
El rebaño inocente.

Fresco soplo desciende de la cuesta,
Reanimando los valles,
Y las hojas arrastra en la floresta,
Por las frondosas calles.

Rueda por las colinas y vertientes
El agua cristalina,
Del arroyo engrosando las corrientes
Y la fuente vecina.

Bulle el remanso y flota en sus cristales
La tierna florecilla,
Hermoseando los límpidos raudales
Las yerba de la orilla.

De la malva el olor y de la grama
Roba y esparce el viento,
Y del ardiente sol la roja llama
Palidece un momento.

Sus tallos mece la flexible yedra,
Y resalta más puro
Su verde suave en la vetusta piedra
Del carcomido muro.

Abre, desata, bienhadada lluvia,
Tu misteriosa fuente;
¿No ves cuál brota de la espiga rubia
La preciada simiente?

Baña con mano pródiga los llanos
Y tendidas praderas;
Vierte sobre los montes soberanos
Tus ondas placenteras.

En tu loor, cual monumento bello,
El iris sus colorés
Reflejará con fúlgido destello
Sobre las frescas flores.

Resbalará bajo apacible sombra
El susurrante rio,
Y de los campos en la verde alfombra
Pacerá el buey tardío.

Por cada blanca gota que descienda
De tu fecundo seno,
Un diamante la flor lucirá en prenda
En su cáliz ameno.

El campesino cantará tu gloria
Al par de sus amores,
Y serán de tu huella fiel memoria
Los prados y las flores.

Junio, 1874.

MOISES EN EL DESIERTO.

Dejando atrás el suelo de sus cuitas,
Libres de Faraon y sus cadenas,
Clavan la vista de esperanza llenas
En el confin las tribus israelitas.

Mas no aparecen los risueños montes
De la felice tierra deseada,
Y la noche apacible y sosegada
Envuelve los lejanos horizontes.

De nuevo al ver fallida su esperanza,
Prorrumpe el pueblo en voces y lamentos,
Que turban como el ruido de los vientos
La calma del desierto y la bonanza.

La sonrisa primera de la aurora
Del jefe de Israel baña el semblante,
Y de pié y la mirada centellante
Mira á la turba soñolienta ahora.

Al carro del ejipcio encadenada,
Con su sudor el suelo enriquecia
Del destierro feroz, en que gemia
Del rey audaz bajo la férrea espada.

El los librára de tan cruda suerte,
De las ondas mostrándole el sendero,
Domando el elemento airado y fiero
Que al enemigo lleva extrago y muerte.

Mas ¡ay! la ingratitud con ámplia mano
Siembra dó quiera lúgubres rencores,
Y olvidando sus ínclitos favores,
Osan culparle con delirio insano.

Su patriótico amor y su desvelo,
¡Así tan presto su falange olvida?
¿Así recibe torpe, envilecida,
El don divino que le vuelve el cielo?

De esclavitud, no en vano, en el destierro
El amargo licor ha saboreado;
La ponzoña su pecho ha alimentado,
Y á ciegas vaga de uno en otro yerro.

De su alto dogma profanando el rito,
De un Dios supremo el culto memorable
Arranca de su seno, y despreciable,
Adora necia el ídolo maldito.

El dolor de su pecho y la congoja
Del gran libertador la faz retrata;
Y su pupila ardiente se dilata,
Reflejando el tormento que le enoja.

¡Jacob, Jacob! ¿qué hará tu pueblo triste,
Si el caudillo escojido le abandona?
¿Quién del desierto en la abrasada zona
Guiará su paso al suelo en que naciste?

Levántate, Israel, abre los ojos,
Mira el abismo horrendo á que te lanzas;
Cifra en Moisés tus bellas esperanzas,
Y rebelde no excites sus enojos.

Mas ya el legislador compadecido
Del infortunio inmenso de su hueste,
Alza la vista á la region celeste
Y su ferviente ruego conmovido.

Hiere la árida roca, y de su seno,
Brota en raudal el agua deliciosa;
Y la turba sedienta y codiciosa
Lanza un clamor de regocijo lleno.

De la fé con la espléndida diadema
Brilla la frente del caudillo hebreo;
Y con la diestra en actitud suprema,
Muestra el confin del pueblo cananeo.

1872.

EN UNA VILLA.

Silencio, paz, y lánguido reposo
Envuelven á la villa adormecida;
Sólo se escucha el tierno y lamentoso
Cantar de la tojosa dolorida.

Por abundosa lluvia regalada,
Ricos efluvios la campiña lanza,
Y de aromas la atmósfera colmada,
Llena el seno de vida y esperanza.

Y en el aire sutil, que mueve y riza
El follaje del plátano pomposo,
Tal parece que gira y se desliza
El genio de la noche vagaroso.

Del claro cielo en el azul brillante,
Cual nacarada flor en terso lago,
Brilla la luna, y su fulgor radiante
Baña la tierra en amoroso halago.

La copa de las palmas ilumina,
Y allá en la ermita lánguido resbala,
Como á veces el ave peregrina
Roza las ondas suspendida el ala.

Diez años há, bajo la misma torre,
Un generoso anciano se albergaba,
Y en él, la caridad que ama y socorre,
El desvalido huérfano encontraba.

Aún verle me parece, y me imagino
Que su sombra atraviesa el presbiterio,
Y al pié sentarse de elevado pino,
Cabe el tranquilo, humilde cementerio.

Todo es calma feliz: dulce beleño
Adormece el afan de las pasiones;
Bajo esos techos que cobija el sueño,
¡Cuántos habrá dolientes corazones!

En otro tiempo, en vez de esas moradas,
Pobres chozas mostraba el caserío,
Y eran sus calles, sendas erizadas
De áspero cardo, y de maguey sombrío.

La tradicion poblaba sus regiones
De fantasmas y espíritus errantes,
Que demandaban preces y oraciones
Con ayes y gemidos suplicantes.

Luego una nueva aurora refulgente
Sus bosques alumbró, y los vestiglos
Huyeron en tropel cobardemente,
Bajo el lóbrego manto de los siglos.

Sólo en recuerdo de esos años queda
Su herboso prado y puros manantiales,
Para que en ellos el doliente pueda
Remedio hallar y bálsamo á sus males.

Hácia otras sendas el azar me guia;
Mas...... que siempre la imágen deliciosa
De su feraz campiña me sonria,
Como ahora, pacífica y hermosa.

1896.

TORMENTA EN EL MAR.

¡Qué fiera agitacion! unas tras otras
Por el Noto las nubes compelidas,
El horizonte lúgubre sombrean,
Como luctuoso velo,
Y de duelo y pavor llenan el cielo.

Rauda sus alas la tormenta bate,
Lanza el rayo sus lívidos fulgores,
Y acres emanaciones y vapores
Exhala el mar de su agitado seno,
Y al iracundo ruido de las olas
Responde el son horrísono del trueno.

Del huracan el soplo impetüoso
Al pecho lleva indefinible espanto;
Ruje el océano indómito y furioso,
Como el jaguar que acosa la jauria,
Y á sus cavernas lóbregas le arranca,
Airado á sus rivales desafia,
Tiembla soberbio, enérgico sacude
Los musculosos miembros, y altanero
La selva asorda vengativo y fiero.

De la playa distante frágil nave,
En vano lucha y dominar intenta
El empuje feroz de la tormenta.
Sin vela, ni timon, débil se mece
Como junco en el lago; de repente
Se eleva con las olas, ó parece
En el abismo hundirse tristemente:
Del fondo en espumoso remolino,
Suena la voz del oceäno y llega
Al náufrago infeliz, y su destino
Inexorable y rudo le predice:
A Dios confia tu precaria suerte,
Sólo él, mortal, le dice,
Puede robarte al golpe de la muerte.

La codiciada presa se disputan
Contrarios elementos;
En tanto que el bajel roto y vencido,
Sin direccion, ni luz, sólo obedece
A las confusas olas y los vientos.
¡Escena de dolor! llanto, gemidos,
Y temblorosas manos que se enlazan
Y en el temor los ánimos unidos.
Los lábios sin color, los ojos fijos
En el oscuro cielo, todos muestran
Los palpitantes brazos
En ademan de súplica tendidos.

A cuántos el recuerdo de una esposa,
En tan amargas horas como un dardo
Les rasga el corazon!...... Suerte espantosa!
A cuántos, ¡ay! tras dilatada ausencia,
El caro suelo de la infancia hermosa

Reclamaba felice su presencia,
Y gozaron soñando en las delicias
Que les brindaban sus paternos lares,
Y de fieles amigos las albricias.

¡Piedad, gran Dios! Del iracundo oceano
Calma el fragor y el agitado seno;
Y ayudado por brisa grata y suave
Al puerto lleva la tronchada nave,
Con mansas olas y vaiven sereno.

EL OTOÑO.

Ya llega el otoño triste,
Envuelto en su pardo velo,
Viste de sombras el cielo,
Y la campiña feraz.
Todo cambia: el bosque umbrío
Pierde su rico follaje,
Su matiz de oro el celaje
Y su reposo la mar.

Baña gimiendo el arroyo
La melancólica orilla,
Que abandona la avecilla,
Donde perece la flor.
Cual tú, simple maravilla,
Muere tambien la doncella,
Que ayer inocente y bella
Alababa tu esplendor.

No ha mucho con sus amigas
Paseaba por esta calle,
Que finaliza en el valle
Junto á un hermoso palmar.
El blanco velo de esposa
Iba á coronar su frente;
Mas lo lleva, la inocente,
Al sepulcro, no al altar.

El mismo soplo arrebata
Sus hechizos y tu esencia;
Ambas perdeis la existencia
En su primer resplandor.
Mas cuán diverso es el fin
De su destino y tu suerte:
Ella al recibir la muerte
Halla hermoso galardon.

Y tú, pobre florecilla,
Ayer de este bosque ornato,
¿Adónde tu aroma grato
Irá volando sutil?
¡Triste flor de la pradera!
Y tú, madre sin ventura,
Riega la honda sepultura
De tu amado serafin.

Y cuando vuelva el otoño,
Con paso débil é incierto,
Bendecirá á la que ha muerto
Tu corazon maternal.

Que en él vivirá el recuerdo,
Puro, inextingible y santo,
Endulzado con el llanto,
Que mitiga tu pesar.

Lánguido Octubre nublado,
Que soplo tétrico exhalas,
Arrebatando sus galas
Al collado y al pensil;
Sólo el alma gemebunda
Ama tu cielo sombroso;
El corazon que es dichoso
Busca las pompas de Abril.

Mas tú tambien pasarás
Como esas pálidas hojas,
Que en tus ráfagas arrojas
Impelidas con furor.
Hoy en llano y cumbre imperas,
Mañana vago y errante,
Huirás triste y vacilante
A más lejana region.

RECUERDOS DE LA INFANCIA.

EN EL TEMPLO DE......

Cuando en los años de mi infancia pura,
El alma vagabunda se cernía,
Con sus álas de nítida blancura
En los espacios que el candor le abria.

De tu recinto el pavimento hollaba,
Y de tu altar al pié, niña inocente,
En el coro de arcángeles soñaba
A los sones del órgano imponente.

Huyó de la niñez la época amable,
Y fluctuando en las olas del destino,
Léjos bogaba mi barquilla instable......
Y otros altares viera en mi camino.

Al penetrar de nuevo bajo el arco
Que levanta tu bóveda sagrada,
En el sendero de mi vida marco
Rica en recuerdos tan feliz jornada.

En las desiertas naves silenciosas
Ténue rumor produce el paso mio,
Y aspiraciones nobles y grandiosas
El pensamiento forja á su albedrio.

Alivio el corazon halla y consuelo;
Libre de peso abrumador se siente,
Y de la paz bajo el augusto velo
Ansioso aspira y con placer tu ambiente.

Sobre tus muros que la luz inunda
De misteriosa claridad süave,
El tiempo vário los anales funda
De pasada centuria con voz grave.

Aquí vinieron á estampar sus huellas
Otras generaciones que existieron,
Sólo igual á la nuestra en sus querellas
Y en las lágrimas tristes que vertieron.

Que si la humanidad nombres extraños
Y nuevas formas viste en su mudanza,
Al corazon del hombre, de los años.
La variacion efímera no alcanza.

EL CREPUSCULO.

Hora de paz solemne y misteriosa,
Por el soplo del céfiro halagada,
Ninfa gentil que dulce y sosegada
Precedes á la noche silenciosa;
Ven y despliega tus hermosas galas
Que en su tallo la flor yace marchita,
Y el pajarillo las pintadas alas
Recoje sobre el árbol en que habita.
Oh! sí, ven sí, crepúsculo querido,
Con tus nubes, tus vagos resplandores,
Que eres más grato al sér entristecido
Que la nocturna lluvia es á las flores,
Con esa tu deidad blanca y esbelta,
De azules ojos, de mirada pía,
Que en pardos tules aparece envuelta,
Y dice quedo: —Soy melancolía.
Esa que vaga pálida y llorosa
A la orilla del lago trasparente,
Y muestra, cual diadema vagarosa,

Al deslumbrante Véspero en la frente:
Y arrastra con silencio el largo traje
Y su cabeza lánguida se inclina,
Como el sáuce que dobla su ramaje
A orillas de una fuente cristalina.
Deidad hermosa de la tarde pura,
¿A quién no envuelve tu feliz misterio?
Hasta el ave que gira en la espesura
Siente el influjo de tu augusto imperio;
Por eso cuando triste y vacilante
Huellas del campo la verdosa grama,
Su voz apaga el arroyuelo ondeante
Que en el ameno valle se derrama.
Al estruendo del dia y al bullicio,
Blanda quietud sucede placentera,
Y sus olas, benéfico y propicio,
Tiende el reposo en la feráz pradera.
Y se ocultan los montes y collados
Entre flotantes velos vaporosos,
Y en movimientos suaves y pausados
Se columpian los árboles airosos..
Oh! no tardes, crepúsculo querido,
Con esa tu deidad pálida y bella;
Quiero mirar tu rostro dolorido
Y en tu frente gentil la blanca estrella.
Ven con tus nubes, blando, vaporoso,
Crepúsculo fugaz, cuanto hechicero;
Ven, que se siente el corazon dichoso
Al brillo de tu rayo pasajero.

ORILLAS DE UN ARROYO.

Bello es soñar cuando la luz del dia
Se vé palidecer,
Y de los montes en la cima umbría
Fugaz desparecer.
Bello es soñar en retirado asilo
De calma y de quietud,
Cuando palpita el corazon tranquilo
En plena juventud.
Aquí, arroyo, en tu orilla sosegada,
En dulce soledad,
Cuando ostenta serena y despejada
La noche su beldad;
Cuando el espejo de tu linfa clara
Abrillanta la luz,
De la luna que diáfana separa
El nocturno capuz,
Bello es soñar aquí; de tus rumores
Adormecerse al son,
Aspirar tus ambientes, tus olores,
Y bendecir á Dios.

Melancólicos sauces, altos pinos,
Crecen bellos aquí;
De la tristeza emblemas peregrinos
Buscan la vida en tí.
Se derrama en poético murmullo
El eco de tu voz,
Y se dilata unido al blando arrullo
De pájaro cantor.
Por un momento el carcomido puente
Me oculta tu vaiven,
Para despues más fresca y trasparente,
Volver á aparecer.
Así tambien, en funeraria fosa
Se hunde la humanidad,
Y lüego el alma brilla esplendorosa
Allá en la eternidad.
Cuando mi cuerpo débil se doblegue
Al peso del dolor,
Y la florida juventud me niegue
Su rosado fulgor;
Ay! cuando la vejez mi frente abata
Con un soplo invernal,
A esta orilla que verde se dilata
Vendré yo á meditar.
Y por entre las ramas que se adhieren,
Una señal pondré,
Que recuerde á los seres que me quieren
Los lugares que amé.

EL SUEÑO DE MILTON.

El sol traspone ya las altas cimas,
La tarde dulce y apacible impera,
Tarde que ornan flotantes nubecillas
Y una brisa suavísima refresca.
Al pié de un árbol en florido cerro,
Un mancebo reposa en blanda siesta:
Y al mirarle la diosa de la noche,
Más que Endimion hermoso le creyera.
Por la region felice del ensueño
Su alma dichosa y conmovida vuela;
Y hácia él, sonriendo una vision divina,
Vé dirigirse, y apacible llega.
Sobre su frente ya la mano posa,
Su mano pura, cariñosa y tierna.

—¿Quién eres, dime, tú, cuya hermosura
No conciben los seres de la tierra,
Y al corazon infundes generosa
El gérmen puro de una vida nueva?

—Tu prometida soy; Milton, escucha:
El Hacedor divino me eligiera,
Y á su voz, obediente me separo
De mis dulces amigas las estrellas;
Solícita á tu amor, abandonarte
No debo miéntras dure tu existencia.

—¡Qué bendita emocion! ¿tú mi adorada?...
¿Por mí abandonas tu mansion eterna?...
Presto retorna á tu celeste patria,
Y elévame contigo á la alta esfera.

—¡Oh, calla por piedad! vé que tú mismo
De tu vida pronuncias la sentencia.

—Si tú no me abandonas, yo la acepto,
—Cúmplase tu destino: sé poeta.

LA SALIDA DEL SOL.

Ya el júbilo estremece el pardo pico
Del pájaro canoro,
Que remeda en su idioma dulce y rico
Todo el alado coro.

De su garganta bella, que acaricia
Las alas diminutas,
La música repite con delicia
El eco de las grutas.

Y á hollar convida el alfombrado suelo
De la pradera hermosa,
Que su tapiz de verde terciopelo
Extiende primorosa.

Coronado de perlas, inocente
Espiga el blanco lirio,
Y baja al horizonte lentamente
El abrasado Sirio.

La sombra se replega; blanda brisa
Que los campos orea,
Acude á su carrera dando prisa
Do el arroyo serpea.

Bajo la copa del cafeto erguido,
Que aún encubre la bruma,
Recamado de flores como el nido
Con la sedosa pluma,

Detiene al punto el vacilante paso
El anciano montero,
Al ocultarse de esplendor escaso
El último lucero.

Ya se doran las nubes. ¡Qué tesoro
De risueños colores!
Leve celaje rubio como el oro,
Cual espiga entre flores,

Del cerro se desprende, que rodea
Al luminar naciente,
Como del héroe en la cerviz chispea
El casco reluciente.

El bello sol pausado se levanta;
Ya reina soberano;
Del árbol alzadísimo y la planta
De la cumbre y el llano.

El polvo de los siglos no desdora
Su brillante diadema;
Hoy como ayer la bóveda colora
Con su lumbre suprema.

Todo es vida y placer: alegre saltá
El manso corderillo;
Despiertan las abejas, nada falta
De este gran cuadro al brillo.

LA ANUNCIACION.

En las manos la frente reclinada,
Sumerjida en celeste adoracion,
Más bella que la luz de la alborada,
Alza María cándida oracion.

Nunca brotó la hermosa Palestina,
Rosa más pura, espléndida y gentil,
De fragancia más suave y peregrina
En sus florestas y pensiles mil.

El celeste fulgor que en su alma mora
Orna su rostro angélico de luz,
Como al brillar la nacarada aurora
Rasga la noche el lúgubre capuz.

De repente un perfume misterioso
Se esparce por la humilde habitacion,
Y un acento apacible y melodioso
La llena de sorpresa y emocion.

Alza entónces la cándida pupila,
Y con asombro y maravilla vé
Como un ascua de fuego que rutila,
La majestuosa imágen de Gabriel.

Sobre celajes de encendida rosa
Entre diáfanos velos de zafir,
Coronada de luz la faz gloriosa
Y en la nevada mano flor de Abril.

—¡Salud! le dice, mística María,
De gracia llena y de beldad; ¡salud!
De todas las mujeres la más pía,
Eres bendita y llena de virtud.

A la voz del arcángel, la rodilla
Dobla humilde la vírgen celestial;
Las manos une, y púdica y sencilla
Refleja su semblante la piedad.

Blanca paloma los espacios hiende,
De hermosa lumbre al límpido matiz,
Y dulcemente su fulgor extiende
De la vírgen postrada, en la cerviz.

Cumplido su mandato, ya se eleva
El soberano arcángel inmortal,
Sin que María á levantar se atreva
La doblegada frente virginal.

1872.

EL GENIO.

En lobreguez perpétua sepultada,
Como en manto de nieblas escondida
Que su gloriosa frente sombreaba,
En letal soñolencia sumerjida,
La tierra silenciosa reposaba.
Silencio, horror, reinaba en el vacío;
Y en su seno profundo y pavoroso
A la beldad inerte
Guardaba entre sus olas sigiloso.
Mas, de repente, el eco poderoso
De una voz inmortal que el aire llena,
Se escucha resonar y se dilata
Por el espacio límpida y serena.

Una ráfaga ardiente
Rasga el luctuoso velo,
Y en trasparentes nubes le convierte
Que decoran el cielo.
¡Y era la luz! era la vida, aquella

Fúlgida claridad, que el sacro acento
Del Señor, despertaba á la natura,
Mostrándole sus campos de verdura
Y los astros sin fin del firmamento.

Con mano sábia, generosa y justa,
El Hacedor, sus dones derramando,
Otorgó á cada cual un bien precioso,
Sus funciones y límites marcando.

Y dió al riachuelo ténue murmurío,
A la cascada música ruidosa,
Y entre las aves tímidas y bellas,
Soberbia puso el águila arrogante;
Y á las claras estrellas
Por señora les dió, pura y hermosa,
A la luna plateada y deslumbrante.

Y cual destello vivo de su gloria,
Formó un divino sér, un ángel puro,
De frente peregrina y hechicera,
Que dócil á su voz, en el futuro,
A la tierra felice descendiera,
Nuncio de paz sublime y de victoria.

Y el ángel del Señor llamóse Genio,
Y cuando envuelto en luminosa nube
Sus níveas alas tiende,
Y á la tierra desciende,
La adormecida humanidad produce,
Al escuchar la voz que la redime,
Séres que el rayo de una luz sublime

Ostentan en su frente como aureola;
Astros de lumbre espléndida y divina,
Eco sonoro de espumante ola,
Ave caudal que vence y que domina.

De esa llama la chispa refulgente,
En ondas deslumbrantes,
Amorosas bañaban y brillantes
Del grande Homero la sublime frente.
Y bajo el cielo tibio y trasparente
De la hechicera Italia, repetia
El aura vana, la cancion doliente
Del Tasso desdichado, y su suspiro
El eco de los mares acojia
Con susurro cadente.

¡Oh, Genio, Genio! tu creador divino
Su reflejo de gloria percibia
En la mente inmortal de Galileo:
Del sábio la esperanza reanimabas,
De conviccion llenando y de firmeza
Su noble corazon; bálsamo suave
Era tu voz á su rasgado pecho;
Y al escucharla, su semblante grave
Brillaba de contento,
Y á la mirada reflexiva y triste,
Su fuego le prestaba el pensamiento.

En el pincel de Sanzio renombrado
Se vé ¡oh, Genio! tu huella,
Y tu figura bella,
Contempla el Orbe en pedestal sagrado

Por Angelo y Ghiberti levantado,
Y la ilusion nos finje en su abandono,
De tu impalpable manto el blando ruido
De sus cabezas al moverse en torno.

Pierde su veste el álamo sombroso,
La encina secular al tiempo cede,
Su murmullo el torrente fragoroso
Apaga y debilita, y en los campos,
Que su música agreste conmoviera,
No se oye ni un gemido,
Y al árbol de la orilla, presurosa
Lleva la alondra tímida su nido.

Sólo el Genio, impasible mira el tiempo
A sus plantas correr, tras sí llevando
Miles generaciones, sin que alteren
Los años implacables su diadema,
Y en su seno los pueblos le consagran
Un altar venerando.
Así, la triste Erin, los viejos cantos
De sus antíguos bardos aún repite,
Recordando las glorias de su fama;
Así tambien la América pronuncia
De su divino bardo las querellas;
Y de la tarde en las calladas horas,
Sus creaciones bellas,
De Cuba en las campiñas seductoras,
Parecen modular brisas errantes,
Y de Heredia inmòrtal el dulce nombre
Murmuran gemidoras
Las ramas de los plátanos sonantes.

1867.

RETORNO AL HOGAR.

Salud, ¡oh dulce hogar tierno y querido!
Vuelvo á sentir el soplo de tus brisas;
¡Oh, cuánto soy feliz! tiernas sonrisas
Parece el cielo prodigarme aquí.
Imagino que el bosque me saluda
Con el trémulo ruido de sus hojas,
Que en torno agreste florecillas rojas,
Más bellas engalanan el pensil.

Venid, blancas palomas hechiceras,
Cariñosas amigas de otros dias;
Volvieron las pasadas alegrías;
Sobre mi falda, alegres reposad.
Y del arroyo en la corriente mansa
Retozonas mojad la breve pluma;
Alzad en torno bullidora espuma,
Y mi frente de perlas salpicad.

Y de la opuesta márgen primorosa
Que tapizada está de verde grama,
Tronchad pequeña y olorosa rama
Con el menudo pico de rubí.
¡Oh, dulce rio do pasó mi infancia,
Por fin retorno á tu feraz ribera,
Donde corre sonora y placentera
Tu linfa entre festones de alelí!

¡Cómo late de gozo el pecho mio
De nuevo al contemplar tus frescas ondas,
Y de las cañas las flotantes, blondas
Espigas que te besan con amor!
Por eso, claro rio, llanto triste
Vertí en la ausencia al recordar tu orilla,
Donde la luz esplendorosa brilla
Del astro de los Incas bienhechor.

Tu dulzura, tu paz, mansa corriente,
Vuelve á sentir el ánima abatida,
Y á mirar de la aurora la salida,
Cual ántes, ya por siempre tornaré.
Lugares para siempre bendecidos,
Son aquellos do corre nuestra infancia,
Llenos de luz, de aromas y fragancia,
De plácidos recuerdos y de fé.

Volveré á contemplar el sol hermoso
Matizando de luz el cocotero,
Y el soplo de la brisa al limonero
Arrancarle su nítido boton.

En esas horas místicas, solemnes
En que vaga el misterio indefinible,
Y despliega en los aires apacible
Su melodiosa voz con ténue son;

En esa suave, célica armonía
De entreabiertos capullos y de estrellas,
De nubes, de perfumes y querellas
Y de trémula vaga claridad,
Parece que los cielos se entreabren
Y un susurro divino y melodioso,
Derrama en los espacios cariñoso
Un grupo de querubes inmortal.

....

¡Salud, dúlcido hogar tierno y querido!
Ya siento el soplo de tus frescas brisas,
¡Ah, cuánto soy feliz! dulces sonrisas
Me halagan en tu suelo bendecido.

A UNA ESTRELLA.

Astro que en medio de la opaca esfera
Lanzas tu rayo desmayado y triste,
¿Cómo á mostrar tu disco te atreviste,
Si en cielo y tierra oscuridad impera?

Al reflejarse la tormenta fiera,
De negras sombras el confin reviste;
Mas tú, con suave resplandor quisiste
Brindar al suelo lumbre lisonjera.

Así en el àlma, tempestad sombría,
Horrendas nubes derramó inclemente;
Mas en la noche de la pena mia

Con su divino rayo refulgente,
Brilló cual tú, risueña la esperanza,
En un cielo de paz y de bonanza.

LOS NIÑOS.

IMITACION.

Es la hora feliz en que á su nido
El ave torna en la arboleda umbrosa,
Y la vivaz, inquieta mariposa
Se aduerme al fin en la entreabierta flor.
Se siente ya la precursora calma
De la apacible noche seductora,
Y aún risueño ilumina, pinta y dora
Las ámplias zonas el poniente sol.

Grato rumor se escucha, como el ruido
Del arroyuelo que en el valle ondula:
Sus vibraciones límpidas modula
Y las esparce el céfiro de Abril.
¿Son, por ventura, las perdidas notas
Que arranca algun artista á su instrumento,
Con la vista elevada al firmamento,
Henchida el alma de ilusiones mil?

O las querellas del amor, que exhala
Tierna tojosa dolorida y triste,
Que la presencia del consorte viste
De almo placer y gozo sin igual?
¡Dulce avecilla! áunque inefable dicha
Llene su pecho de feliz contento,
¿Cómo podrá su lastimero acento
La voz de los arcángeles copiar?

No es la voz de la tímida tojosa:
Son los niños que juegan en el prado
Sobre la fresca yerba, que el arado
Del campesino humilde respetó.
El rayo postrimero de la tarde
Que del monte en la cúspide fulgura,
Imprime suave en la mejilla pura
De las rosas el vívido color.

Las manos enlazadas, y flotantes
Los sedosos cabellos por la espalda,
Parecen, al danzar, una guirnalda
Cojida en los pensiles del Eden.
Nada les falta para ser cual ella,
La hermosura gentil, la lozanía,
Ni aún el aroma blando, la ambrosía,
Que de las almas la inocencia es.

¡Oh, inocencia feliz! ¡oh, dulce infancia!
Unidas vais por el erial del mundo,
Inspirando á los hombres el profundo
Amor divino, emanacion de Dios.

Por eso cuando el alma gime y sufre
Con los triste pesares de la vida,
Se reconcentra en sí, y al mundo olvida
Y su niñez recuerda con amor.

La tarde va á espirar, y como un himno
De gloria y bendicion, sube al Eterno
El eco bullicioso, blando y tierno
Que brota de aquel grupo tan gentil.
El mayor aún no ha visto siete Mayos,
Y el más pequeño, en la nevada frente,
La aureola luce límpida y fulgente
Que por tres veces le ciñó el Abril.

Miran el sol que tras el alta cima
Desciende majestuoso en lontananza,
Y hácia lo inmenso, al infinito, avanza
El instinto del tierno corazon.
Aman al astro hermoso, y le contemplan
Llenos de pura y cándida alegría;
¡Cuán transformados, en lejano dia,
Volverán á admirarte, bello sol!

¡Dulce infancia feliz, Dios te bendiga!
¡Goza y rie á tu placer, edad dichosa,
Como gira la libre mariposa,
La avecilla del bosque y el terral.
La onda, el aire, y el sol, como á las plantas
Acarician tu frente, y como ellas,
Muestras en puras y celestes huellas
Un reflejo de santa Eternidad.

A UNA MARIPOSA.

Bienvenida, risueña,
Galana mariposa,
Que giras amorosa
Por entre flores mil;
No sabes cómo gozo
Al verte revolando,
Los néctares libando
Que te brindó el pensil.

Dicen que eres modelo
De pérfida inconstancia;
Para mí, de la infancia
Eres imágen fiel.
Sus juegos me recuerdas,
Sus risas é inocencia;
Por eso tu presencia
Me colma de placer.

Tu rapidez donosa
Cautiva el alma mia,
Y cándida alegría
Siento nacer en mí;
Y tu afan bullicioso,
Tus gustos previniendo,
Tus anhelos comprendo,
Tu júbilo infantil.

Tras florido naranjo,
Oculto un rapazuelo,
Ansioso espía tu vuelo,
Cual diestro cazador:
Tu reposo peligra,
La libertad que adoras;
Sus miradas traidoras
Te siguen con ardor.

No quiero que su mano
Te guarde prisionera;
Mi corazon perdiera
Una ilusion feliz:
Huye, mariposilla,
Vuelve á la rosa bella,
Vuelve á posarte en ella;
Yo velaré por ti.

Y si hasta aquí te sigue
Porfiado tu enemigo,
Le diré que contigo
Ligada mi alma está;

Y él oyendo mi queja,
Y dócil á mi ruego,
Te dejará en sosiego
Tu dicha disfrutar.

LA NOCHE DE NAVIDAD.

¡Oh, tú, que al mundo, madre de los fieles,
Diste el dulce Jesus!
¡Regocíjate, flor de los verjeles,
Emblema de virtud!

De pobre establo en el humilde albergue
Luce su íris la fé;
La frente casta y pudorosa iergue,
Lirio de Nazaret!

¡Hosanna! ¡hosanna! suena en las alturas:
Goce la tierra paz;
¡Gloria al Señor, y amor á sus criaturas
De buena voluntad!

Regocíjate, hermosa galilea,
Bella y pomposa vid;
Su gloria excelsa eternamente vea
La casa de David.

De tu dicha se escucha ya la nueva,
Del Sur al Setentrion,
Que por los aires rápido la lleva
El Angel del Señor.

En el campo asombrados los pastores,
Le escuchan con placer,
Y dejando ganados y labores,
Marchan hácia Belen.

Corónate de nardos aromosos,
Espléndida Judá;
Presto vendrán en multitud, gozosos
Los hijos de Madian.

Llene el aire el rumor de tus torrentes,
Bella Jerusalen,
Y al compás del murmullo de las gentes,
Agita tu laurel.

Bendita, tú, mil veces, ¡oh María!
Y sierva del Señor;
¡Cuán piadosa te muestras dulce y pía,
Velando al niño Dios!

Poderosos, espléndides monarcas
Del Levante saldrán;
A tus plantas las joyas de sus arcas
A derramar vendrán.

Por misteriosa estrella conducidos,
Con inefable uncion,
Acatarán de gozo conmovidos
Al dulce Salvador.

Ante la cuna, el ánimo suspenso,
Doblarán la cerviz;
Y mirra, y ámbar, y fragante incienso
Quemarán ante tí.

Los pueblos desde el Líbano á Idumea,
De Tiro hasta Moab,
La gloria de la tribu de Judea
A contemplar vendrán.

Llegará el dia en que ese niño explique
Las máximas del bien,
Y la grandeza y majestad predique
Del código de fé.

Sólo de Heródes el mezquino pecho
Palpita con furor,
En girones creyendo ver deshecho
Su manto de esplendor.

Mas en recuerdo puro y sacrosanto
De tan bello natal,
Se erigirá con músicas y canto
La fiesta del hogar.

CANTICO.

Venid, vírgenes bellas,
Al templo de Sion;
Alzad, castas doncellas,
Un himno de loor.

En los sauces pendiente
Yacia el blando laud,
Mudo al soplo inclemente
De fiera esclavitud.

Mas ora vuestras penas
Conviértense en placer,
Y en flores las cadenas
Del pueblo de Israel.

Mientras niños y ancianos
Bendicen al Señor,
Unidas vuestras manos
Le imploran con fervor.

De rosas y laureles
Las sendas tapizad,
Y aromas los verjeles
Os brinden al pasar.

Ceñid el blanco velo,
Emblema de pudor,
Y de ferviente celo
Llenad el corazon.

Cantad la maravilla
Del supremo Jehová,
Su gloria sin mancilla;
Las arpas preludiad!

Venid al templo santo,
Doncellas de Belen,
Alabe vuestro canto
La flor de Nazaret.

Limpio el coturno, hollemos
Las gradas de su altar;
Con mirra perfumemos
El sacro pedestal.

No más nuestros lamentos
En lejana region,
Daremos á los vientos,
Con íntimo dolor.

Por siempre en su alabanza
Templemos el laud,
Con himnos de esperanza,
De amor y de virtud.

A LA LUNA.

Astro feliz, en quien el sol declina
El almo imperio de la noche bella;
¡Qué dulce paz tu lumbre peregrina
Derrama cuando cándida destella!

Ostenta el cielo límpida hermosura,
Porque tu rayo nacarado y suave,
Le baña con la lánguida tersura
Conque acaricia á su consorte el ave.

Ya sueles entre nubes, fugitiva,
Velar tu disco bello y argentado;
Ya el horizonte huellas pensativa,
Llevando en pos tu séquito estrellado.

A veces la ilusion finge á mi mente
Tus suspiros dolientes y querellas,
Una historia que cuentas tristemente
A grupos de celajes y de estrellas.

Y de los siglos descorriendo el velo,
Te veo de augusta majestad ornada
Lucir tu disco en la mitad del cielo,
Por los ritos de un dogma consagrada.

Límpida luna, cual suprema diosa,
De la Galia en los bosques seculares,
Sus pueblos te adoraron, y armoniosa
Te alzó el druida su voz y sus cantares.

Tambien la nebulosa Escandinavia
Eternizó en sus cantos tu memoria,
Y fiero, altivo, rebozando sávia,
Te hizo el árabe emblema de su gloria.

Y aquella humilde raza primitiva
De nuestro dulce suelo americano,
Miraste en inocente comitiva
Discurrir por el monte y por el llano.

¿Y quién que tenga un corazon sensible
No admira tu beldad resplandeciente,
Cuando apareces clara y apacible
En las noches de Mayo floreciente?

Grande es tu hechizo y tu belleza suma,
Cuando atrae tu poder sobre las ondas,
Del viejo Rhin entre la blanca espuma,
Ninfas y ondinas de guedejas blondas.

Rica diadema en la donosa frente,
Salpicada de aljófares del rio,
Les ciñe tu reflejo trasparente
En amoroso y tierno desvarío.

Y en la arenosa orilla solitaria,
Sus figuras esbeltas aparecen,
Y vuelven, giran en cadena vária,
Hasta que al par de tí desaparecen.

Ora en mi faz la juventud sonrie:
¿Alumbrarás de mi vejez los años?
¡Oh, ven mientras el pecho no se enfrie,
Ni mi entusiasmo mengüen los engaños!

¿Y tú verás el fin del universo,
Rutilante cual hoy, clara y luciente,
Para alumbrar del mundo ya disperso
El abandono y destruccion creciente?

Rasgar no intente la atrevida musa
De alto misterio el vaporoso velo,
Que el débil corazon teme y rehusa
Seguir la mente en su arrojado vuelo.

Básteme largas horas contemplarte,
Amable confidente de los bardos,
Para mejor mis cuitas revelarte
Con lira ornada de aromosos nardos.

Tuyas mis trovas son; contigo, luna,
Recorran más lejanos horizontes;
Y á ellas el eco de tu gloria aduna
Cuando en futuros siglos te remontes.

Y unas en pos de otras las edades
Adoren, sacra luna, tu belleza,
Fuente de misteriosas claridades,
Obra de un Dios de paz y de grandeza.

LA MEMORIA DEL PATRIOTA.

No entre las sombras del olvido triste
Perece del patriota la memoria;
Radiante brillo y esplendor reviste
En el mármol sublime de la historia.

El tiempo en sus abismos no le oculta,
Antes le eleva á prodijiosa altura,
Sobre la vasta ruina en que sepulta
De imperios mil, la portentosa hechura.

Su nombre y sus hazañas, la solemne
Voz de los siglos al futuro lanza,
De amor y admiracion voto perenne,
De la asombrada humanidad alcanza.

Dejad que en torno de la humilde fosa
Del labrador, en la natal aldea,
La yerba brote fresca y olorosa;
Como su vida, su sepulcro sea.

Que de la patria el defensor augusto
Halla en la tumba lauro soberano,
Y el lloro de dolor del hombre justo,
Y el respeto que inspira el ciudadano.

¡Oh tú que henchida el alma generosa
De aquel amor que á Esparta hizo invencible,
Te arrancas á los brazos de una esposa
Y á la paz del hogar caro, apacible.

Tú, por la abnegacion y el sacrificio,
Más grande que los tronos y los reyes,
¿Al mundo será estéril el servicio
Que le prestas en aras de sus leyes?

La humanidad recibe aquesos dones
Que cada noble corazon le ofrece,
Sombra feliz les dá con sus pendones,
Y el progreso inmortal, triunfa y florece.

Su paladin te aclaman las naciones,
Suyos son tus laureles y tu gloria;
Al encumbrar la patria en tus acciones
La humanidad comprende tu victoria.

Por eso tu mision es tan hermosa,
Por eso á ella mil almas encadena;
Por eso tu palabra fervorosa
Entre inmenso clamor vibra y resuena.

¿No ves al nombre de la Helvecia libre,
Humedecerse en llanto la pupila?
En las calladas márgenes del Tibre
Las sombras de los Gracos aún rutila.

Y la gloriosa América venera
El recuerdo de Washington, con celo;
Y al pueblo que se agita y regenera,
Sus virtudes ofrece por modelo.

Nombre más bello el mundo no eterniza;
Ni la historia una página más pura,
Que aquella, sin igual, que inmortaliza
Del héroe americano la figura.

Halla el patriota al fin de la jornada,
De la muerte ya próximo al abismo,
El porvenir radiante á su mirada
Y la fama que ensalza su heroismo.

Y ya sucumba al infortunio, ó vibre
La fuerte espada con robusta mano,
¡Honor á aquel que de pasiones libre
Sabe en cada mortal ver un hermano!

EL ANGEL DE LA GUARDA.

Duerme, preciosa niña, duerme leda,
Que á los vientos su voz, ya dá lejana
Con lánguido gemido, la campana
Que anuncia la oracion.
Duerme, preciosa niña, sin recelo
Hasta que su llegada anuncie el dia;
Mas ántes, dulce elévale á María
Tu placentera voz.

Reclina tu cabeza confiada,
Que tu custodio arcángel te proteje,
Y él manda á la tormenta que se aleje
De tu sien infantil.
No abras los bellos ojos temerosa,
Creyendo ver fantasmas gigantescos,
En vano al rostro la manita acercas
Pugnando por huir.

Del ángel de la guarda, el nombre invoca,
Y sentirás que vuelve lisonjera
La plácida quietud, la paz primera
Risueña y celestial.
Orale, que él te escucha; y cariñoso
Con las nítidas alas estendidas
Encima de tu frente suspendidas,
Te vela sin cesar.

Y cuando adormecida te sonries,
Viendo pasar mil célicas visiones,
Cuyos alegres, pasajeros sones
Escuchas con placer,
El sonrie con júbilo inefable,
Inclinando hácia tí su rostro hermoso,
Y acaricia su soplo misterioso
Tu nacarada sien.

Ya recorras ligera la campiña,
O callada contemples el remanso,
Bajo la antigua seiba que el descanso
Brinda con majestad,
Oculto sigue tus ligeros pasos,
O á la sombra del árbol se cobija,
Que eres su amado bien, su cara hija,
Hermosa, angelical.

Si eres afable, tierna, y al mendigo
Tu pura mano tiendes respetuosa,
O brota de tu labio, bondadosa
Palabra de perdon,

Él cubrirá tu cándida cabeza
Con sus alas espléndidas de nieve,
Y cuando duermas, con murmullo leve
Te halagará su voz.

Mas si de *caridad* al nombre santo
Te encuentra desdeñosa é insensible,
Si esta solemne voz, indefinible,
No te hace estremecer;
El, no más seguirá tus breves huellas,
Cuando corras ligera en la campiña,
Ni á la sombra del árbol, bella niña,
En el fresco verjel.

Duerme, preciosa niña, sin recelo;
Vibra de nuevo lánguida y lejana
La resonante voz de la campana
Que anuncia la oracion:
Será tu sueño grato y apacible
Hasta que luzca el resplandor primero,
Hasta que entone trémulo el jilguero
Su canto inspirador.

1866.

EL ANCIANO.

De mi niñez en la edad,
Ví á un anciano marinero;
Recorria la ciudad,
Y su acento lastimero
Demandaba caridad.

Puse en su mano mi ofrenda,
Y con su voz dolorosa,
Dijo:—«Niña, sed dichosa,
El justo cielo os defienda,
Y por mí rogad piadosa.»

Entónces, al escuchar
De aquel infeliz el voto,
El cetro de esa deidad
Que nombran Fatalidad,
Juzgué para siempre roto.

Y en mi mente concibiendo
De aquel anciano la vida,
Le ví en su infancia florida,
Jugar alegre y sonriendo
Junto á una madre querida.

Era quizás un infante
De rizos blondos y largos,
Y de tez suave y brillante
Que ajó despues la constante
Huella de duelos amargos.

¡Pobre anciano! desde léjos
Miraba yo pesarosa
Su cabellera canosa,
De un sol vivo á los reflejos,
Y su mano temblorosa.

Desde entónces, cuando acierto
A ver un bajel ligero
Cortar las ondas velero,
Con rumbo á lejano puerto,
Recuerdo á aquel marinero.

Y si algun extraño anhelo
Turba el alma caprichosa,
Oigo su voz:—«Sed dichosa,
Benigno os defienda el cielo,
Y por mí rogad piadosa.»

EL ADIOS DE CHAMBER.

Adios, amados séres
Que me cercais en torno;
Mi jornada concluye
Con mi vida veloz.
Mas lleno de esperanza,
Con gozo, agradecido,
Resigno mi existencia,
Y no temo morir.

Adios, tierra del canto,
Por cuya gloria y nombre
Tantas veces los bravos
Mostraron su valor.
¡Ah! lleno de esperanza,
Con gozo, agradecido,
Resigno la existencia,
Y no temo morir.

Adios, dulce paisaje,
Y mi nativo valle......
Amigos, compañeros,
Dó modelos hallé.
Sí, lleno de esperanza,
Con gozo, agradecido,
Resigno la existencia,
Y no temo morir.

Hirióme el infortunio;
Mas hallé recompensa;
Hoy muero: que se cumpla
Tu voluntad, Señor.
Pues yo con esperanza
Con gozo, agradecido,
Resigno la existencia,
Y no temo morir.

Recordad mis palabras,
Séres dulces y amantes;
Vivid en paz: reunidos
Nos verémos allá.
Así con esperanza
Termino mi existencia,
Y muero como debe
El cristiano morir.

LAS NOCHES DE PRIMAVERA.

Salpican el espacio las estrellas,
Y el pájaro canoro
Oculta soñoliento el pico de oro
Bajo las alas bellas,
Sobre el verde y altivo sicomoro.

A lo léjos, detrás de la colina
Que el musgo reverdece,
Diáfana luz espléndida aparece,
Y la faz peregrina
Del astro de la tarde palidece.

Y de la luna el resplandor se aumenta,
Y majestuosa, grata,
El esplendente círculo de plata
Tras de la loma ostenta,
Y sobre el valle su fulgor dilata.

Se vé fluctuar entre la yerba el rio
Como franja radiosa;
Y la argentada lluvia silenciosa,
El nocturno rocío,
En el tierno capullo de la rosa.

Y se derrama en torno indefinible
Quietud inspiradora;
Y por dó quier ostenta bienhechora,
La natura apacible,
Los benéficos dones que atesora.

¡Oh, cuán grato es entónces á la orilla
De risueña corriente,
Con la vista en el agua trasparente,
La mano en la mejilla,
Dar expansion á la agitada mente!

Noches puras y hermosas, noches bellas
De la estacion florida,
Yo os adoro; y el gérmen de la vida
Aspiro en las querellas
Y perfumes del aura bendecida.

Si alguna vez en extranjero clima
Mi huella se grabara,
Siempre, noches de Mayo, os recordara,
Y con doliente rima
Cielo, estrellas y brisas lamentara.

DIOS.

¡Cuánto es hermosa, bendecida y pura
La idea de un sér excelso, omnipotente,
Que con mano segura
Y generoso espíritu clemente,
Rige la ley grandiosa de natura!

¡Cuánto nos vivifica y nos consuela,
El pensar que el Autor del universo
Por sus humildes criaturas vela!
¡Que El, que es único, sabio, omnipotente,
Cuya grandeza nuestro pecho embarga
Y absorta deja la animosa mente,
Tienda su augusta paternal mirada
Sobre los miles átomos dispersos
Que pueblan la creacion ilimitada!

Dó quiera se descubre
Del Creador inmortal la huella ardiente:
Desde la cumbre de elevado monte,
Dominando llanuras y praderas,

Donde grupos de palmas
Ondulan sus rizadas cabelleras,
Bajo el risueño azul del horizonte,
¿Quién no admira el brillante colorido
Del pincel soberano que decora,
El arbusto florido,
Las lozanas vertientes y el collado,
Y con matiz espléndido colora
La verde cuesta y el lujoso prado?

La vid cargada de olorosos frutos,
Junto al laurel olímpico y el sauce;
Los pinos melancólicos y adustos;
Y allá el tapiz de la menuda grama
Formando al rio perfumado cauce,
Bajo el pié de los álamos robustos.

¿Y sólo cual productos de la tierra
Hemos de ver tan admirables dones?
¡Oh, no, allí el gérmen inmortal se encierra
De ese invisible espíritu fecundo,
Que de remotas épocas sin cuento
Regenera la faz del ancho mundo;
Y con sublime aliento
Vigoriza potente sus entrañas,
Y de verdor reviste las montañas,
Los valles y campiñas,
Los breves lirios, las flotantes cañas.

Antecediendo al cáos y á la nada,
En sí mismo su esencia residiendo,
De poder y de fuerza revistiendo
Su generosa diestra inmaculada,

Cual las alas tronchadas en su vuelo,
Ve la imaginacion, cuando arrojada
Rasgar intenta su divino velo!
Tanto esplendor á resistir no alcanza
La pupila del hombre; impenetrable,
Invisible su faz y misteriosa,
El corazon, empero, le adivina;
Y espontánea, sin reglas ni doctrina,
El alma fervorosa hácia él se lanza,
Como la llama de brillante hoguera
Tiende á elevarse á la azulada esfera.

Humíllate, mortal, que sus secretos
Arrancas á la ciencia;
Molécula de efímera existencia,
Que para sér, el soplo necesitas
De su vital y creadora esencia.
¿Quién eres? ¿dónde vás? ¿á qué naciste?
¿Qué fin en tu carrera concebiste?
Si áun para tí tu vida es un misterio,
Y el débil pecho, misterioso arcano
De encontradas pasiones, vago enigma,
Que nunca rosolver tu anhelo alcanza;
¿Cómo pudiera tu delirio vano
En quimérico afan y sentimiento,
Penetrar su designio sobrehumano?

¡Cuánto tesoro, vida y maravilla,
Ofrece el globo inmenso,
Que en los espacios cual condor suspenso,
Bajo la luz de su mirada brilla!

¡Qué poema triunfal, naturaleza
Le canta en varios y armoniosos ecos!
Los arroyos, cascadas y torrentes,
En su loor agitan sus corrientes,
Y las brisas fragantes y palmeras,
Sus arpas invisibles preludiando,
Le ensalzan, su grandeza pregonando.

Cuando el astro diurno, majestuoso
Hunde su disco en el confin lejano,
De tan alma beldad haciendo alarde,
Y ese mundo nocturno, vagaroso,
Se despierta en la noche tenebroso;
¿Quién no dobla la trémula rodilla,
Y murmura de Dios el nombre augusto,
Al ver la esfera que radiosa brilla
Con mil constelaciones rutilantes,
Y ámplio velo semeja
Salpicado de fúlgidos diamantes?

Todo en la noche el pensamiento lleva
A la divinidad: entre las sombras,
Al rumor de las brisas y los mares,
Un himno universal brota y se eleva
Para decirle al Todopoderoso:
Tú eres el sumo bien, padre amoroso,
Desgraciado de aquel que no se agita
De entusiasmo y placer, cuando glorioso
Eleva el sol la coronada frente!
O del oceano ante el abismo hirviente
De admiracion y dicha no palpita!
¡El espumoso mar! ¿quién no trasluce

Del Hacedor eterno el poderío,
En ese inmenso piélago insondable,
Que por siglos su cauce inagotable
Y ardor primaveral perpétuo luce?

Terso, apacible, á veces, como un lago,
Refleja la pureza de los cielos,
Y su quietud profunda y paz dichosa
A la tierra sonrie con alhago;
Mas luego de su seno prodigioso
Se reanima la furia asoladora,
Y se agita soberbio é impetuoso,
Y de espuma cubierto
De la vasta planicie cual desierto.

Si no aprendiera desde niño el hombre
A venerar, mi Dios, tus maravillas,
Y á bendecir tu sacrosanto nombre;
Si del cielo la bóveda esplendente
Tu bondad á mostrarle no bastara,
Al contemplar las tumultuosas olas
Del oceano rugiente,
Tu suma omnipotencia adivinara,
Y doblegando humilde la cabeza,
Padre y Señor del orbe te aclamara!

A LA MEMORIA DE HEREDIA.

Trovador inmortal, sublime Heredia,
Oye la voz de un corazon ardiente,
Que en su recinto te alza reverente
Un culto digno de tu gloria y fama.
Arde en mi pecho, sí, la noble llama
Del entusiasmo fervoroso y puro;
Mas ay! que por mi mal, pobre, inseguro
Suena en mis manos el laud sagrado
A ensalzar tu memoria destinado.

Empero, tú, que desde el alto cielo
Ves los afanes y delirio mío,
Haz que bañe mi frente el rayo pio
Que en tus horas de angustia y de desvelo
De tu musa gentil al raudo vuelo,
Inspiracion homérica te daba,
Para gloria y solaz de nuestro suelo.

Resuene entónces mi cantar sonoro,
Recorriendo las páginas brillantes

Que forman tu diadema inmarcesible;
De Mont Vernon el túmulo apacible
Y grandioso á la par, respeto y miro;
Del águila guerrera de los Andes
Los esfuerzos titánicos admiro,
Y entre pinos agrestes y maleza
Oigo rugir la hirviente catarata,
De tu fogosa inspiracion gemela,
Que de su voz con el fragor dilata
Los ecos de tu fama y tu grandeza.

Bien hiciste en cantar; tu acento eleva
De Cuba el nombre á la region de gloria,
Donde muestra circuido de fulgores
Su lauro fiel el ángel de la Historia.
Aún más; tu canto suave
Como la miel preciosa de las flores,
Sabe templar con su cadencia grave
Del corazon humano los dolores.

Un dia dejando mi natal orilla,
Adios le daba al plácido Almendares,
Miéntras se hundia rápida la quilla,
Que me alejaba do mis dulces lares.
Al contemplar las dos inmensidades
Del cielo azul y el agitado Oceano,
Te ví en mi mente, trovador glorioso,
Asentado, severo y silencioso,
A bordo de la nave lisonjera
Que te apartaba del extraño suelo,
Sintiendo palpitar tu seno ardiente
La inspiracion celeste en grato anhelo,
Con el ruido del mar y luz del cielo.

Te ví con ojos húmedos de llanto
Saludar al peñon, á cuya falda
Se ostentaba risueño
De tu infancia el hogar lleno de encanto.
¡Ah! de congoja se oprimió mi pecho,
Mas luego en tiernas lágrimas deshecho
Se anegó mi semblante tristemente.
¿Marca el destino al genio en este mundo
De sinsabores múltiple cadena,
Para que aumente con su mal profundo
El resplandor de su beldad serena?

Sobre su frente siempre airada truena
Con rudo dardo la desgracia impía,
Hasta que luce de esplendores llena
De la verdad el luminoso dia.

Cuando la historia de tu vida leo
En tus sonoros versos inmortales,
Y de tu corazon en ellos veo,
La cruda pena y los acerbos males,
Que aún perteneces á la tierra creo;
Y á Dios imploro con ferviente celo
Que de su alado coro un sér te envíe
Para darte la dicha y el consuelo.
Largo tiempo hace ya que tu alma augusta
Goza la paz que te negó la tierra;
Si te mostró la suerte faz adusta,
Mezquina al esquivarte sus favores,
El porvenir te abrió senda de flores
Y en el tu nombre brillará constante
Como en el claro cielo el sol radiante.

LA TARDE.

(CERCANIAS DE LA HABANA)

Es la risueña tarde la que llega,
Trayendo al par dulcísimo reposo;
En el éter flotante ya despliega
Su ropaje ligero y caprichoso.

A su paso los árboles se mecen
Acariciados por su blando aliento,
Y su retorno saludar parecen
De las ramas el ténue movimiento.

Del bello sol los límpidos fulgores
Aureo volcan en el ocaso encienden,
Coronado de trémulos vapores
Que á lo léjos se rasgan y se tienden.

El llano resplandece; la vacada
Abandona el ribazo, y lentamente
Hollando va la alfombra matizada
Del pintoresco prado floreciente.

Allá en el lindé, á trechos desiguales,
Cruzar se mira rápido al montero,
Costeando los espesos matorrales
Por dó blanquea la curva del sendero.

Lanza al aire sus nubes azuladas
De algun tejar la parda chimenea;
Y en derredor ya suelto, ó en bandadas
El coro de palomas aletea.

Deslumbra el tren que en la llanura corre,
Y léjos, en la línea misteriosa
Del horizonte, la elevada torre
Augusta paz impone majestuosa.

A sus piés la ciudad; los blancos muros,
Bajo la ténue sombra que producen
Leves celajes de matices puros,
De rico mármol brillantado lucen.

¡Dulce y benigna tarde! ¡cuál mitiga
De la estacion estiva en los rigores,
Del labrador cansado la fatiga
Con su aliento genial rico de olores!

Del pacífico hogar la grata escena
Le pinta, que le aguarda á su regreso;
Sobre la mesa la caliente cena,
Y de su alegre prole el dulce beso.

Ve al travieso rapaz en su alborozo
Hollar la yerba trémula y naciente,
Radiante el labio cándido de gozo
Y de inocencia la graciosa frente.

Sencilla, alegre en el dintel su esposa,
Sosteniendo al robusto pequeñuelo,
Que en el hombro materno la sien posa
Y absorto eleva la pupila al cielo.

Este cuadro de paz y de armonía
Coronan, dulce tarde, tus fulgores;
¡Bendita, oh, tú, que mágica alegría
Derramas de tu lumbre á los colores!

A LA MELANCOLIA.

Cuando la tarde trémula y ligera
Muestra su rico velo desceñido,
Y en el agreste, perfumado nido
Modula el ave su cancion postrera;

Del lago silencioso en la ribera,
Una vírgen de rostro dolorido
Triste rebosa, y con gentil descuido
Deja flotar su ondeante cabellera.

Y el ruiseñor en melodioso arpegio,
Y en nota querellante y lastimosa
La onda voluble de la mar bravía,

Alzan un himno primoroso, regio,
A la vírgen de faz dulce y hermosa,
Al ángel del misterio y la poesía.

DAVID.

—

Rendido está el coloso, desarmado;
Sin vida yace el rudo gladiador;
Por un niño, el atleta aniquilado;
Por el cordero cándido, el leon.

¿Veis á ese héroe, imberbe todavía,
Al terrible gigante en lid vencer?
Ese la gloria y la esperanza, un dia,
Será del pueblo hermoso de Israel.

Ese es aquel á quien Jehová destina
Para dicha y honor de su país,
El sólio de Sion; y le ilumiua
Con su divino soplo; ese es David.

De pastor encumbrado á soberano
Su poderoso cetro elevará,
Y justo, sabio, de su pueblo hermâno,
Sus benéficas leyes dictará.

¡Oh, voluntad suprema! el Nilo undoso
Meció en su cuna al gran legislador,
Y es humilde mancebo el que glorioso
Brillará sobre el sólio de Sion.

En vano ley terrible su sentencia
Fulminó contra el genio del Horeb,
De Saul así, en vano, la demencia
Perseguirá al ungido por Samuel.

A tí, David, errante por la sierra,
La paz del alma envidiará Saul.
Cuando la triste pesadilla aterra
Su corazon colmado de inquietud.

Recordará que cuando ardiendo en ira
Sentia su pecho inmenso frenesí,
Al eco blando de tu tierna lira,
Cedian los raptos de su rabia vil.

¿Quién su congoja cruel y su tormento
Sabrá con sus consuelos mitigar?
¿Y calma devolver al pensamiento
Agitado y soberbio como el mar?

¡Ah! de David el arpa sonorosa
No suena del monarca en la mansion;
Pero su furia y su venganza odiosa
Destruirán los designios del Señor.

Y si á despecho de feroz mandato,
En el Egipto asilo halló Moisés,
Al dulce trovador del rey ingrato
Tendrá por jefe el pueblo de Israel.

LA AMADA DEL POETA.

I.

En una linda villa, que coronan
Verdes colinas mil,
Una blanca vivienda se levanta
En bosques de jazmin.

Agradable silencio en torno reina
Y plácida quietud;
Sólo se escucha el eco del arroyo
Que agita la onda azul.

Como nevada rosa entre follaje
De esquisito verdor,
Mora en aquel retiro una doncella,
Un lirio encantador.

De su belleza pura en los albores
Habita aquel eden,
Como en su agreste nido la paloma
Arrulladora y fiel.

Yo os la sabré pintar, para que en horas
De angustias y pesar,
Su deliciosa imágen os sonría,
Calmando vuestro afan.

El ritmo de su acento, que semeja
La voz del querubin,
Que pulsa en lira de oro el himno eterno
De alabanza sin fin.

¿Hay algo, por ventura, más hermoso
Que su pupila azul,
Al entreabrir sus párpados, que brillan
Inundados de luz?

Si hallais alguna vez á vuestro paso
Un rostro de mujer,
Con ojos como el cielo, cuando Mayo
Comienza á florecer,

Direis:—Esa es la amada del poeta;
Y la vereis pasar,
Sintiendo como un aura perfumada
Que os envuelve al cruzar:

Vereis como se pierde en lontananza
El blanco ceñidor,
Las orlas de la falda que estremece
Favonio volador.

Cuando en la tarde las estrellas brotan
Del firmamento azul,
En el jardin callado resplandece
Su gracia y juventud.

Bajo la agreste bóveda sombría,
Se desliza gentil,
Y es del anciano padre que la adora,
Antígone feliz.

Una ternura cándida, infinita,
Revela su mirar;
Es la figura viva y animada
Del ángel de piedad.

II.

Sin timbres de nobleza ni fortuna,
Mas lleno de ilusion,
A la vida llegaba, el alma inquieta,
Gallardo un trovador:

No iba, como el doncel de otras edades,
Su áureo plectro á pulsar,
Al pié de las fantásticas ojivas
Del castillo feudal;

Donde al oirle preludiar su trova,
Tan bizarro y cortés,
En gótico salon la castellana
Le hiciera aparecer.

Como el de aquel, henchido de esperanza,
Latia su corazon;
De visiones de gloria, delirante,
Volaba su alma en pos.

No con el férreo peto del cruzado
Se armaba paladin;
Mas al palenque altivo se lanzaba,
Del progreso adalid.

¡Qué hermoso campo el mundo le ofrecia
A su genio creador!
¡Qué triunfos á la gloria prometia
Del jóven trovador!

Ver pensaba las sendas á su paso
Sembradas de laurel;
Que pisaba triunfante, el pecho lleno
De esperanza y de fé.

Una diadema fúlgida, brillante,
Su cabeza ceñir;
Así el bardo, gozoso y anhelante,
Miraba el porvenir.

Pero al lanzarse en férvida carrera
A aquel mundo inmortal,
Más de una espina se clavó en su pecho,
Ponzoñosa y fatal.

El desaliento pérfido, su seno
Entónces comprimió,
Y en derredor tendiendo la mirada
Demandó compasion.

Una mano buscó, que entre las sombras
Le pudiera guiar,
Un alma cariñosa, que la suya
Pudiera consolar.

Errante por los bosques silenciosos,
O en el valle gentil,
De la ciudad ruidosa y de los hombres
Se le miraba huir.

A sólas con su pena recorria
La senda del dolor,
Sin que al sollozo íntimo del alma
Respondiera una voz.

Cual corriente argentada en la llanura
Desata su caudal,
Así en un pecho amante, sus pesares
Ansiaba él derramar.

III.

Entónces lloroso, al cielo,
Creyendo cerca su fin,
Le pidió para consuelo
De una mujer bajo el velo
El alma de un serafin.

Dolor, tristeza, ¡qué!... nada,
Sombras atrás nebulosas,
Delante el arco de rosas,
La luz de la madrugada
Y músicas armoniosas.

A los piés de la criatura
Celeste que le salvaba,
El corazon prosternaba,
Y radiante de ventura,
Arcángel, la saludaba.

A la luz de blanca estrella
En el callado jardin,
Por primera vez, en fin,
La viera más pura y bella
Que las flores del jazmin.

Allí tambien sus delirios
Contóle, y sus desengaños,
Y sus anhelos extraños,
Que llevaban de martirio
Lo más bello de sus años.

¿Qué suspiro de la brisa,
Cuando cual manso oleaje
Mece el rizado follaje,
Podrá imitar la sonrisa,
El hechicero lenguaje

De aquel angélico sér,
Consolando al trovador,
Con voz que hace enternecer
Dejándole entreveer,
Un universo de amor?

Y él, con el alma suspensa
De gozo, y enagenada
Al fulgor de su mirada,
Flotar se siente en la inmensa
Bóveda azul estrellada.

—¡Oh, dulce prenda! le dice;
Cuando el pérfido destino
Me abrumaba, en mi camino
Te alzaste, arcángel divino,
Y mi labio te bendice.

En el horror de mi duelo,
Pedí conmovido y triste
Al mundo gracia y consuelo;
Entónces apareciste
Como una ofrenda del cielo.

Sepa el mundo mi ventura
Y ante tu imágen se asombre;
Conozca el sér de dulzura,
Que sabe con su ternura
Crear una dicha sin nombre.

Mas no; no profane el mundo
Con su mirada curiosa
Este cariño profundo;
Guarde el alma codiciosa
Este amor noble y fecundo.

¿Qué dá la vida al poeta,
Cuando animado se siente
De una esperanza secreta,
Y busca con alma inquieta
El ideal de su mente?

Visiones, delirio vano,
Apellidan el anhelo
De hallar en el pecho humano
El tipo fiel, soberano
De abnegacion y consuelo.

Y pues la santa creencia
Del trovador no le inflama,
Ni le ilumine la llama
Que despide la inocencia
De la mujer á quien ama;

Su mentirosa alabanza,
¿Qué vale, cuando rendido
Cada férvido latido
Te consagra, ¡oh, mi esperanza!
Un corazon dolorido?

Ver los años deslizar
Por apacible pendiente,
Como se vé resbalar
Con plácido murmurar
De un arroyo la corriente.

Ser yo para tí la vida
Y tú, mi sueño de gloria;
Como risueña memoria,
Ver en página florida
Confundida nuestra historia.

Tal es el voto constante,
Esta la ambicion postrera
A que consagra tu amante,
¡Oh, casta flor hechicera!
De su vida cada instante.

* * * *

Jóven pura y peregrina,
De Cuba espléndida rosa,
Alma suave y amorosa
Que naciste para el bien:

¿Por qué ocultar á la tierra
El secreto de tu historia?
¿Por qué quitarte la gloria
De tu amor cándido y fiel?

El mundo adora y bendice
Las almas privilegiadas,
Que á veces á sus miradas
Se descubren al pasar.

Como en noche misteriosa
Del grato y florido Mayo,
Cruza las sombras el rayo
De un meteoro fugaz.

UN DIA DE INVIERNO.

Velado el sol está y opaco el cielo,
Y cerca de la costa, el soplo helado
Del impetuoso Bóreas agitado,
Da tristeza á la tierra, al alma duelo:

Mas de gozo me sirve y de consuelo,
Un pardo gorrioncillo amedrentado,
Que del vecino alero de un tejado
A mi reja se acerca en raudo vuelo.

Cual yo suspira por el claro brillo
Y el puro ambiente del Abril hermoso:
¿Abrigo solicitas, pajarillo?

Ven, te dará calor un pecho ansioso,
Que ama cual tú las rosas y el tomillo,
Mas, léjos de la patria, no es dichoso.

A LA POESÍA.

¡Oh, tú, deidad! en cuyo seno mora
Fuente de luz, de vida y alegría;
A cuya voz de angélica armonía,
El universo se estremece y llora;
Tú, del dolor feliz consoladora,
Hermana de la fé, dulce poesía,
Bajo tu imperio el corazon alcanza
Nueva ilusion y célica esperanza.

¿Qué fuera sin tu amor el orbe entero?
¿Qué sin tu alhago nuestra pobre vida?
Páramo estéril donde triste anida
El sinsabor y desengaño fiero.
Por eso el cielo bondadoso, empero,
Te dió á la tierra de esplendor ceñida,
Y á su mandato obedeciendo hiciste
Latir de gozo el universo triste.

¡Salve, salve mil veces, ¡oh, poesía!
Pues con tu aliento grato y generoso,
Elevas á horizonte luminoso
Al trovador que gime en la agonía.
Tú le inspiras felice melodía,
De su congoja bálsamo precioso,
Y le prometes victoriosa palma
Por cada pena que desgarra el alma.

Amiga cariñosa dêl que alienta,
Protectora sublime del que llora,
El que vive entre lágrimas te implora,
Y te bendice el que ventura ostenta.
Lo alientas con tu voz, cuando traidora
Intriga ó vil maldad herirlo intenta,
Porque de rayos y de luz ornada,
Sin piedad blandes tu terrible espada.

Al nombre de la Patria que resuena,
El arma arrojas que en tu diestra brilla,
Y orlada de laurel, casta y sencilla,
Cantas con voz que el ánima enagena:
Recuerdas la amorosa cantilena
Del pobre pescador, allá en la orilla
Del rio feraz, y la sombrosa calle
De verdes mangos que corona el valle.

En tus acentos, mágico aparece
Al desterrado su nativo suelo,
Cuando anhelando contemplar su cielo,
En tu númen divino resplandece,

En dulcísimos sueños le adormece
Y desechando de su mente el duelo,
Calmas la ruda y punzadora herida
Con los recuerdos de su edad florida.

¡Oh! si tu labio que la frase brota
Más suave que el caudal de limpia fuente,
No eternizára grave y elocuente
Nombres ilustres de época remota,
Del tiempo cano la cadena rota
Que une un siglo á otro siglo diligente,
La humanidad que vive no alcanzara
A comprender y amar la que pasara.

Alta la frente, pura la mirada,
Sereno el rostro, angélico el acento,
Huellas el mundo, y á tu paso siento
La tierra conmovida y asombrada.
Sigue, deidad, tu marcha, y acatada
Te mire el porvenir desde su asiento,
Y luzca siempre tu laurel lozano
En tu frente, con brillo soberano.

1874.

DEJAD VENIR A MÍ LOS NIÑOS.

Como á las voces del pastor, unísono
El triscador rebaño se congrega,
Saltando de placer,
Así el acento del ungido místico
Llama á su seno, y presurosa llega
La cándida niñez.

Los escojidos ved; á sus discípulos
Dice, mostrando el hechicero grupo
Que le cerca en redor:
—«Suyo será mi reino, y en su espíritu
Mi espíritu será, que así le cupo
A aquel que me envió.

Si de verdad y luz os sentis ávidos,
La sencillez ingénua de la infancia,
Su inocencia imitad.
Será á mi padre vuestro don más plácido,
Que es como al cinamomo la fragancia,
Al alma la humildad.

Venid á mí, vosotros los pequeños;
Si teneis hambre, yo os daré sustento;
Agua si teneis sed;
Si careceis de fuego, y no habeis leños,
Venid á mi regazo, y con mi aliento
Yo calor os daré.

Vosotros sois las tiernas palomillas,
Y yo el cedro del Líbano florido
Que os cobija feliz;
Quien os daña, mis dulces avecillas,
Destroza el verde y amoroso nido
Y se alza contra mí.

¡Bendítas sean las débiles criaturas!
Yo soy agua de vida y fortaleza
Que les brinda vigor;
Arroyo de verdad de linfas puras,
La higuera á cuya sombra la cabeza
Reclina el viajador.»

Así recibe en sus brazos
La virtud á la inocencia,
Dando ejemplo de paciencia
Y mansedumbre inmortal:
Sobre las blondas cabezas
Tiende el Salvador su mano,
Con afecto sobrehumano
Y angélica majestad.

Y su mirada y su acento
Revelan paz y cariño,
Para el que débil y niño
Necesita proteccion:

Así la niñez gozosa
Se adormece confiada,
Bajo la egida sagrada
Del augusto Redentor.

LA AMISTAD.

Bello el semblante, dulce la mirada,
Cubierto el seno de rizados tules,
Cruza este mundo un sér, ángel ó hada,
Que embriaga con su canto el corazon.
Como el murmullo de las frescas ondas
Del arroyo gentil, es su voz suave,
Y en sueltos rizos sus madejas blondas,
Besan su cuello enhiesto, con amor.

El brillo misterioso de su frente,
De grata sensacion el alma llena,
Y del ave la alegre cantilena
Es remedo su risa angelical.
Y si es su faz conjunto de belleza,
Y de su alma el espejo inmaculado,
Inocente, sencillo y delicado
Es su nombre divino de *Amistad.*

Nombre de bendicion y de ventura
Que con su rica esencia nos convida,
En los suaves albores de la vida,
O en la cansada y trémula vejez.
Alhagüeño, benigno y cariñoso,
Como el cantar de ruiseñor divino,
Como el rayo del astro vespertino,
Se refleja en el mar con limpidez.

* * * *

Si plugo al cielo en sus secretos fines
Al hombre dar placeres y dolores,
Porque al través de lágrimas y flores
Viera del mundo la mudanza cruel;
Plugo tambien, con mano dadivosa,
A la tierra enviarte sin mancilla,
A sembrar en los pechos la semilla
De su hermoso y expléndido vergel.

Y si es cierto que hay rudos corazones
Que escuchan con desden tu dulce acento,
O con esfuerzo perezoso y lento
Acojen tu benéfica mision,
Otros, empero, tu palabra amiga
Reciben con trasportes de ventura,
Y un manantial fecundo de ternura,
Te brindan con ingénuo corazon.

En esos nunca el tiempo inexorable
Podrá grabar su poderosa huella,
Y la fe, la expansion de la edad bella,
Conservará su pura claridad.

Que cual remanso diáfano y bullente
Que beldad y frescura comunica
A las marchitas flores que salpica
Con sus nítidas gotas de cristal;

Así del alma las dormidas fibras
Con tu soplo simpático renuevas,
Y á tus regiones mágicas la llevas
En grata calma y plácida ilusion.
Tú, feliz Amistad, casta paloma,
Sé de mi fé la bella mensajera,
Y á mi patria gentil parte ligera
Y repite mi tímida cancion.

Lleva allí mi suspiro, Amistad bella;
Y cuando perfumada y vagarosa
La noche con sus astros, misteriosa,
Fantástica impresion te haga sentir,
Reclínate en el hombro de mi amiga,
Y en cariñosa, íntima confianza,
Haz que nazca la dulce remembranza
De otro tiempo de dicha y bendicion.

New-York, Febrero de 1867.

LA CRIOLLA EN EL BAILE.

Como la esbelta palma se levanta
Reina del valle alegre y del pensil,
Como radiosa vespertina estrella
En tarde clara del risueño Abril;

Así al brillo de fúlgidas bujías
En luciente magnífico salon,
Entre otras bellas, sin rival deslumbra
La hermosura risueña de Leonor.

De vapor suave y trasparente bruma,
El talle envuelve luminoso tul,
Velando á medias la redonda espalda
Que baña en olas nacarada luz.

Entre nereidas cándidas y ondinas,
La diosa tan poética del mar
No muestra más hechizos que en el baile
Esa jóven belleza tropical.

Al rumor de la orquesta se desliza
Su lindo, breve y nacarado pié,
Cual la vision que vemos en el sueño
Entre radiosa nube aparecer.

Siguiendo de la danza los acordes,
O las cadencias rítmicas del vals,
Parece el blanco rayo de la luna
Del lago silencioso en el cristal.

Ya en alas de la polka bulliciosa,
Agil se lanza, rápida y gentil,
Como en el aire, de una rama en otra,
El zumbador, ligero colibrí.

Y á cada vuelta leve, á cada giro,
Rinde á sus piés un nuevo adorador;
Por cada pliegue aereo de su falda,
Encadena y cautiva un corazon.

Los suspiros resuenan á su paso
En las filas que se abren al pasar;
Y ella, rodeada de brillante aureola,
En la mano se apoya del galan.

Y en tanto, ¿qué revela su mirada
De su velado párpado al través?
¿Qué lée en su frente, que jazmines ornan,
Tanto amoroso é infeliz doncel?

Ella sólo percibe la cadencia
De la sonora música, el rumor......
De juventud en el albor primero,
Aún duerme sosegado el corazon,

Como sombras pasaron á sus ojos,
Apénas entreabiertos, ¿no los veis?
La dicha se los vela, y en sus alas
Se deja ella gozosa adormecer.

Y al vibrar en el aire extremecido
De la música el último compás,
Desaparece la vision radiante,
Envuelta en misteriosa claridad.

A UNA NIÑA.

Existe una virtud, niña, tan bella,
De moral tan sublime y tal valía,
Que si la observas, linda Rosalía,
Santo y noble tu hogar harás con ella.

No basta que cual límpido lucero
Lumbre derrame tu pupila oscura,
Ni que al bullir de la corriente pura
Tu risa iguale el eco placentero.

¡Que límpida y brillante tu alma sea,
Como la clara fuente, y retratada
La *Caridad*, que es la virtud sagrada,
La mirada de Dios en ella vea!

AL CEFIRO.

Cuando risueño, ¡oh, Céfiro!
Bates las alas,
Y trémulo acaricias
Juncos y palmas,
Inefable dulzura
Brindas al alma.
Y los vagos suspiros
Que ténue exhalas,
Que es la voz imagino
De la esperanza;
Voz que sólo la tuya,
Céfiro, iguala.
Ven, y tu soplo suave
Frescura esparza;
Mas ántes sus aromas
Roba á la acacia,
A las rosas y lirios
Su esencia grata;
Y déjales tú en cambio

Las gotas de ámbar
Que en tus alas ligeras
Abril les manda.
Tú de la noche templas
La austera calma,
Y mil voces alegres
Vuelven las cañas,
Del inmediato bosque
Dóricas flautas.
¿Qué dicen los susurros
Que ledo lanzas?
¡Quién descifrar pudiera
Tan bellas pláticas!
Un momento reposa,
Y á mi demanda,
Benéfico y propicio
Cede una gracia.
Y es, que apacible y tierno
Cuando su amarga
Huella triste en mis párpados
Deje una lágrima,
Tus suspiros escuche;
Tu voz que iguala
Al acento divino
De la Esperanza.

LAS BODAS DE CANÁ.

De blanco lino ceñidas
Y primorosas preseas,
Van las vírgenes hebreas
A las bodas de Caná.
Suspiran las arpas de oro
Por suaves manos tocadas,
Y de sus cuerdas templadas
Brota risueño cantar.

De Jesus la madre hermosa
Descuella pura y en calma,
Como en el valle la palma,
O la rosa en el vergel;
Esparcidos los cabellos,
Y la túnica ondulante,
Más que Véspero brillante,
Infunde gozo y placer.

Con júbilo y alegría
Danzan las castas doncellas;
Parecen grupos de estrellas
En un cielo de esplendor.
Y coronas y perfumes
De la bella desposada,
En la frente inmaculada
Depositan con amor.

Por un momento el silencio
Sucede al grato bullicio,
Y se inmola en sacrificio
Tierno cordero de paz.
Resuena de nuevo el canto,
Y de mirtos y de rosa
Una guirnalda preciosa
Adorna el ara nupcial.

Celebran risas y voces
Los esponsales dichosos,
Y entre vasos primorosos
Circula el vino y la miel.
Y el agua clara y luciente
Cual rico licor de vida,
A beber dulce convida
De ella, una y otra vez.

LA CABRA.

A las rejas atada
Por áurea cadenilla,
Balaba lastimera
Una linda cabrita.
Aguinaldos nevados,
Y rojas campanillas,
Festoneaban risueños
La pradera florida.
En bulliciosa tropa,
Revolaban garridas,
Aladas mariposas,
De caprichosas tintas,
Y en torno de las hojas,
De heliotropos y lilas,
Mostraban su belleza
Y del néctar bebian.
En tanto, sus ojuelos
La cabra revolvia,
Envidiando la suerte

De la tropa garrida.
Y sus quejidos tristes,
La brisa matutina,
Hasta el hojoso bosque
Ligera conducia.
Escuchando el lamento
De la triste cabrita,
Pesarosa y turbada
Volví en torno la vista;
Por entre el verde cesped
La onda libre bullia,
Desplegaba el insecto
Las alas encendidas,
Y su cáliz precioso
Las rojas campanillas:
Y dije comparando
Fortuna tan distinta:
—Libre os hizo natura,
Y el hombre os esclaviza.

UNA DANZA.

Siempre que en suave instrumento
Suena el compás de esa danza,
Germina en mi pensamiento
Flor divina de esperanza.

Infunde, como ella, calma,
Esa música tan tierna;
Dulce por siempre á mi alma
Será su memoria eterna.

De una amiga en el acento
Por primera vez la oí;
Luego en sonoro instrumento:
Entónces la comprendí.

Comprendí la inspiracion
Del artista oscurecido,
Que quizás del corazon
La arrancó al par de un gemido.

De mis párpados correr
Sentí una gota de llanto,
Pues hacen estremecer
Esas notas de su canto.

En noche de primavera,
De blanda brisa al rumor,
Juzgo que brotó hechicera
De la mente de su autor.

Pues cuando en suave instrumento
Suena el compás de esa danza,
De Abríl aspiro el aliento,
Veo sus noches de bonanza.

Y al preludio de una orquesta
Me place escuchar su son,
Aunque el ruido de la fiesta
No alhague mi corazon.

EL GUARDIERO.

IMITACION.

Cabe un hermoso y fresco bosquecillo
De gemidoras cañas resonantes,
De un riachuelo las aguas ondulantes
Lucen su claro y trasparente brillo.

Dá su olor á la brisa el romerillo,
Y sus cantares dulces, penetrantes,
De una seiba en las ramas odorantes,
Exhala el inocente pajarillo.

Allí á la orilla del ameno rio,
Bajo la sombra del jagüey frondoso,
Se alza humilde y fantástico un bohio;

Y bajo de su techo misterioso,
Al son de su instrumento lastimero,
Canta en la tarde el rústico guardiero.

LA ESTATUA DEL POETA.

ESCRITA PARA EL «ALBUM-MILANES».

Cuando léjos del hogar
Y de la pátria querida,
Ve el viajero la extendida
Comarca que ha de cruzar,

El fértil valle, los prados
Y el cielo resplandeciente,
Le recuerdan dulcemente
Cielo y campos adorados.

A cuya memoria enlaza
En su página florida,
Ya la familia querida,
Ora costumbres y raza.

Y en medio á las maravillas
Que ostenta el extraño suelo,
Suspira con vago anhelo
Por las natales orillas.

Mas, ¡con qué emocion secreta,
Dulce, grata y penetrante,
Mira ante sí deslumbrante
La estátua de un gran poeta!

En la tierna simpatía
Que al pecho conmueve entónce,
Hace revivir el bronce
Mil escenas de alegria,

Cuando lleno de emocion,
En domésticas veladas,
Del poeta las trovadas
Oyó con admiracion.

Lo ha dicho un bardo sublime:
Por donde quiera que vais,
Las ígneas huellas buscais
Que nombre glorioso imprime.

¡Ah! si al orbe en dura guerra
Odiosa ambicion fatiga,
La poesia celeste liga
Las almas sobre la tierra.

Grande enseñanza y ejemplo
Es para el vulgo la ofrenda,
Que á realzar al genio tienda
Del arte en hermoso templo.

Serena, grave y robusta,
En su pedestal erguida,
Presta á una ciudad más vida,
Imágen noble y augusta.

En las tardes de verano,
Junto á la calada reja,
Suelta la rubia madeja,
Juega el infante lozano,

Y al retornar del taller
El obrero laborioso,
Piensa, al verla, que es hermoso
A la patria enaltecer.

¡Oh, Milanés! que al llegar
El viajero á tu ribera,
Obra del arte severa,
Tu imágen pueda admirar.

Que cariñoso perciba
Fiel el pueblo en su ternura,
Un rayo de tu alma pura
En tu frente pensativa.

Para que marchando en pos
Del bien que favores vierte,
Ame justo, noble y fuerte,
A la humanidad y á Dios.

Que retoce en derredor
De tu pedestal, graciosa,
La infancia bella y donosa,
Que es hermana del candor.

Y cuando desde el poniente
Lance el sol su *rayo de oro,*
Ciña á tu sien con decoro
Aureola resplandeciente.

LA HIJA DEL PESCADOR.

Si acaso alguna mañana
Del bello mes de San Juan,
Quisierais como las aves
De los bosques, madrugar,
Para ver de la alborada
La belleza sin igual,
Y en alegre romería
Vais á orillas de Almendar,
A la hora aquella en que el cielo
Tan ricos matices da
A las cuestas del confin
Y á la orilla de la mar;
Vierais el cuadro más bello
Que la mente se forjara,
Y que pródiga natura
Ofrece al alma extasiada.
Inmóvil y claro el rio
Como un velo de cristal,
Refleja las blancas nubes

Que llenas de majestad
Se deslizan por el éter
Como un eco musical,
Que con dulzura á lo léjos
Debilitándose va.
Allí al destello primero
Vése el enjambre brillar
De mariposas de oro,
Con gracia leve y fugaz;
Trazando círculos varios,
Unidos ó sueltos ya,
Como las flores de un ramo
Que se dispersa al azar;
Se respira allí el aroma
Del lirio blanco y galan,
Mezclado con el aliento
De las ráfagas del mar.
Vierais allá en lejanía,
Entre la bruma fugaz,
El humilde caserío,
Cual nido de águila real,
Suspendido entre colinas,
Y que con dulce compás
Baña la ola moribunda
La extensa playa al besar.
El árbol de las Antillas
Cual columna escultural,
Llena de hechizo y encanto
Aquella playa feraz.
No hay horizonte sombrío
Donde crece algun palmar!
Más lejos que el pueblecillo,
Y de las palmas detrás,

Se ve un punto luminoso
Y que parece ondular
Entre las azules aguas,
Como gaviota vivaz;
O cual barquilla que suele
La onda apacible surcar,
Si cediendo á la caricia
Del vientecillo fugaz
De la mañana dichosa,
Del silencioso Almendar
Os place al son de los remos
La clara linfa cruzar.
Vereis cuando ya distante
Os halleis de la ciudad,
El objeto que os velaba
La neblina matinal.
Es una lengua de tierra
Verde, tendida, feraz,
Que apénas muestra su hechizo
De la espuma en el cristal,
Como una ninfa coqueta,
Que ansiosa de cautivar,
Luce á medias los encantos
De su espléndida beldad.
Creyerais una esmeralda
Que se prepara á brotar
En un círculo de perlas
De blancura sin igual.
Tal vez como en otro tiempo,
Bastante remoto ya,
Vuelva á surgir misteriosa
Como cándida vestal,

Que no siempre entre las olas,
Como pensarais quizás,
Ocultará su belleza
Desde tiempo inmemorial.
Si algo sentis que os impele,
Capricho ó curiosidad,
Hácia el encantado islote,
Que planta alguna mortal
Parece haber recorrido
En su agreste soledad;
Si su secreta existencia
Quisierais investigar,
Os relataré la historia
Que tierna y espiritual,
Una fresca madrugada,
Del mes bello de San Juan,
Del Atlántico la musa
Vino alegre á susurrar
A mi redor, como abeja
Afanosa, y suspicàz.
Con su murmullo alhagüeño
Así me dijo; escuchad.

* * * *

En época muy lejana
Y sobre el islote aquel,
Bañado por la temprana
Claridad de la mañana
Como el ala de un batel.

Una risueña pradera,
Como tapiz se extendía
Hasta una suave ladera,
Que cubierta se veia
De una eterna primavera.

Altos árboles frondosos,
Y cristalinas cascadas,
Poetizaban los preciosos
Horizontes deliciosos
De sus playas limitadas.

A la márgen de un riachuelo
Y de una cuesta á la falda,
Bajo un espléndido cielo,
Y por rica alfombra el suelo
De campiñas de esmeralda.

Una pajiza cabaña
Su agudo techo lucia,
Y á lo léjos se veia
Entre festones de caña
Y flores de Alejandria.

Era su recinto, albergue
De la paz más inefable,
Que es hermana inseparable
De la inocencia que yergue
Su rostro puro y amable.

En aquel vergel risueño,
Y al arrullo de los mares,
Sin otra ambicion ni sueño,
Tenia sus modestos lares
Un pescador ribereño.

Y de Luz la adolescencia
Brillaba en su albor primero,
Y su perfume ligero
Sobre aquel rostro hechicero
Derramaba la inocencia.

Vivaz, gentil y graciosa,
Su cabeza placentera
Movia inquieta y caprichosa,
Como sus alas, ligera,
La oropéndola preciosa.

¿Quién á seguir se atrevia
Su planta breve y desnuda,
Cuando rápida corria,
Sobre la arena menuda
En la arboleda sombría?

La brisa audaz destrenzaba
El ondulado cabello,
Que en masa se desataba,
Y en la carrera flotaba
Sobre su mórbido cuello.

En medio de la floresta,
Las secas hojas hollando,
Era la deidad apuesta
A los genios invocando
A su bulliciosa fiesta.

Por cada Abril que en su frente
Desplegaba su corola,
Un nuevo fulgor riente
Bañaba como una aureola
A la tierna adolescente.

Componia las toscas redes
Al ritmo de su cantar,
Desempeñando á la par
De la buena y fiel Mercedes,
Las faenas de su hogar.

Cuando el pescador honrado
Marchaba en su lindo bote,
Que en su velámen grabado
Llevaba de *Luz*, el mote
Como símbolo adorado;

En la placentera orilla
Un blanco pañuelo ondeaba,
Y sin cesar se agitaba,
Hasta que la débil quilla
A lo léjos se ocultaba.

Cuando de vuelta el esquife
Por la tarde aparecia,
Como un alerta vigía
En el más alto arrecife
La blanca tela lucia.

Así pasaban sus horas
En aquella soledad,
En dulce tranquilidad,
Sin penas desgarradoras,
Sin zozobra ni ansiedad.

Los jóvenes pescadores
De los pueblos comarcanos,
A guisa de compradores
Llegaban listos, ufanos,
En sus lanchas de colores.

Pero las más de las veces
El padre pudo observar,
Que el comprador al llegar
Miraba más que á los peces
A la bella Luz del mar.

Ella á todos acojia
Con la gracia y hermosura
De un alma cándida y pura,
Que en su pupila encendia
La llama de la ventura.

En ella ninguna huella
Dejaba la audaz mirada
Del hijo del mar, osada,
Relámpago que destella
Al peligro acostumbrada.

Era su mayor placer
En el esquife que vuela,
Contemplar la blanca estela
Que á su paso ve crecer
Al impulso de la vela.

Y cuando el buen pescador
Se inclinaba sobre el remo,
Ella con dulce emocion,
De la popa en el extremo
Murmuraba una cancion.

Y del mar la melodía,
Y el susurro de su acento,
En misteriosa armonía
A lo léjos confundia
El soplo manso del viento.

¡Cuán hermoso era de ver
En aquel cuadro exquisito,
La juventud de aquel sér,
Que cantaba con placer
Sobre el piélago infinito!

A veces á la ciudad
Se dirigia la barquilla,
Y recostada y sencilla
Con dulce tranquilidad
Contemplaba aquella orilla.

Los unidos edificios
De los muelles silenciosos
Y los álamos pomposos,
Mostrando en los intersticios
Sus ramos altos y airosos.

Su mirada rutilante
Vagaba en torno de sí,
Pero nada su semblante
Revelaba en el instante
De separarse de allí.

Ave ligera nacida
De las olas al arrullo,
De la mar entristecida,
Gustábale el fiel murmullo
Sobre la márgen florida.

Así pasaba su infancia,
Y su juventud corria,
Suave, igual, con lozania,
Como da la flor fragancia
Y el pájaro melodía.

* * * *

Era una hermosa tarde
Del ardoroso Agosto,
En Occidente hundia
Su ardiente disco el sol;
La linfa bulliciosa
Besaba las arenas,
Con delicioso ruido
Con murmurante son.

Ni un suspiro exhalaba
El céfiro dormido,
Y trémulas sus alas
Plegaba en el vergel;
Cual záfiro radioso
Brillaba el firmamento,
Ni un celaje turbaba
Su dulce limpidez.

A medida que el dia
Sus luces ocultaba,
Y la noche su velo
Tiende en la inmensidad,
Sus ráfagas el aire,
Cual brazos de gigante,
A intérvalos movia
Con rápido compás.

Se hinchaba con soberbia
El piélago iracundo,
Como la fiera herida
Rebrama con furor;
Y de espuma cubierto
Lanzaba en los escollos
Oleadas irritadas,
Zumbando con fragor.

Al rayo blanquecino
Que baja hácia la tierra
Como la llama triste
De moribunda luz,
Apareció á lo léjos
La conocida barca,
Con rapidez hendiendo
La superficie azul.

Su ligereza suma,
Y la imponente fuerza
Que la tormenta horrible
Se apresta á demostrar,
Hicieron que á la orilla
Tocara, ántes que horrendo
Con destructora furia
Zumbara el huracan.

Al padre y al esposo
La afligida familia,
Estrecha entre sus brazos
Llorando de placer:

Cuando un grito lejano,
Indefinible y débil,
Del fragor de las olas
Escúchase al través.

Esparciendo su vista
El pescador en torno,
Vió sólo las oleadas
En las rocas chocar;
Mas un soplo de tregua,
El ruido misterioso
Hizo de nuevo triste
A distancia escuchar.

De repente rasgando
Las cenicientas nubes,
Como una sierpe ígnea
Relámpago fugaz,
Ilumina la zona
Que lóbrega ocultaba
El blanco caserío,
Del mar la inmensidad.

Al reflejo siniestro
Columbra una barquilla;
Sin duda de allí viene
La dolorosa voz;
Juguete de las olas,
Tal vez en este instante
Socorro necesita
Y humana proteccion.

Rápido como el aire
A su batel se lanza,
Salta al remo y ligero
Prepárase á bogar,
Mas la corriente misma
Lo empuja al bote náufrago,
Y el timon empuñando
Comienza á maniobrar.

Entre tanta zozobra
La combatida nave
A merced de los vientos
Gira en raudo vaiven;
Y en vano sus remeros
Con sobrehumano esfuerzo,
Quieren de la tormenta
El ímpetu vencer.

En la pequeña isla,
Luz y su madre oran,
De hinojos en la playa,
Con místico fervor;
Sin ver la escena triste
Que las sombras rodean
Más que á raros intérvalos
Del rayo al resplandor.

—De mi padre la vida
Guarda, ¡Señor del cielo!
—A mi esposo concede
Tu amparo y tu piedad!

Así con voz doliente
Murmuran las cuitadas
Y por aquellos míseros
Suplican á la par.

El bajel destrozado
Al abismo desciende
Y herido con la vela
Vacilante al caer,
En el banco tendido
Sin color, sin aliento,
Desmayado se inclina
El audaz timonel;

Miéntras lleno de angustia
Su compañero mísero,
Lanza gritos y ayes
Que arrastra el huracan,
De repente, á sus quejas
Responde en las tinieblas
El grito de esperanza
Del pescador audaz.

* * * *

Era tiempo: sus fuerzas el mancebo
En vano procuraba duplicar,
Los brazos estenuados se rendian,
Sintiendo sus fatigas redoblar.

Al herido piloto, con presteza
Transportaron al bote salvador,
Y de ganar la costa se ocuparon
Con reanimada fuerza y nuevo ardor.

En medio del horror de aquella noche,
Cual faro de esperanza, con placer,
A la luz del relámpago que brilla
Ven la blanca morada aparecer.

Cual si quisiera entónces la borrasca
Ceder al fin, cansada de luchar,
Templó su furia y su soberbia fiera,
Cesando lentamente de bramar.

Presto á la voz del padre y del esposo,
Un grito resonara con amor,
Llenando de ternura y alegría
El corazon del viejo pescador.

Abrióse ante los náufragos la puerta,
Conduciendo al herido timonel,
Solícito entregándole el anciano
A la bondad y celo de Merced.

Miéntras Luz y la anciana al infelice
Triste doncel, cuidaban con afan,
Su compañero al pescador hablaba
Contándole la historia de su mal.

Y dijo así el mancebo, en cuyo rostro
Y azules ojos relucia el fulgor
De nebuloso cielo, y en su acento
Rígido el habla de la altiva Albion.

* * * *

—Tendía la tarde risueña
Su manto suave y ligero,
Y atraidos por el soplo
Y la frescura del céfiro,
Que en las márgenes floridas
Volaba onduloso y trémulo,
Atrajo nuestras miradas
Allá en el extremo opuesto,
Entre sus colinas bellas,
El caserío pintoresco,
Que cerca de este lugar,
Brilla sonriente a lo léjos.
Obedeciendo los dos,
A un acorde pensamiento,
Quisimos ver realizado
Nuestro capricho y deseo.
Con planta asaz presurosa,
Dimos principio al intento.
En las aguas balanceando,
Al suspiro de Nereo,
Un blanco esquife sus lonas
Daba gallardas al viento.
Entregado á blanda siesta
Duerme tranquilo su dueño,
Y sin tardanza al reposo
Le arrancamos desde luego.
Bajaba el sol al ocaso,
Y el adormecido Euro

Se levantaba agitando
El cristal limpio y sereno.
Oyó el hijo de los mares
Nuestras frases en silencio,
Y pasando sus miradas
Por las olas y los cielos,
Mostrónos negro celaje
Tras el empinado cerro.
—Veis, nos dijo, la tormenta
Airada se alzará presto.—
Y doblando la cabeza
Volviónos el paso lento.
Quiso el desdichado Arturo,
Desechando los consejos,
Triunfar de su pertinacia
Y arrostrar los elementos;
Y tomándole una mano,
Bien provista de dinero
Su amplia bolsa, puso en ella.
Quedó contento el barquero
Y aprontándonos los remos,
Hendió el esquife las olas,
Suave, gallardo y ligero
Y ya en breve la ciudad
Contemplamos á lo léjos.
Distante de las riberas
Zumbó pavoroso el trueno,
Y derramaron las nubes
Los caudales de su centro.
¡Oh, buen anciano, sin vos,
Sin vuestro feliz denuedo,
Seríamos víctimas tristes
De nuestro insensato anhelo.

Mañana al romper el alba,
Si no os enfada mi intento,
Nos llevaréis en la barca
Hasta el bajel que en el puerto
Anclado está, preparado
A zarpar raudo y velero.—
A la demanda del huésped
Accedió el honrado viejo,
Y en breve llenó el hogar
Calma apacible y silencio,
Que tan sólo interrumpia
Gemido lánguido y quedo,
Como una nota perdida
Vaga en el aire sereno,
De la alcoba del enfermo
Se exhalaba, mas tan débil,
Que más que humano lamento
Parecia el soplo del aura
Blando, quejumbroso y tierno.

* * * *

Apénas el primer rayo
De la aborada gentil
Reflejó sobre la costa
Límpido y vario matiz,

Cuando el pescador atento,
Llama al pálido doncel
Mostrándole aparejado
En la playa su batel.

En tanto, en la triste alcoba
Presa de fiebre tenaz,
El herido se agitaba
Cual si oyera el huracan.

Vuelve el amigo á su lado,
Mas Arturo, con dolor,
Creyéndose en el peligro
Le da doloroso «adios».

Gime su fiel compañero
Y abrumado de pesar
Deja correr silenciosa
Una lágrima fugaz.

Ante la pena que rasga
Aquel jóven corazon,
Se comprimió con tristeza
El alma del pescador.

—Poned en mí, señor, vuestra confianza,
Le dijo el buen Tomás con lentitud;
Partid, nada temais, que vuestro amigo
Recobrará de nuevo la salud.

* * * *

Presa de la ardiente fiebre
El triste Arturo yacia,
Y era tan hondo el acento
De su voz cuando gemia,
Se exhalaba de su pecho
Tan desmayada y tan tibia,

Que la bulliciosa Luz,
Inquieta y sobrecogida,
A la bondadosa madre
Sus temores comunica,
Y ambas con las manos juntas,
Llorosas y conmovidas,
Dirigen al Dios del cielo
Súplica ardiente y sencilla.
Hácia la tarde en su barca
Trae de la ciudad vecina,
El anciano pescador
Un doctor de gran valía.
A poco tiempo el mancebo
Sanaba de sus heridas,
Merced al prolijo esmero,
Los cuidados y vigilias
Conque al doctor ayudaban
La buena anciana y su hija.
Lo que iba en salud ganando
El mancebo, cada dia,
Quitaba á la linda Luz
Sus atractivos de niña;
Pero en cambio su mirada
Se hacia dulce y reflexiva,
Y era más bella su frente,
Que inclinaba, y su mejilla,
Que el rubor como una ola
Con su tinte enrojecia.
Rodeaba al joven Arturo
Por la noche la familia.

El de su hogar les hablaba,
Y de su pátria querida.

Era huérfano y tan sólo
De sus deudos, una tia
Le quedaba, muy anciana,
En extremo noble y rica.
La Escocia entre sus montañas
Elevadas y sombrías,
Viera su alegre niñez
Y su juventud altiva.
Su padre, de ilustre cuna,
Le trasmitiera la antigua
Nobleza de los señores
Más soberbios de las islas.
Luz con ávida mirada,
Le escuchaba, y sonreia
Al narrador que pintaba
Con frase suave y florida,
Las excursiones agrestes
Y sus largas cacerias;
Escuchando entre las selvas
Con los ecos de la brisa.
Del pastor la cornamusa
Que preludiaba en las cimas
Las canciones de los bardos,
O las quejas de Malvina.
Luz, la cándida criolla,
La tropical florecilla,
Un horizonte espacioso,
Un mundo de poesia
Descorrerse á sus miradas
Entusiasmada veia;
Y su vivo pensamiento,
Su imaginacion de niña,

Recargaba de colores,
Le pintaba con luz viva
Los encantos, los hechizos,
De aquellos lejanos climas,
Y la figura de Arturo
Esbelta, gallarda y fina,
La contemplaba en las cumbres
Con su garzota rojiza,
Y su capa que ondulaba
Con las auras vespertinas.
Aquí la gallarda Musa,
De aquella historia sencilla
Cortó un momento el relato,
Y con graciosa sonrisa
Siguió diciendo: así fué
Como la pequeña isla
Vió el amor su alegre tienda
Trasplantar á sus orillas
Uniendo con tierno lazo
Dos almas puras y dignas.
Fueron sus márgenes bellas
Los testigos de su dicha,
Por los labios paternales
Consagrada y bendecida.
Al pié del altar llevaron
El su ilustre gerarquia,
Y ella su modesta cuna
Y su belleza garrida,
Que no sólo en las ciudades
Opulentas y magníficas,
Acontecen las historias
Y los dramas de la vida.

Ahí teneis como un espacio
Que los mares escondian,
Fué la escena donde alegre
Brotó una nueva familia,
Que un año despues sus lares
Alza en la ciudad vecina.
Allí se pierde la huella
De la cándida heroina,
De los ancianos tambien
Se vé la huella perdida,
Pues ¿cómo léjos de Luz,
Aquella risueña ninfa,
Iba á ofrecerles el mundo
Calma dichosa y tranquila?
Fué el islote patrimonio
De las gaviotas marinas;
Hasta que un tiempo despues,
En su base conmovida
Por la fiera convulsion
De corrientes submarinas,
La superficie feráz
Cubrieron las claras linfas
Como la frente nevada
De una fantástica ondina.

RECUERDOS.

Tiernos recuerdos de la edad de oro,
Dulces memorias de floridos dias;
Sois para el corazon rico tesoro
De puras é inocentes alegrias.

Palmas, valles, colinas deliciosas,
Arroyo que murmuras mansamente,
Devolvedme las mágicas y hermosas
Ilusiones benditas de mi mente;

Devolvédmelas ¡ay! cual yo solia
Prodigaros un tiempo, generosa,
La más rica en gracia y lozania
Esperanzas del alma candorosa.

Cada recodo de esta verde senda,
Cada guijarro de este valle agreste,
Cada bejuco que los lazos tienda
En el lozano pabellon campestre;

Es un amigo cariñoso y tierno;
Confidente de ensueños juveniles,
Que elevaba mi mente hasta el Eterno
Al florecer sus diez y seis Abriles.

Con la mirada fiel del pensamiento
Recorro tus vergeles y praderas,
Tu limpio y luminoso firmamento
Y sus doradas nubes pasajeras.

En Occidente la pajiza choza
Al pié de la colina se diseña,
Y al Este solitaria se alboroza
Una pradera fértil y risueña.

¡Oh, Musa, que inspiraste al pecho mio
En horas de apacible venturanza
Tanto inocente y dulce desvario,
Ven á alhagarme llena de esperanza!

ESCEÑA MATUTINA.

Sereno el mar está: las tersas olas
Los empinados mástiles reflejan,
Y en la pulida superficie dejan
Igneo surco las naves al bogar.
Las colinas se doran, y las nubes
Que en el risueño oriente se aglomeran,
Alzan al bello lùminar que esperan
De oro y de perlas pabellon triunfal.

En tanto aun cubre vaporòsa bruma
La pintoresca costa al medio dia,
Y la muralla épica y sombría
Del castillo rodeado de verdor.
No hay humano espectáculo que iguale
Al que ofrece gentil naturaleza......
Padron perpétuo de inmortal belleza
Pregona eternamente á su Señor.

¡Cómo se siente palpitar la vida
Que la divina voluntad gloriosa
Enciende como llama misteriosa
En tierra, mar y cielos á la vez!
Todo es dulzura y paz, todo armonía:
A la tierra sonrie el firmamento,
Y las dormidas olas vago el viento
Besa sin alterar su límpidez.

¡Oh bello panorama delicioso!
Más que de la ciudad el fausto y ruido
Me entusiasma la pompa y colorido
De las galas que adornan tu beldad!
Libre y feliz el alma aquí se siente
Sin duda ni dolor que la conmuevan,
Suave como las ráfagas que llevan
Aromas de la tierra al ancho mar.

HOMENAJE A VICTOR HUGO

¡Ciudadano del mundo! á quien la fama
Tu nombre ensalza de una á la otra zona;
Y entreteje fulgente la corona
Que tu genio vastísimo reclama!

¡Salve, sublimo apóstol inspirado
De la doctrina de Jesus hermosa,
Cuya cándida enseña luminosa
Con magnánimo aliento has levantado!

En las ondas del lábaro bendito,
Puro resalta el venerando lema:
Fraternidad, *Amor*, *Piedad suprema*,
Con gozo el universo mira escrito.

Infatigable, denodado y fuerte,
¿Quién de tu corazon el fuego y brío
Podrá tornar en hielo mudo y frío?
Sólo la dura mano de la muerte......

Pero la Parca en su poder no alcanza
La voz del Genio á herir que dá á los vientos
Con sonoros y férvidos acentos
Palabras de justicia y de esperanza.

Al espléndido númen del Orfeo,
Que la ira templa, los rencores calma;
Y santa caridad lleva en el alma,
Y en la lira el olivo por trofeo.

Entre aquellos varones que la historia
Bienhechores del orbe ha proclamado,
Será tu nombre puro colocado
Como homenaje altísimo de gloria.

La ambicion, el poder y la hermosura
Flores frágiles son que se marchitan,
Y de la altiva cumbre en que se agitan
Van del olvido á la caverna oscura;

O al borde del abismo tenebroso
Como terrible mónstruo se levanta
Y al humano linaje triste espanta
Su recuerdo fatídico y odioso.

Sólo el bien es eterno: dulce y grata
Su memoria feliz; como la nave,
Deja en el hondo mar dó se retrata,
Blanca huella tras sí, límpida y suave.

Tu voz por eso, bardo, las naciones
Recorre más segura que la espada
De audaz conquistador, noble, inspirada,
Subyuga por dó quier los corazones,

Destino grande el tuyo: y feliz suelo
El que sostuvo tu gloriosa cuna,
Dó grata te sonrie la fortuna,
Por mandato tal vez del alto cielo.

Nombre darás, cantor, y sabio, y justo,
A tu siglo feliz, y en poseerte
Gloria á la humanidad!...... hasta la muerte
Ante tí templará su ceño adusto......

LAS TRES VIRGENES.

FANTASIA.

En la florida cumbre que retrata
En el cristal del golfo la alta frente,
A cuya vista el seno se dilata
Del morador del valle dulcemente;

Habitaban tres cándidas doncellas,
Vírgenes puras que arrulló en su cuna
De las sonoras aguas las querellas
Risueña al asomar la blanca luna.

Veloces trascurriendo las edades,
Con poderosas huellas eclipsaron
Los nombres que las célicas beldades
De la orilla en la arena dibujaron.

Mas cual de cumbre en cumbre va sonando
Del cazador la nota melodiosa,
Así del tiempo, como un eco blando,
Llegó hasta mí la tradicion donosa.

Reinaba el bello sol, gloria de Mayo;
Y á la falda del monte, sin mancilla,
El matizado seno, al suave rayo,
Desplegaba la agreste maravilla.

Un jóven morador del valle hermoso,
Dejaba de su hogar el blando asilo,
Donde apacible sueño halló al reposo
De su techo pacífico y tranquilo.

¡Oh, jóven infeliz! ¿dónde le lleva
De la suerte fatídica la mano?
Gozoso y sin temor la frente eleva,
Sus pasos dirigiendo al monte ufano.

Allí le aguardan enemigos fieros,
En el vecino bosque resguardados;
De odio y rencor los ánimos arteros,
Y de agudo puñal la diestra, armados.

Pero en vano los pérfidos le acechan;
Del empinado monte en las alturas,
Enlazadas las manos que se estrechan,
Aparecen tres cándidas figuras.

¡Las Vírgenes del Pan! ¡Oh dicha suma!
El sol que ya declina en occidente,
En torno ciñe con dorada bruma
Del majestuoso monte la alta frente.

De ámplia túnica ornada, vaporosa,
Del color con que ¡oh lirio! te engalana
Por su dulce expresion, madre amorosa,
En medio luce la primera hermana;

Y la piadosa faz vuelve hácia aquella
Que sobre el seno dobla conmovida
Un rostro más hermoso que la estrella
De pasajeras nubes circuida.

Modesta, ruborosa, cubre el talle
Luengo manto sencillo, y sus colores
Son los que ostenta espléndida en el valle
Naciente rosa oculta entre verdores.

Como el penacho de la palma esbelta
Luce en la aurora su esplendor lozano,
En su ropaje la postrera envuelta
Copia el arbusto del vergel indiano;

Con la mano extendida, señalando
La guarida del bosque tenebroso,
El paso sin rumor acelerando
Yergue el talle severo y majestuoso,

Como rápida flecha al blanco vuela
Por mano poderosa dirigida,
Al doncel, que el peligro no recela,
Arrebata la hueste bendecida;

Y sólo á ver alcanzan los traidores
Del empinado monte en las alturas,
Del sol que ya declina, en los fulgores,
Tres hermosas y cándidas figuras.

Quedó el intento pérfido burlado
De los malvados que al doncel guardaban,
Triste sepulcro, por el ódio alzado
Que sus ánimos crueles abrigaban.

Los lanza al odio eterno, y los condena
La tradicion; y execra su memoria,
Miéntras con voz de júbilo resuena,
De las doncellas la perpétua gloria.

PROSA.

EL SUEÑO DE BERTA.

Suaves, blandos perfumes, brotaban de los rasgados cálices, los lirios de los campos, y una luz nacarada y cristalina, como el reflejo de una bujía bajo un globo de porcelana rosada, se repartia por los ondulantes valles y floridas colinas de un bello y hechicero país.

Este país risueño y encantador, tiene inmensas florestas y espléndidos vergeles, y susurrantes palmeras, y sauces gemidores. Una mar siempre dormida y apacible lo rodea con sus flotantes olas, como el vaporoso chal que adorna el flexible talle de las hijas del Epiro.

En el horizonte ilimitado, bellas colinas dibujan sus frentes de esmeralda; lozanos laureles-rosas, pomposas vides y altivos sicomoros forman el confin de este paisaje delicioso. Riegan sus valles y campiñas claros y bulliciosos rios, que lucen al fulgor de rosa de su cielo, con franjas de pedrería sobre un manto de terciopelo.

Auras ledas y silenciosas derraman el perfume de los aromas y se aduermen entre las flores de coral de los granados, interrumpiendo esta quietud placentera lá nota dulce y querellosa del ruiseñor que entona sus endechas.

Una tarde de primavera, dulce y fresca como las del trópico, una figura aérea vagaba pensativa á la orilla

del mar, que venía á morir sin ruido á la florida márgen.

Las estrellas comenzaban á resplandecer y á su reflejo pálido se veia flotar sobre las ondas diáfanas, un objeto blanco como el nido de un cisne.

El objeto se fué acercando, y la figura pensativa de la orilla, pudo distinguir várias ramas de juncos y retamas, sobre las que se balanceaba un blanco lino.

Las aguas arrastraban lentamente la liviana carga hácia la playa, y al llegar á ésta, la vision que allí estaba, vió el cuerpo de una preciosa jóven que, con el cabello tendido y en natural abandonc, parecia dormir descuidada, como el elegido de Dios, en su ligera cuna sobre el Nilo.

La visicn tomó entre sus brazos á la jóven y la depositó sobre la orilla; á este movimiento la jóven pareció volver en sí, y entreabriendo los párpados, y mirando en torno suyo, exclamó: "¡Oh! qué bella tierra, qué hermoso paraiso!"

¡Qué dulce debe ser la vida aquí, y qué breves pasarán las horas en este mundo, en medio de estos campos tapizados de lirios, bajo este cielo de un matiz arrobador! ¡Qué buenos y afables serán los séres que pueblen estos sitios tan amenos! Serán ángeles como tú, halagüeño espíritu que me has conducido á esta region! Y la jóven con la cabeza reclinada en el brazo y sonriendo con expresion de inefable contento, parecia sometida á una influencia misteriosa, y contemplaba con mística adoracion á la blanca figura que delante de ella, y con las manos extendidas, derramaba en su frente un fluido celeste.

Niña, le dijo, con un acento más tierno que el susurro del Favonio entre las hojas, al declinar la tarde; todo esto es tuyo; este suelo te pertenece, así como á todo aquel á quien las olas han conducido á estas costas y yo he recogido.

«Tú no podrás verlos y serás igualmente invisible para ellos; y siendo de todos este Eden, cada uno podrá considerarse dueño de él.

«Ven, niña, y en el vértice de esa cuesta pintoresca,

admirarás las sublimes bellezas que oculta la naturaleza para aquellos séres elegidos por mí.»

Y la jóven, dócil al mandato, subió á la eminencia y lanzó un grito de asombro al divisar la espléndida decoracion que lucía á su vista.

Las colinas del horizonte en prolongada cadena, lucian como un brillante ceñidor de turquesas; y en sus faldas los laureles-rosas acariciando con sus ramas aterciopeladas los capullos de coral de los granados.

El cielo aparecía bañado en rosicler y esmaltaba con deliciosos tintes el caudal cristalino de los rios, y las olas dormidas que besaban la ribera lejana, y de cuyo seno brotaban celajes caprichosos como bandadas de aves marinas.

El corazon de la jóven palpitaba de gozo, su pecho se ensanchaba absorbiendo el aura genial de aquel paisaje, y sus ojos tenian destellos de entusiasmo y de ternura.

Volvióse hácia la misteriosa vision, y en el lugar que ocupaba aquella, vió un ángel bellísimo, de rostro ardiente, envuelto en una niebla luminosa, con una corona de laurel en la mano y que extendia sobre su frente sus trasparentes alas color de aurora.

«¡Oh, bello serafin! ¿quién eres, que tan bondadoso me sonries, y me cubres con tus alas protectoras y divinas?

«¿Por qué la luz de tus ojos penetra mi frente y la ilumina con su ardiente claridad? Me figuro que mi vista se dilata y adquiere un esplendor radioso. Un fuego celeste anima mi espíritu, y mi alma se eleva gozosa y conmovida.»

«Niña, dijo el ángel, soy el querub preferido de Aquel que ha dado vida á esta tierra y flores y ambrosía á sus jardines. Me ha enviado á ella, con un destello de su grandeza, para que yo á mi vez diga á aquellos á quienes pisen este suelo: «Ved esas fuentes límpidas y bellas, que sostienen en su superficie voladoras palomas, ved esos valles y laderas, mirad esos bosques de perfumados naranjos, en cuyo seno resuenan himnos inimitables y cadentes armonías que lanzan al vacío innumerables pajarillos».

«Así, bella niña, te digo: Mira esos árboles que se mecen ondulantes y graciosos, esos lagos quiétos, brillantes, que riza ligeramente el soplo de la noche, esos remansos bullidores, esa espléndida floresta; mira esas estrellas que rasgan el oscuro rebozo de la noche, mira, en fin, ese tesoro de bellezas que sólo Dios pudo dar á la naturaleza; y si tienes un alma sensible, un corazon que palpita de ternura, admira y arróbate en la contemplacion de ese cuadro que tienes á la vista. Si eres poetisa, canta; pinta si eres artista, y pondré en tu frente mi laurel y mis alas cubrirán tu cabeza y reflejarán en ella una espléndida aureola.»

«¡Bello ángel, bello ángel! qué dulce es tu voz, y qué encanto irresistible tiene tu palabra; ¿quién no te amaría al escucharte?

»¡Bello ángel, yo siento que tu acento me anima y mi espíritu se ilumina con la irradiacion del tuyo!»

Quiero expresar en cantos dulces y apasionados lo que el pensamiento contiene y que ha inspirado tu presencia angélica. Sí, mi alma es sensible y se ha estremecido de alegría á tu mirada, y mi corazon ha encontrado el eco de ternura de tu voz.

Y ya que tan bellos cuadros me ofrece tu generosidad, quiero copiarlos, y modelar sobre el lienzo esas curvas risueñas y floridas que forman cordilleras, y esas hojas palpitantes que el sol colora y esas rosas de torneados pétalos y sedosa brillantéz.

Cubrirás mi frente con tus alas y preludiarán los susurros de la brisa el nombre de *Berta*.

Toma, dijo el ángel, y Berta tómó el pincel que le presentaba, miéntras en el aire, delante de ella, como desarrollado por una mano invisible, se desplegaba un lienzo.

«Pinta», y el pincel de Berta animó la tela y la pobló de linos que exhalaban olóres, tuvieron vida los rios, las colinas. Dió á sus árboles la lánguida actitud, el verdor aterciopelado de sus modelos y bañó el cielo con el delicado colorido que veia en lontananza. Y despues el contorno de una cabeza blonda, hechicera; el bosquejo adelantó y el semblante lució con una son-

risa encantadora llena de expresion, y una mirada de fascinante esplendor; despues una túnica luminosa y unas alas trasparentes y rosadas, como el primer destello do la aurora: el ángel coronando el sublime cuadro.

Y Berta, radiante, gozosa, ante la obra de su génio, exclamó con la voz trémula de alborozo: Bèllo ángel, corona mi frente con tu aureola divina; ilumina mi alma con tus sonrisas blandas; concédeme tus fúlgidos laureles.

Con el precioso rostro lleno de esperánza y de dicha, se volvió hácia el ángel, tendió una de sus lindas manos para recoger el ramo de glória......

Entónces Berta sintió que algo blando y mullido cedia bajo sus dedos, que un leve peso oprimia sus párpados, como cuando uno está bajo la influencia del sueño.

Pasó la mano por los ojos, quiso ver lo que cedia á su contacto, quiso ver; y miró...... era su almohada.

¡Y el laurel, y mis pinceles, y mi cuadro, mi bello cuadro con sus flores de púrpura y sus árboles tan lozanos y espléndidos!

Y Berta, con aire angustiado, se restregaba los ojos.

¡Y mi ángel tan dulce, y aquel país de colinas de esmeralda, y bosquecillos de laureles y granados! Oh! mi hermoso país ¿dónde estás? y Berta se vistió apresuradamente y abrió las ventanas; pero solo vió una hilera de viejos pinos, que corria á lo largo de su balcon, y un llano triste, solitario, sin árboles ni arroyos, que limitaban montes elevados y melancólicos.

¡Oh! Dios mio, mentira, todo ha sido mentira! ¿y el ángel de mirada esplendorosa y brillante que me ofrecia aquella corona de luz? dijo Berta con dolorosa expresion.

Pero quién sabe, tal vez no haya desaparecido de mis ojos aquella mirada radiante que el ángel me dió y que realzaba mi rostro con hermosura angelical.

Sí, siento que soy bella y estoy contenta y agradecida. Y Berta corrió al espejo á admirar sus encantos.

Pero su mirada estaba apagada, y en vez de la aureola de gloria que debia ceñir su frente, su cabeza tenia la corona respetable de la vejez.

Oh! Dios mio, gritó afligida, ¿y mis cabellos lustrosos? ¡blancos, están blancos!

¡Vieja, estoy vieja! yo ayer jóven y hermosa!

¡Juventud, juventud mia, qué he hecho de tí!

Ha desaparecido en un sueño delicioso! ¡Qué triste ha sido el despertar!

¡Envia su voto un tierno corazon á tí, juventud, que eres todo lo hermosa y breve que puede ser un sueño!

EL VALOR DEL TIEMPO Y DE LA INSTRUCCION.

(TRADUCIDO.)

Permitidme llamaros la atencion sobre la importancia de aprovechar el tiempo, pues incalculable é infinito es su valor. Es lo más precioso que existe; lo único por lo cual es virtud el ser codicioso, sin embargo de que es de lo que más pródigo se muestra el hombre.

En primer lugar, la lectura es el medio más interesante y agradable de ocupar las horas de ócio. Todos tienen ó pueden tener tiempo suficiente para leer; la dificultad consiste en que no se cuidan de aprovecharlo. ¿En qué podeis emplear mejor las horas desocupadas que en sostener conversacion con los sábios y los buenos, por medio de sus escritos? Para la imaginacion ávida de saber, los libros forman un inexhausto manantial de entretenimiento.

Es una consideracion de no escasa fuerza, la de que la lectura proporciona asuntos para hacer agradable y útil la conversacion. Aquellos que no tienen conocimiento con los libros, confinan á un círculo muy estrecho su inteligencia, Los sucesos que ocurren en la inmediata vecindad, el estado del mercado, la historia escandalosa, la invencion frívola, á esto se reduce el círculo de sus conocimientos y los asuntos de su con-

versacion, Nada importante puede decir el que nada sabe de importancia.

El gusto por la lectura útil es preservativo del vicio. Junto al temor de Dios, ninguna salvaguardia mejor para el carácter, como el amor á los buenos libros. Ellos activan el sentimiento del deber, refuerzan nuestros principios, confirman nuestras costumbres, nos inspiran el amor de lo justo y de lo útil, y nos enseñan á mirar con disgusto lo que es bajo, degradante y vicioso.

El gran valor del cultivo mental es otro motivo poderoso para darle consideracion á la lectura. ¿Qué es lo que distingue principalmente al hombre del bruto? ¿Cuál es la vasta diferencia que existe entre las naciones civilizadas y las salvajes? ¿Qué forma la distancia principal entre los hombres, cuando aparecen en la misma sociedad? La instruccion.

Ella fué la que elevó á Francklin de su modesto empleo de impresor á los primeros honores de su país. La que arrancó á Sherman del banco del zapatero, dándole un sitio en el Congreso. La que levantó á Simpson á la altura de los primeros matemáticos, y á Hershel, de pobre músico de ejército, á un puesto entre los principales astrónomos.

La Sabiduría es poder. Es la piedra del filósofo, la verdadera alquímia, la que convierte en oro todo lo que toca. Es el cetro que nos dá el dominio sobre la naturaleza; la llave que nos abre paso para encontrar los tesoros del Universo.

Las circunstancias en que os hallais colocados como miembros de una comunidad libre é inteligente, os demandan un cuidadoso aprovechamiento de los medios de instruccion con que contais. Vivís en una época de gran excitacion mental. La inteligencia pública despierta, y la sociedad en general se levanta presurosa en la escala de los adelantos. Al mismo tiempo los medios de instruccion son más abundantes.

El camino del honor, de la riqueza, del bien y de la felicidad se abre á todos, y el que quiera puede entrar en él con la casi certidumbre de un seguro éxito. En esta comunidad libre no hay clases privilegiadas. Cada

hombre halla su nivel. Si tiene talento, será conocido y estimado y se levantará en el respeto y la confianza de la sociedad.

El uso diligente de los medios de instruccion, concuerda bien con vuestra naturaleza de séres racionales é inmortales. Dios os ha dado inteligencias capaces de indefinido adelanto, os ha colocado en circunstancias peculiarmente favorables á esos adelantos; y para inspiraros diligencia en remontar el sendero brillante que os presenta, os señala una existéncia sin término más allá de la tumba.

¡Qué proyectos se ofrecen á la mirada del hombre! ¡Qué poderosos incentivos para cultivar su corazon y su inteligencia; para penetrar en la senda de adelantos que han de proseguir brillando entre la gloria y la felicidad de las edades sin término!

EL CANARIO DE DOLORES.

Es la hora en que el sol comienza á dorar los vértices de las colinas, en que el ambiente que se respira es más puro y más fragante el perfume de las flores, que se abren cuajadas de rocío. El sonrosado matiz que ostenta el horizonte, hace resaltar el color de esmeralda de las palmas, que gigantes y enhiestas, parecen sostener con orgullo sus espléndidos penachos.

¿Veis aquella casita medio oculta entre los árboles que la rodean?

Pues bien, en uno de sus balcones hay una jóven, rubia como la flor de la caña, hermosa como el nelumbio acariciado por las aguas. Es Dolores, la estrella bienhechora de los desgraciados, la aurora sonriente que ilumina las cabañas de los pobres.

Todos los dias, al despuntar el alba nítida y vaporosa, despues de haberse arrodillado ante la imágen de la Vírgen, é inclinada la frente bajo el lábio maternal, aparece Dolores en el balcon de su cuarto, llevando en una mano una graciosa jaula que coloca en el marco de la puerta. Despues se oye el sonido de su voz extensa y melodiosa, mezclada con los trémulos y argentinos gorjeos del pajarillo.

Este lindo canario fué regalado á Dolores por su padre, en el cumpleaños de ésta.

¡Con qué gozo recibió ella la jaula donde se anidaba el precioso volátil! ¡Cómo no perdia ni un movimiento de los que hacia en giros caprichosos aquel sér, como ella ligero é inocente!

Desde entónces fué su compañero querido; y pasaba largas horas haciendo resonar los acordes de un organillo, entrelazando blancos aguinaldos por entre las varillas de la dorada cárcel, ó bien haciendo extremecer los plateados cascabeles pendientes de las rejas.

Un año más tarde murió su padre; y entónces, aquel alegre sentimiento que le inspiraba la avecilla se cambió en ternura. Se unia á ella un pensamiento más grave: le recordaba á su padre, tan bueno y tan querido.

De cosas bien frágiles brotan á veces recuerdos venerandos. El lastimero quejido de una tórtola, la nacarada nube que atraviesa el firmamento, el resplandor misterioso de una estrella que brilla solitaria en una opaca noche, nos trae á la memoria dolorosas ó alegres remembranzas.

Sin duda que la vista del canario las despierta esta mañana con más vigor que nunca en el alma de Dolores; porque séria y pensativa, se apoya en el balcon, indiferente al parecer á la hermosura que despliega risueña la alborada.

Hoy no se escuchan los ecos de su canto desde el cercano bosque, y solamente de vez en cuando, pasa las puntas de sus finos dedos por el varillaje de la jaula, que produce un sonido ténue y apagado.

La preciosa avecilla parece que teme interrumpir las meditaciones de su ama, y yace tambien muda é inmóvil.

Al fin levanta Dolores su lánguida cabeza, y dice al pajarito cual si pudiera comprender sus palabras:

—¿Por qué callas. dulce y canora avecilla? ¿Tienes acaso penas que hacen enmudecer tu arpado pico?

Mas ¡oh crueldad humana! Te pregunto si sufres, á ti, que estás aprisionada, con cadenas de flores, es verdad; pero qe no pueden compensarte nunca el goce de tu perdida libertad.

¿Qué es para tí ese sol, que rompiendo las brumas

que coronan las cimas de los montes, nos alumbra con sus soberbios resplandores?

Las aguas sosegadas que corren por el valle en curvas infinitas, las plantas y las flores que se doblan airosas en sus orillas, como queriendo contemplarse en el líquido espejo, los árboles que ostentan majestuosos sus ramas cargadas de frutos, la selva espesa donde revolotean juguetones tus hermanos; todo esto es tuyo, y, sin embargo, nada tienes, de nada puedes disfrutar, pobre cautivo!

Quizás te han arrebatado á las caricias de tus pequeñuelos y tu amorosa consorte, y ya no escuchas ¡infeliz prisionero! el cadencioso arrullo que te llama á tu nido, sobre el tronco de un árbol secular. ¡Y te he preguntado si sufrias, que si eras desgraciado! ¡Oh ceguedad! ¿Es acaso feliz el que no es libre?

Perdóname sér alado y querido, pero el egoismo humano vé solamente los propios sinsabores, y jamás considera los agenos.

Llora, llora, infortunado prisionero; yo gemiré contigo, y mis caricias te harán más llevadera la cautividad.

Las más preciosas flores servirán de adorno á tu morada; tendrás por alimento las frutas más exquisitas de la huerta é iré á buscarte yo misma el agua clara y fresca de la fuente que desde allí se divisa.

Pero ¿por qué, comprendiendo yo los disgustos de tu situacion, no te digo:—Alégrate, eres libre? ¿Tengo yo acaso derecho á privarte de tu albedrío, solo por mi placer? Nó, de ningun modo.

Cuando te tomé por primera vez entre mis manos, era una niña y no podia preveer que fueras desdichado: ahora comprendo lo que te falta para ser venturoso, y no quiero detenerte por más tiempo.

Tú eres un recuerdo de mi padre; ¿pero porque abra yo las puertas de tu prision será para mí ménos sagrada su memoria? ¡Oh, nó! Yo estoy segura de que en este momento su alma me mira desde el cielo y se sonrie. Vuela, vuela, pintado pajarillo. Corre á gozar con tus compañeros de los dones que te ofrece espléndida la

naturaleza. Corre en busca de tu perdida amiga; hoy empiezas á vivir de nuevo; el campo es tuyo: eres libre.

Diciendo esto, abrió Dolores la puerta de la jaula, por la que salió la cándida avecilla.

Hizo mil círculos caprichosos, y al fin fué á posarse en el hombro de Dolores, como si quisiera darle una larga y eterna despedida.

Un raudal de notas argentinas brotó de su garganta, y, ligero como el viento, fué á posarse sobre las ramas de un pomposo granado, y batiendo con orgullo sus alas de oro, desapareció luego por entre los árboles frondosos que rodean la casita.

Dolores, despues que lo hubo perdido de vista, lanzó un suspiro, descolgó silenciosamente la jaula y se ocultó cerrando tras sí la puerta que caia al balcon.

MOLIERE.

—

(DE WILLIAM H. PRESCOT.)

Los franceses superan á la mayor parte, ó más bien, á todas las naciones de Europa, en el número y excelencias de sus memorias. ¿De dónde procede esta manifiesta superioridad? La importante coleccion relativa á la historia de Francia, y que data del siglo XIII, forma para el investigador inteligente la base histórica civil más auténtica, circunstanciada y satisfactoria que encontrarse puede. Tambien multitud de anécdotas personales y biografías que han aparecido en Francia durante las dos últimas centúrias, arrojan un raudal de luz sobre las costumbres y civilizacion del período en que fueron escritas.

Las historias italianas (y, segun dice Tiraboschi, toda ciudad importante de Italia tenía su historiador desde el siglo XIII) solo abundan en guerras, asesinatos, conspiraciones ó intrigas diplomáticas, sucesos que afectan la tranquilidad del Estado. El rico cuerpo de crónicas españolas que se suceden sin interrupcion desde Alfonso el Sábio hasta Felipe II, apénas son más individuales é interesantes en sus detalles, excepto en lo que se refiere al rey y á sus más allegados cortesanos. Los ingleses, en sus memorias y biografías del último siglo, se

circunscriben á las materias de notoriedad pública, considerándolas como único objeto digno de recordarse ó de excitar interés en sus lectores.

No sucede así entre los franceses; los detalles más frívolos adquieren á sus ojos grande importancia cuando sirven para ilustrar algun carácter eminente, y áun al referirse á tipos ménos elevados, llegan estos detalles á ser interesantes como pintura exacta de la vida y de las costumbres. Por eso, en vez de presentarnos á su héroe tal como aparece en el mundo, nos le muestran en la vida privada, donde sin disfráz puede desplegar su natural alegría, en cuya expansion va mejor manifestado su carácter verdadero que en toda su premeditada sabiduría Estas pequeñeces, que forman la mayor parte de las memorias francesas, son desechadas por sus graves vecinos los ingleses, que las consideran indignas de su héroe. ¿Dónde encontrarémos pintura más viva del interesante período en que el barbarismo feudal comienza á retroceder ante las civilizadas instituciones de los tiempos modernos, sino en las descripciones de Felipe de Comines sobre las córtes de Francia y de Borgoña, en la última mitad del siglo XV? ¿Dónde encontrarémos desenvolvimiento más completo de las intrigas galantes, de los políticos impuros que animaban las pequeñas asambleas de ámbos sexos de Paris, bajo la regencia de Ana de Austria, sino en las memorias De Retz? Sin contar el crecido número de idénticas producciones que se publicaron en Francia durante el último siglo, en forma de cartas, anécdotas y memorias, haciéndonos conocer tan íntimamente la índole y carácter de la sociedad parisiense en todas sus formas, como si hubieran sucedido á nuestra vista.

Desde los tiempos fabulosos y de los viejos romances normandos, se han distinguido los franceses en la narracion, de una manera notable. Algo de su éxito en este género puede atribuirse á la índole del idioma, muy generalizado, y cuyas cualidades peculiares para las composiciones en prosa han sido notadas desde una época muy temprana.

Brunetto Latini, el maestro del Dante, escribió su *Tesoro* en francés con preferencia á su propio idioma, en la mitad del siglo XIII, dando por razon que era «el más universal y deleitoso de todos los idiomas de Europa.» Y el Dante afirma en su tratado *Sobre la elocuencia vulgar*, que la superioridad del francés consiste en lo mucho que se adapta por su facilidad y encanto á las narraciones en prosa. Mucha de la primitiva gracia que le caracterizó en su infancia, ha sido gastada por fastidiosos críticos, y ha sobrevivido apénas á Marot y Montaigne; pero ha ganado considerablemente en perspicuidad, precision y sencilléz de construccion, á lo cual han contribuido particularmente los infatigables trabajos de la Academia Francesa. Esta sencilléz de construccion, que rechazan las complicadas inversiones tan comunes en las otras lenguas del continente, y su falta completa de prosodia, aunque desastrosa para la poesía, han facilitado su adquisicion á los extranjeros, y lo han convertido en el lenguaje más propio para la conversacion.

Desde los tiempos de Luis XIV, ha sido el idioma de las Córtes y el medio popular de comunicacion en la mayor parte de los paises de Europa. Tambien desde aquella época se ha enriquecido con elegantes frases y giros familiares, que lo adaptan admirablemente para ese género popular y ligero, en que entran las epístolas y las memorias.

El carácter y la posicion de los escritores puede explicar mejor el éxito de los franceses en esta clase de literatura. Muchos de ellos, como Joinville, Sully Comines, Rochefoncault y Torcy, eran hombres de rango y de educacion, consejeros, ó amigos de príncipes, y por experiencia adquirian un conocimiento exacto de los caractéres y de las formas de la sociedad. La mayor parte estaban familiarizados con aquellos círculos escogidos que, en Paris más que en ninguna otra parte, parecen combinar el amor de los placeres con una gran inclinacion por los trabajos intelectuales. El estado de la sociedad en Francia, ó, lo que es lo mismo, en París, es admirablemente adecuado para el escritor de memo-

rias. El carácter bullicioso y alegre de los habitantes que reune todas las clases en busca del comun placer, las buenas maneras que saben conservar áun en los raptos violentos, y la influencia que, como en ningun otro pueblo durante las dos últimas centúrias, ejercian allí las mujeres diestras en materias de elegancia política y literatura, y las intrigas licenciosas y galantes tan comunes en las altas clases de esta divertida metrópoli, y que llenan de agitadas y románticas aventuras áun la vida de un hombre de letras, tan pacífica en otros países; todo esto, decimos, forma un rico y variado panorama, que con dificultad carecerá de interés bajo la mano del artista más comun.

Por último, la vanidad de los franseses puede tambien considerarse como otra de las causas de su éxito en este género de escritos; vanidad que los induce á describir mil entretenidos particulares, que la seserva de un inglés, ó más bien su orgullo, rechazaría como impropio de escucharse por el público.

Seducidos por esta vanidad algunos de sus escritores, han puesto en evidencia la debilidad humana, bajo el nombre de confesiones y memorias secretas, exposicion tan poco halagüeña que algunos hombres no harian ni aún á sí mismos.

Las mejores memorias últimamente producidas en Francia, han aparecido bajo una nueva forma. Escritas con la acostumbrada soltura y ligereza, están nutridas con gran acopio de noticias y particularidades, que demuestran nn alto grado de trabajo y de estudio. Tales son las de Russeau, La Fontaine, y las de Moliere recientemente publicadas. Estas, que forman el motivo del presente artículo, son una recopilacion de todo lo que se ha escrito sobre la vida de Moliere. La obra ha sido llevada á cabo de una manera agradable, y tiene el mérito de examinar con más exactitud de lo que hasta ahora se ha hecho, ciertos puntos dudosos de su biografía, y de reunir, bajo una forma conveniente, los puntos que antes se habian tratado con variedad y extension.

Pero, por muy familiares que sean estos detalles á los compatriotas de Moliere (que es por otra parte el

genio cómico más grande de su nacion, y en nada inferior á los de ninguna otra), no son ellos tan conocidos generalmente, que creamos indiferente para nuestros lectores una reseña de su vida y trabajos literarios.

Juan Bautista Poquelin (Moliere) nació en Paris, Enero 15 de 1622. Su padre era tapicero, y tambien lo habia sido su abuelo; así el jóven Poquelin estaba destinado á seguir el mismo hereditario oficio, en el cual hizo su aprendizaje hasta los catorce años. Aún más se habia afirmado su padre en esta determinacion, con motivo del empleo, que, en union de su oficio, ejercía de ayuda de cámara del rey; empleo que debia heredar su hijo, segun se le habia prometido. De acuerdo con esto, el jóven no recibió sino una mezquina instruccion elemental, como era costumbre entre los artesanos de aquellos dias. Pero una intuicion secreta de sus fuerzas le aseguraba que estaba destinado por la naturaleza para algo más elevado que decorar muebles y salones.

Se dice que su asistencia á las representaciones del Hotel de Borgoña, despertó en él la pasion por el drama. A consecuencia de esto, suplicó á su padre que le auxiliara para obtener una instruccion más vasta; y cuando aquel cedió á sus repetidas instancias, fué con el disgusto del que imagina que destruye un buen mecánico para formar un pobre estudiante.

Entró en el colegio de Jesuitas de Clermont, donde cursó los estudios usuales, por cinco años, con aplicacion y aprovechamiento. Tuvo la fortuna de seguir el curso de filosofía bajo la direccion del célebre Gassendi, con sus condiscípulos Chapelle, el poeta, despues íntimo amigo suyo, y Bernier, tan famoso más adelante por sus viajes en el Este, y que á su retorno perdió desgraciadamente el favor de Luis XIV, por decirle que de todos los países que habia visto, prefería la Suiza.

A la conclusion de sus estudios en 1641, por enfermedad de su padre, le reemplazó cerca del rey, entónces Luis XIII, en un viaje por el Sur de Francia. Esta excursion le facilitó conocer íntimamente las costumbres de la córte y de las provincias, sirviéndole con ventaja más adelante para sus comedias. De vuelta ya,

comenzó el estudio de las leyes, y lo hubiera terminado á no haberse renovado con creciente ardor su antigua pasion por el teatro, haciéndole titubear algun tiempo; mas al fin se decidió á seguir el impulso incontrastable de su genio. Con este objeto se asoció á una de aquellas compañías de cómicos que abundaban en Paris, desde los dias de Richelieu, ministro que aspiraba en las letras al mismo imperio que habia sostenido tanto tiempo sobre el Estado; y cuya fastuosa proteccion contribuyó grandemente á desarrollar el gusto por las representaciones dramáticas que desde entónces ha caracterizado á sus compatriotas.

Fácilmente se comprenderá la consternacion del anciano Poquelin, al saber la determinacion de su hijo: determinacion que de un golpe destruia las hermosas esperanzas que con justicia concibiera, al ver los rápidos progresos que aquel habia hecho en sus estudios. Consideraba que su hijo se degradaba en escoger una profesion que era considerada en aquel tiempo en Francia con ménos estimacion de lo que ha sido en otros países. La imaginacion de su padre vió en esta profesion muchos inconvenientes. Además de la humillante dependencia en que se encuentra el actor respecto al favor público, la exposicion diaria de su persona á los caprichos é insultos de un auditorio insensible, y las numerosas tentaciones inherentes á esta vida precaria é incierta. Todos estos obstáculos eran superados en Francia por otro de más grave naturaleza: la religion. El clero de aquel pais, alarmado con la creciente inclinacion por las representaciones teatrales, denunció abiertamente estas diversiones como un insulto á la divinidad; por lo que el piadoso padre vió la pérdida temporal y espiritual de su hijo en dicha eleccion. Con este motivo, trató de disuadirlo por medio de uno de sus amigos, quien en vez de convertir al jóven, fué él persuadido á formar parte de la compañía que aquel organizaba.

Nunca quiso su familia aprobar su conducta, ni aun más tarde, cuando su expléndido éxito en aquella profesion hubo demostrado cuán exactamente habia com-

prendido el carácter de su genio; y jamás, á pesar de sus repetidas instancias, condescendió en asistir al teatro. Mr. Bret, su editor, dice haber visto entre los descendiéntes de esta misma familia, un árbol genealógico en el que no se hallaba el nombre de Moliere. ¿De qué podía servir á esa familia un árbol genealógico, á no ser que marcara la relacion que existía entre élla y tan ilustre nombre? Por deferencia á estos escrúpulos fué por lo que nuestro héroe agregó á su nombre patronímico el de Moliere, por el cual solamente le ha reconocido la posteridad.

Por espacio de tres años continuó representando en Paris, hasta la turbulenta regencia de Ana de Austria, que llamó la atencion del pueblo hácia las querellas y tumultos civiles, haciéndoles olvidar los pacíficos placeres del teatro. Moliere dejó entónces la capital, dirigiéndose al Sur de Francia. Pocos puntos dignos de mencion ofrece su historia en este período, desde 1646 á 1658, en que recorrió con su compañía diferentes provincias, escribiendo algunas obras que han perecido, y representando en las principales ciudades, en donde atraia por medio de su superior talento al público, que prefería sus representaciones á cualquier otro espectáculo.

En aquella época tuvo ocasion de observar los hombres y las costumbres, estudio tan esencial para el autor dramático y que él atesoraba en su imaginacion, para producir el fruto á su debido tiempo. Aun se muestra en la ciudad de Pezenas (como en Montpellier la *capa* de Rabelais) un sillon que perteneció, segun dicen á Moliere, y en el cual el poeta se sentaba en el rincon de una barbería, observando silenciosamente los gestos y contorsiones de los políticos de aldea, pues como aún no se habian introducido en Francia los cafés, eran aquellas el punto de reunion de aquellos dias. El fruto de este estudio se descubre fácilmente en la pintura de caractéres del pueblo y de la clase média que abunda en sus piezas.

En el mediodía de Francia encontró al príncipe de Contí, á quien habia conocido en el colegio de Clermont,

y fué recibido por él con gran afabilidad y agasajo. El príncipe le hizo la oferta de recibirlo como secretario privado; pero afortunadamente para las letras, Moliere era constante en su vocacion, y se excusó pretextando que la ocupacion era demasiado séria para su carácter y que aún cuando fuera un autor mediano, no sería sino un detestable secretario. Quizás influyó en esta negativa la suerte del anterior empleado, que habia muerto de fiebre, á consecuencia de un golpe en la sien aplicado con las tenazas por su Alteza, en un rapto de cólera.

Sea lo qne fuere, por medio del príncipe obtuvo acceso hasta Monsieur, padre del célebré regente Luis Felipe de Orleans, y hermano único de Luis XIV, al cual lo presentó al retornar á Paris en 1658; y le fué concedido el permiso de representar, como lo hizo, con su compañia, en el mes de Octubre siguiente y en presencia del rey, una tragedia de Corneille, juntamente con una de sus propias piezas.

Pudo entónces su pequeña compañía llevar el nombre de «Compañia de Monsieur», y se escogió como lugar de las representaciones el teatro de «Petit Bourbon». Aquí y en algunas semanas, se dieron su *Etourdi* y *Le Depit Amoureux*, comedias en cinco actos y en verso, que había compuesto en su viaje por las provincias, y las que, aunque deficientes en el artificioso enlace de las escenas y en verosimilitud de incidentes, revelan, particularmente la última, aquellos delicados rasgos de la sátira que indicaban al futuro autor del *Tartufo* y del *Misántropo*. Fueron recibidos por el auditorio de una manera más favorable que algunas de sus últimas piezas, pues estas primeras sostenian la comparacion con los detestables modelos que le habian precedido, miéntras las últimas eran comparadas con las suyas anteriores.

En el siguiente año dió Moliere su celebrada comedia *Las preciosas ridículas*, pieza en un acto solamente; pero que por su inimitable sátira ocasionó en el gusto literario de sus compatriotas una revolucion que pocas obras de género más severo han llevado á cabo; pudien-

do, al mismo tiempo, ser considerada como la alborada de la buena comedia en Francia y la base de la gloria dramática de su autor. Esta época fué el principio de aquel esplendente período de la literatura francesa, tan conocido por «la epoca de Luis XIV,» á pesar de que el gusto era tan corrompido y pueril, como no se encuentra sino en las primeras etapas de la civilizacion, ó en su declive.

Esta triste perversion intelectual puede atribuirse, principalmente, á la influencia de cierto grupo de escritores, cuyo rango, inteligencia y nombradía les autorizaba, en cierto modo, para considerarse como árbitros del gusto y de la moda. Tan escogida asamblea se componia del hipocondriaco Rochefoucault, del *cel sprit* Voiture, Balzac, cuyas cartas ofrecen el primer ejemplo de poesía en la prosa francesa, el alegre y licencioso Bassy, Rabutin, Chapelain, quien, como ha dicho un observador, tendría aun nombradía, á no haber sido por su *Pucelle;* el poeta Benserade. Menage, Madama Lafayette, Mademoiselle Scudery, la de las interminables novelas, delicia de su edad y desesperacion de las otras, y áun la elegante Sevigné. Se reunian principalmente en el hotel de *Rambouillet*, residencia de la marquesa del mismo nombre, y que á esta circunstancia debe tan desgraciada celebridad en la historia de las letras.

Allí tenian lugar solemnes pláticas sobre los motivos más frívolos, particularmente sobre la galantería y el amor, que discutian con toda la sutileza y alambicamiento que había caracterizado, en siglos anteriores, á las románticas córtes de amor, en el Sur de Francia. Se hablaba en una afectada gerga, en que las cosas más comunes, en vez de ser llamadas por su nombre vulgar, se expresaban por medio de una ridícula perífrasis; lo que, en verdad, no indicaba ni inventiva, ni ingenio, y solo podía tener, como único mérito, á sus ojos, el no ser comprendida por el vulgo. Añádase á esto un sentimentalismo exagerado y una ridícula etiqueta, que regulaba las relaciones que se establecian entre estos entes singulares, teniendo por modelo las absurdas novelas de Calprenede y Scudery. Aun los nombres pro-

pios se sujetaron á esta regla, y el nombre cristiano de Madama Rambuillet, Catalina, por ser demasiado prosaico y comun, fué trocado por el de Arthénice, por el cual era tan generalmente conocida, que á la muerte de su hija, fué designada con él, por Fletelier, en su elocuente oracion fúnebre. (1) Esta insípida afectacien, que los franceses se complacen en atribuir á influencia italiana, se asemeja mucho al culteranismo español y al *concetti* de la nacion aludida; pero aún mucho más puede achacarse á los falsos principios de gusto que distinguió á la pléyade francesa del siglo XVI, y á las composiciones más antiguas de sus antecesores provenzales. Se escribieron tratados y diccionarios de este precioso lenguaje, deseando todos iniciarse en tan elegante ciencia; y áun hombres como Corneille y Bossuet, no se desdeñaban de frecuentar los salones en que se ponía en práctica. Las provincias, con ese espíritu de imitacion, más desarrollado en Francia que en otros paises, quisieron tener, al estilo de la capital, su asamblea de preciosas, y un gusto y una crítica falsa amenazaron viciar las fuentes puras y saludables de la literatura.

Contra estas viciadas tendencias dirigió Moliere sus tiros, en la pequeña sátira *Las preciosas ridículas*, en la que los criados de dos nobles, remedando las maneras y conversacion de sus amos, tratan de deslumbrar á dos jóvenes señoritas de provincia, grandes admiradoras del nuevo estilo; poniendo aún más en relieve el absurdo de aquella afectacion, con la despreciativa incredulidad del padre y el criado, que no comprenden una sola palabra.

De esta manera consiguió Moliere demostrar y rebajar estas necias pretensiones, indicando cuán opuestas eran al sentido comun, y qué fácilmente se prestaban al uso, áun de las imaginaciones más vulgares. El éxito

---

(1) ¿Cómo pudo La Harpe cometer el error de suponer que Fletelier se refiere con el nombre de Arthénice á Madame Montansier? El estilo del Obispo en este pasaje es tan claro como de costumbre.

fué el que debia esperarse del sentimiento popular, donde la naturaleza triunfa siempre sobre lo artificioso y afectado. La obra fué saludada con entusiastas aplausos, y los discípulos del *Hotel de Rambouillet*, que estaban, en su mayor parte, presentes en la primera representacion, vieron desbaratado de un golpe el hermoso edificio que habian construido tan penosamente. Ménage, dirigiéndose á Chapelain, le dijo:—«¿Es posible que hayamos admirado por tanto tiempo las locuras que acabamos de ver criticadas de una manera tan completa? Vamos á quemar nuestros ídolos.» Miéntras, un anciano le gritaba desde el parterre:«–Animo, Moliere; esta es la verdadera comedia.» En la segunda representacion se había duplicado el precio de los asientos.

No fueron los efectos de esta obra meramente transitorios; ella convirtió en defecto un epíteto de alabanza; y han servido, desde entónces, como signo del amaneramiento más ridículo, las frases «una mujer preciosa», «un estilo precioso», tan admiradas al principio.

Hubo, en verdad, tanta fortuna como mérito en este triunfo de Moliere, cuya produccion no presenta mejores diálogos, ni mayor ironía que algunas de sus obras posteriores. Sirvió, sin embargo, para revelarle sus propias fuerzas y la manera de satisfacer el gusto del público.

De aquí que él dijera:–«Ya que no tengo ocasion de estudiar á Plauto y á Terencio, estudiaré el mundo.» El mundo, pues, fué su estudio, y los buenos modelos que le proporcionó durarán lo que la sociedad exista.

En 1660, dió la *Escuela de los maridos*, su excelente comedia, y en el mismo mes *Los importunos*, en tres actos; compuesta, aprendida y ejecutada en una quincena; empresa que demuestra la destreza del empresario, no menor que la del autor. Esta pieza fué escrita por súplica de Fouquet, intendente de hacienda de Luis XIV, para las fiestas de Vaux, dadas por aquel ministro al monarca, siendo muy celebradas en las memorias de aquel tiempo, y aún con mayor elegancia por La Fontaine, en una epístola poética á su amigo De Maucroix. Fouquet se habia hecho cargo del departamento de Hacienda, bajo el Cardenal Mazarino, y habia continuado

en él al asumir el gobierno Luis XIV; pero alarmado el monarca con las crecientes pérdidas que sufrian las rentas, exigió del ministro un estado de ellas, comunicándolo secretamente á Colbert, rival y sucesor de Fouquet.

Este, cuyos gastos ordinarios no excedian á los de cualquier súbdito del reino, se dice que distribuía en pensiones más de cuatro millones de libras anuales, además de inmensas sumas perdidas en el juego, y malgastadas diariamente en sus excesos, pensando fácil tarea dirigir á un príncipe jóven y sin experiencia que se había mostrado hasta entónces más dedicado á los placeres que á los negocios. A consecuencia de esto dió al rey falsos informes, exagerando los gastos y disminuyendo las entradas. El descubrimiento de este fraude determinó al rey para aprovechar la primera oportunidad para destituir á su poderoso ministro. Esta ocasion, que precipitó y completó la ruina de aquél, fué el descubrimiento de un retrato de Mademoiselle La Valliere en las habitaciones del favorito. La indiscreta pasion por esta jóven, que con sus fascinadores encantos comenzaba á adquirir sobre el monarca el ascendiente que le ha dado tan infortunada celebridad, llevó al colmo la ira del rey, quien le hubiera mandado arrestar en el acto, á no ser por la oportuna intervencion de la reina madre, que le hizo observar que Fouquet era su huésped. Para las fiestas de Vaux, cuyo palacio y extensos domínios ocupaban el espacio de tres aldeas, y había costado á su dueño la suma, casi fabulosa para aquellos dias, de diez y ocho millones de libras, puso Fouquet en movimiento á las varias inteligencias de la capital; la destreza de sus artistas y la inventiva de sus mejores poetas. Principalmente pródigo se mostró en los preparativos de la parte dramática de la fiesta. Un instante abandonó Le Brun sus victorias de Alejandro, para pintar las decoraciones teatrales; Torelly trabajó en la maquinaria; Pellison compuso el prólogo, muy admirado en su tiempo, y Moliere su comedia *Le Facheux*.

Esta pieza, que parece había sido inspirada por la sá-

tira novena de Horacio, es una entretenida pintura de los varios contratiempos que ocurren en la sociedad, causando las mayores molestias con su intervencion á un jóven amante, que se apresura á concurrir á la cita de su dama.

Despues de la funcion, viendo Luis XIV cerca de él á Mr. Soyecour, su montero mayor, casi siempre notable por su ausencia y desmedidamente entregado á los placeres de la caza, se lo mostró á Moliere como un tipo original olvidado en su cuadro. Al siguiente dia, el poeta, apoderándose de la idea, compuso una excelente escena, en que hace hablar al Nemrod, con todo el tecnicismo del arte; pues la noche antes había intrincado conversacion con el montero, con el objeto indicado, instruyendo él mismo con gran complacencia al malicioso escritor.

Esta comedia dió orígen á la *comedia ballet*, tan popular despues en Francia. Desde esta fecha se puso Moliere en más íntimo contacto con la corte y el rey, que desde entónces le dispensó su proteccion; lo que le sirvió para triunfar en muchas ocasiones de la maldad de sus enemigos. Algunos dias despues de las magníficas fiestas de Vaux, fué llevado Fouquet á una prision, donde debía terminar el resto de sus dias, «lleno de la más sincera piedad», (1) segun dice el historiador de quien tomamos estos detalles, y como ha acontecido con otras muchas personas en Francia, cuando han tenido la desgracia de sobrevivir á su fortuna ó á su belleza.

En Febrero de 1662 entabló Moliere relaciones matrimoniales con una jóven actriz de su compañía que había sido educada bajo su direccion, Mademoiselle Bejart, cautivando con sus atractivos y su ingenio el corazon del poeta, aunque ocasionándole crecidos disgustos en el resto de sus dias. La perniciosa influencia de la sociedad en que había sido educada y de la que él mismo era miembro, no siempre inmaculado, era lo bastante para que no se lisonjeara de verla permanecer

(1) Historia de la vida, &, de La Fontaine, por Mr. Valckenaer, París, 1824.

intachable, aunque la desigualdad de edades, pues solo contaba diez y siete años, era obstáculo suficiente para esta union.

En su excelente comedia la *Escuela de las mujeres*, ejecutada aquel mismo año, se desarrolla la trama sobre el absurdo de un viejo que educa á una jóven, con el designio de hacerla su esposa más adelante; pero tan sábio plan es destruido en un instante con la intempestiva oposicion de un amante doncel. La semejanza de esta moral con la situacion del poeta, demuestra que es más fácil hablar que proceder con sabiduría.

Algunos de su oficio, envidiosos de su extraordinario éxito, y los *petit maitres* que aún se resentian de los golpes que les había infligido en alguna de sus primeras composiciones, promovieron una tempestad de sátiras, parodias y áun acusaciones sobre la cabeza del autor, á la representacion de su obra, que obtuvo gran popularidad.

Uno de los últimos, encolerizado la noche del estreno con los aplausos que se tributaban á la pieza, exclamó:—«¡Reiros, pues, reiros!», abandonando el teatro inmediatamente.

No tardó en vengarse Moliere, ridiculizando con extremada acritud y trayendo á colacion los ataques de que había sido objeto su obra, por medio de una piececita titulada la *Crítica de la escuela de las mujeres.* Daban motivo á la crítica, que se refería principalmente al lenguaje, algunas frases familiares como *Tartré á la créme*; *etc.*, ofendiendo el gusto de los puristas de aquellos dias, y rechazadas como indignas de la comedia desde aquella época, por Voltaire y la Harpe, con el espíritu gravemente afectado de la crítica francesa. Uno de los personajes de la *Crítica*, es un marqués que no tenía otra respuesta á las preguntas que se le hacian respecto á sus objeciones á la comedia, que el eterno *Tartré á la créme.* Se suponía generalmente que el original era el duque de Feuillade, necio de reducido cerebro, pero de grandes pretensiones. No pudiendo discutir con su antagonista, recurrió el noble á un medio ménos delicado para vengarse. Encontrando

un dia á Moliere en la galería de Versalles, se adelantó como si fuera á abrazarle, cortesía que los grandes señores de aquel tiempo solian conceder á sus inferiores. Mas cuando el inadvertido poeta se inclinaba para recibir el saludo, tomóle el duque la cabeza entre las manos, frotándola rápidamente contra los botones de su traje, repitiendo al mismo tiempo:—*Tartré á la créme, monsieur, Tartré á la créme.* Altamente indignado el rey, al tener conocimiento de esta afrenta, reprendió al duque con aspereza; al mismo tiempo animó á Moliere á defenderse con sus armas, de cuyo privilegio se aprovechó prontamente en una pequeña y cáustica sátira en nn acto, titulada: *Impronptu de Versailles.* Dice él en esta pieza: «El marqués es ahora el gracioso de la comedia, pues así como nuestros antecesores introducían siempre un bufon para divertir al auditorio, así debemos nosotros tener en recurso algun ridícnlo marqués que mantenga su buen bumor.»

Claramente se vé que nunca hubiera podido Moliere sostenerse en tan independiente actitud, á no haber sido protegido por el favor real. Constante, ciertamente, fué Luis XIV en concederle su proteccion; y cuando poco despues de este período mancillaban la reputacion de Moliere las acusaciones más viles, demostró públicamente la conviccion que tenía de su inocencia, asistiendo como padrino al bautizo de su hijo: tributo de consideracion tan honroso para el principe como para el poeta. Concedióle además una pension de mil libras anuales, y otra de siete mil á su compañía, que desde entónces tomó el título de «Actores del rey.» Recibia nuestro autor su pension como uno de los que formaban la larga lista de escritores que experimentaban igual munificencia de la mano real. La curiosa apreciacion que luce en este documento, acerca de los méritos relativos de estos literatos pensionados, ofrece la sorprendente verdad de que no siempre la posteridad acata los fallos de los contemporáneos. Allí se menciona al anticuado Chapelain, «como el más grande poeta francés que haya existido,» por lo cual ascendía su pension á tres mil libras, y no se registra el nombre de Boileau,

cuyas sátiras le han asegurado una existencia imperecedera! Sin embargo, descansando en la autoridad de Boileau, debe añadirse que Chapelain mismo era el que principalmente proporcionaba al ministro esta dudosa escala del mérito.

En el mes de Setiembre de 1665, Moliere produjo *L' amour medecin, comedie ballet*, en tres actos, que solo en cinco dias llevó á cabo desde el momento de su concepcion al de su ejecucion. Esta pieza, aunque desplega, como de ordinario, su talento cáustico, es notable porque presenta la primera demostracion de aquellos ataques directos sobre la facultad médica, que sostuvo á intervalos el resto de sus dias, y con cuyo sentimiento puede decirse que murió. En esto siguió el ejemplo de Montaigne, quien dedica en su obra uno de sus más largos capítulos contra la profesion, sostenido con todo el ingenio de su imaginacion y su acostumbrado caudal de ilustracion. Y despues fué tambien imitado Moliere en este particular, por Le Sage, como pueden recordar fácilmente los lectores de *Gil Blas*. Sin embargo, Montaigne y Le Sage, como otros muchos impugnadores de la medicina, no se desdeñaron de recurrir á ella en momentos decisivos, lo que no sucedió con Moliere. Y de tal manera aparecen libres de afectacion sus sátiras, que, aunque habitualmente lleno de achaques, no recurría á otro medio para restablecer su salud, que á la observancia de régimen.—¿Qué haceis de vuestro médico? le preguntó el rey un dia.—Sire, dijo el poeta, charlamos juntos; él me hace sus prescripciones, yo no las sigo jamás, y así me restablezco.

El estado de la profesion en aquellos dias, hace la apología de su conducta, pues los indivíduos del arte trataban de disfrazar, bajo un exterior pomposo, su profunda ignorancia de los verdaderos principios de la ciencia, y aunque conseguian deslumbrar al vulgo, solo merecian el descrédito de la porcion inteligente. Se describe á los doctores de aquel tiempo, recorriendo sobre mulas las calles de Paris, vestidos con largas capas y conversando en mal latin, ó si acaso se dignaban emplear el idioma nativo, lo hacian mezclando de tal

manera las frases escolásticas y los términos científicos, que eran de todo punto incomprensibles al vulgo.

Las siguientes líneas, citadas por Mr. Tascherau, fueron escritas en aquella época y marcan muchas de estas peculiaridades:

«Affecter un air pédantesque,
Cracher du Grec et du Latin,
Longue perruque, habit grotesque,
De la fourme, et du satin,
Tout cela réuni fait presue
Ce qu'on appelle un medecin.»

Añádase á estos absurdos, que los médicos de aquel tiempo se exponian á mayor escarnio por la divergencia de opiniones y la tenacídad con que las sostenian. La famosa consulta del Cardenal Mazarino, fué bieu conocida en su dia. Cnatro doctores le asistian y cada uno de ellos colocaba en un órgano distinto el orígen de su mal. Por lo tanto, bien se excusan las censuras y sarcasmos que lanzó Moliere contra los empíricos, en una profesion donde los engaños son tan fáciles de cometerse, tan difíciles de enmendar, y la úuica en que son irremediables. Consecuencia de estas criticas fué la reforma que en las maneras, si nó en algo más, se efectuó en su época. Gradualmente fueron adoptando el traje y el lenguaje popular, dando así un paso notable de adelanto, puesto que nada cubre de una manera más eficaz hácia el vulgo, el empirismo y la ignorancia, que el uso afectado de frases sábias y de términos técnicos,

Hemos llegado al período en que Moliere compuso su *Misántropo*, que algunos críticos consideran su obra maestra, y que todos admiran como una de las más hermosas producciones del drama moderno. Su ejecucion literaria, punto de gran importancia para un crítico francés, es más acabada que ninguna otra de las piezas de Molieré; exceptuando el *Tartufo*, y sus diálogos despliegan una maduréz de pensamientos iguales á los de las mejores sátiras de Boileau. El tono didáctico de la comedia, unido á la falta de animacion y calor

hicieron que fuera ménos popular que algunas de sus inferiores piezas. Digna de notarse es la circunstancia que tuvo lugar la noche del estreno. Bien sabido es que en la segunda escena del primer acto aparece un elegante solicitando la franca opinion de Alcestes, sosobre un soneto hechura suya, aunque á los cinco minutos se enfurece contra él, porque el juicio es desfavorable. Fué compuesto este soneto por Moliere, de una manera tan artificiosa y haciendo resaltar aquellos puntos más agradables á los oidos del público, que el auditorio satisfecho y creyendo en la buena fé de la ejecucion, demostró su satisfaccion de la manera más calurosa. Cuán grande, pues, fué su mortificacion al oir á Alcestes condenarlo como una puerilidad y exponer los falsos principios en que se habia formado. Por consiguiente, esta leccion debia tener más peso que un volúmen de disertaciones sobre los principios del verdadero gusto.

Rosseau ha reprochado amargamente á Moliere el haber expuesto al ridículo el héroe del *Misántropo*, siendo un carácter estimable y elevado. Se suponia al Duque de Montansier conocido por su austera virtud, como original de este tipo. Resentido el Duque, asistió á una de las representaciones, mas al retornar á su casa, dijo «que apénas se atreveria á lisonjearse de que el poeta le hiciera tan gran honor.» Este hecho relatado por La Harpe, es la mejor réplica á las acusaciones de Rosseau. Las relaciones que sostenia Moliere, con su esposa, á la aparicion de esta comedia, daba á la representacion un penoso interés. La prodigalidad y ligereza de esta dama que habia traspasado los límites que la complacencia de un marido francés concedia en aquellos dias, afectaron profundamente la felicidad del poeta. Tratando un dia de este asunto con su amigo Chapelle, aconsejóle aquel que la confinara, recurso muy en boga entónces para someter á las esposas contumaces, y más galante, si nó más eficáz, que la «flagelacion moderna» autorizada por las leyes inglesas. Y haciéndole ver la locura de ser por más tiempo el juguete de sus caprichos, contestóle el infortunado poeta:—«¡Ah, nunca ha,

beis amado!» Sin embargo, se hizo entre ambos un convenio, por el cual se estipuló que aunque habitarian la misma casa, no se verian sino en el teatro. Los respectivos papeles que ejecutaban en la comedia correspondian á sus propias situaciones. El de Célinène, caprichosa y fascinadora coqueta, insensible á los razonamientos de su amante y ocupada en su egoismo de satisfacer sus deseos, y Alcestes, convencido de la dobléz de su amada y de la indignidad de su propia pasion, la que vanamente espera extinguir; en fin, las coincidencias todas son demasiado adecuadas para ser casuales.

Si en sus precedentes piezas batió Moliere los absurdos y locuras de la época, en el *Tartufo* se dirigió contra el más odioso de todos los vicios; la hipocresía religiosa. El resultado probó que habia dado en el blanco. Los tres primeros actos, que eran los únicos entónces, aparecieron en las memorables fiestas de *Los placeres de la isla encantada*, dadas por Luis XIV, en Versailles, en 1664, y de los cuales puede encontrarse una circunstanciada narracion en el capítulo XXV de la historia de aquel monarca, por Voltaire. El estreno de esta inimitable comedia, es la única circunstancia que les da valor ante la posteridad. Luis XIV, quien, no obstante los defectos de su educacion, tenía un verdadero conocimiento de las bellezas literarias, supo apreciar completamente los méritos de la produccion. Pero los *tartufos* presentes al estreno, profundamente molestados por los sarcasmos del autor, como los buhos cuyas guaridas se ven inundadas de luz, alzaron contra él temibles clamores, hasta que Luis XIV, cuya tibieza religiosa en nada disminuia su solicitud por los intereses de la iglesia, los satisfizo, prohibiendo que se ejecutara la obra públicamente. Sin embargo, fué representada en privado, en presencia de Monsieur, y despues ante el gran Condé. Algunas copias de ella circularon fervorosamente en las sociedades de Paris, y aunque el voto unánime era una compensacion poco productiva que no indemnizaba al autor de sus pérdidas, era suficiente para activar el falso celo de los que bajo la máscara de la piedad le atacaban con las más groseras

calumnias. Hubo quien pidiera al rey, que hiciera de él un escarmiento público por medio de la hoguera; otro declaró que sería una ofensa á la Divinidad el permitir á Moliere, despues de tal enormidad, «ser admitido en confesion, participar de los sacramentos, y áun penetrar en los templos, considerando los anatemas que se habian fulminado contra los autores de espectáculos indecorosos y sacrílegos!» Poco despues de su prohibicion, asistió el rey á la ejecucion de una pieza titulada *Scaramouche hermite*, que abundaba en pasajes groseros y profanos. Al retirarse dijo, dirigiéndose al príncipe de Condé:—¿"Por qué razon, las personas tan escandalizadas de la comedia de Moliere, no se ofenden con ésta"?—"Porque, contestóle el príncipe, la última, sólo ataca á la religion, miéntras que la primera los ataca á ellos.» Esta respuesta hace recordar una de cierta observacion de Bayle con referencia al Decameron; que habiendo sido puesto en el *Index* á consecuencia de su inmoralidad, se permitió, sin embargo, que se publicara en una edicion que trocaba en nombres laicos los nombres de los eclesiásticos; y «esta correccion, dice el filósofo, demuestra que los sacerdotes se ocupaban más de los intereses de su orden que de los del cielo.»

Convencido al fin, Luis XIV de los interesados móviles de los enemigos del *Tartufo*, cedió á las exigencias del público y revocó la prohibicion. En consecuencia y aumentada, en cinco actos, fué representada por primera vez en público y ante un auditorio inmenso, en Agosto de 1667, aunque alterando el nombre de la comedia, el de algunos personajes y varios pasajes de los más marcados. Se llamó entónces *El Impostor y su héroe Panulfo.*

Mas la noche de la segunda representacion, llegó una órden del Presidente del Parlamento, impidiendo la continuacion de las representaciones, y como el rey había dejado á Paris, para reunirse con su ejército en Flandes, no pudo obtenerse inmediato remedio. Hasta dos años más tarde, en 1669, y en su forma presente, no pudo libremente representarse el *Tartufo* sin ulteriores molestias. Es innecesario añadir que obtuvo el éxito

más brillante que pudo haber deseado su autor, y que merecía no solo por su mérito intrínseco, sino por las injustas persecuciones que había sobrellevado. Cuarenta y cuatro representaciones sucesivas fueron apenas suficientes á satisfacer la creciente curiosidad del público, y su compañía agradecida; forzó á admitir á Molière doble porcion de los beneficios que produjera cada repeticion durante su vida. La posteridad ha confirmado el juicio de sus contemporáneos, y es hoy la comedia más admirada del teatro francés y lo será, dice un crítico de aquella nacion: «miéntras el gusto y los hipócritas existan en Francia.» Hemos sido tan minuciosos en la relacion de estos sucesos, porque presenta uno de los ejemplos más interesantes que se mencionan, entre las inmerecidas persecuciones que haya sufrido un ercritor, debidas á la envidia y al espíritu de partido. Ninguna de las producciones de Moliére se señala por más directo sentimiento moral, ninguna ha arrancado la máscara del vicio con más intrépida mano, ni animado sus discursos con más ardor y piedad. Y haciendo justicia al clero francés de aquel tiempo, debe añadirse que los prelados más eminentes de la corte, reconocían el mérito de la obra y favorecían las representaciones.

La divertida escena del primer acto, en que *Dorine* pondera con tanta elocuencia la conducta del *Tartufo*, durante la ausencia del dueño de la casa, se sabe generalmente que fué inspirada á Moliere por una circunstanciá que tuvo efecto en la mesa de Luis XIV, algunos años antes, cuando lo acompañó á Lorena en calidad de ayuda de cámara. Un dia, á la sazon que el rey cenaba, era durante la cuaresma, entró Perefixe, obispo de Rhodez, é invitado por el rey, se excusó pretextando que sólo hacía una comida los dias de vigilia y ayuno. Viendo el rey sonreir á uno de sus servidores, le preguntó el motivo, tan pronto como se retiró el prelado. Contestóle aquél á su amo que no debía preocuparse por la salud del buen obispo, porque le había acompañado él mismo á la comida aquel dia, especificándole la lista de platos que se habían servido. El rey, que escuchaba con graciosa gravedad la historia, lanzó la exclamacion de

«¡pobre hombre!» y variando luego él tono á cada nueva enumeracion, llegó á dar á su acento el efecto más cómico. Aprovechó el chiste nuestro poeta, y con mayor efecto, hace uso de la misma exclamacion en la escena mencionada. Y si hemos de creer á M. Tascherau, el rey, que no había reconocido el orígen de ella, se sintió lisonjeado de asociarse, aunque de una manera incidental, con la obra de un hombre de genio.

En 1668, produjo Moliere *El Avaro*, y al año siguiente el *Bourgeois gentilhomme*, en que expone y ridiculiza, de una manera completa, la necedad de las alianzas desiguales. Esta fué representada primeramante en Chambord, en presencia de la Corte, y durante la ejecucion conservó el rey un semblante impenetrable que hacía dudoso conocer la opinion qce de ella había formado. La misma conducta observó toda la noche respecto del autor, que estaba de servicio como ayuda de cámara. Los penetrantes cortesanos, los condes y marqueses que con tanta frecuencia habían sentido los golpes del autor, creyeron comprender la desaprobacion real, y altamente le condenaron; y cierto duque afirmó con atrevimiento, «que él corría apresuradamente á la decrepitud, y que á ménos que apareciera un escritor más notable, la comedia francesa degeneraría en la farsa italiana.» Despojado de todo consuelo, el infortunado poeta, pasó en un estado angustioso los cinco dias que precedían á la segunda representacion. Mas al colver de ella, el monarca le aseguró que ninguna de sus producciones le había proporcionado mayor placer, y que si había tardado en darle su opinion, era por el temor de que hubiera influido en su juicio la excelencia de la ejecucion. Como quiera que pensemos acerca de esta muestra del capricho real, debemos admirar la flexibilidnd de los cortesanos, que inmediatamente expresaron su conviccion acerca de las merecimientos de la comedia, y el duque mencionado añadió «que habia cierta *vis cómica* en todo lo que salía de la pluma de Moliere, que no encontraba paralelo en los antiguos!» ¡Qué exquisitos estudios no proporcionaría á Moliere esta preciosa asamblea! Ya hemos observado que la profesion de artista

era muy poco estimada en Francia en aquel período, y Moliere experimentó las consecuencias derivadas de estas circunstancias, áun despues que sus expléndidos trabajos literarios le concedían justos derechos á la consideracion.

Sin duda conocen nuestros lectores la anécdota de Belloc, agradable poeta de la Corte, que al oir á un criado de la servidumbre real rehusar su ayuda al autor del *Tartufo*, para hacerle la cama al rey, se ofreció cortésmente al poeta para que «aceptara sus servicios.» Bien conocida es tambien la anécdota de Madama Campan que refiere una cortesía igual de parte de Luis XIV, cuando rehusando algunos servidores sentarse á la mesa con el actor, bondadosamente le invitó á acompañarle, y llamando á sus principales cortesanos, les dijo: que él había solicitado de Moliere la satisfaccion de su compañía, ya que no bastante buena para sus servidores. Esta leccion hizo el efecto débido. Por humillante que sea la reflexion de que siempre tuvo el génio necesidad de idéntica proteccion, es altamente honroso para el monarca que supo conferirla, sobreponiéndose á las preocupaciones de su época.

A causa de estas indignas preocupaciones, no pudo alcanzar Moliere, por mucho tiempo, la recompensa mayor que puede ambicionar un escritor francés: un sitio en la Academia. Cuando el autor del *Tartufo* y del *Misántropo* había contribuido á purificar y adelantar el idioma, más que ninguno de los miembros de esta corporacion, ocupada en velar por el lenguaje y literatura patria. Al fin, teniendo en cuenta su mérito, le ofrecieron un lugar en ella, siempre que renunciara, á la profesion de actor, reduciéndose á sus tareas literarias; pero él replicó á su amigo Boileau, que le participaba esta comunicacion, «que muchos individuos de su compañía dependían de la ayuda de su trabajo artístico, para qne pudiera pensar en ello. Respuesta infinitamente más provechosa para su memoria, que todos los honores que hubiera podido concederle la Academia. Un siglo despues de su muerte decretó la ilustre corporacion el único estéril tributo que podía concederle: un

elogio y la admision de su busto en su recinto, con la siguiente inscripcion:

«Nada falta á su gloria; él faltaba para la nuestra.»

Al ver como la mayor parte de los académicos contemporáneos de Mcliere, descansan en dulce olvido, ó viven solamente en los escritos de Boileau, como Cotin y Chapelaiu, se comprende cómo no estriba en el poder de las academias el conferir la inmortalidad á un escritor ó privarlo de ella.

No hemos tenido tiempo de mencionar su excelente comedia *Les Femmes savantes* y otras piezas inferiores, escritas en un período más avanzado de su vida, pues debemos apresurarnos á concluir. Largo tiempo hacía que sufría una afeccion pulmonar y solo por medio de un severo régimen, le era dado gozar un mediano estado de salud. A principios de 1673 aumentó su enfermedad de una manera sensible. A la sazon compuso su *Malade Imaginaire*, la más festiva y quizás la más entretenida de sus producciones contra la facultad. Al ver sus amigos los progresos del mal, trataron de persuadirle que se abstuviera de aparecer el día de la cuarta representacion, 17 de Febrero; pero él persistió, respondiendo: «que el alimento diario de más de cincuenta pobres indivíduos dependía de la ejecucion.» Así sacrificó su vida en áras de su natural bondad. Los esfuerzos que se veía precisado á hacer en la parte principal de *Argan*, agravaron su mal, y al repetir la palabra *juro*, en la escena final, fué acometido por una convulsion, que en vano trataba de disimular ante los espectadores por medio de una forzada sonrisa. Inmediatamente fué conducido á su casa, calle de Richelieu ahora, número 34. A su llegada, una violenta tos produjo la ruptura de una arteria, y viendo próximo su fin, envió por dos eclesiásticos de la parróquia de San Eustaquio, á la cual pertenecía, para que se le prodigaran los últimos servicios de la religion. Pero le rehusaban sus socorros espirituales tan dignos indivíduos, y ántes que llegara un tercero que se había mandado á buscar, espiró Mo-

liere, sofocado por la hemorragia, entre los brazos de su familia. Y como había tenido la desgracia de morir sin recibir los sacramentos, y á causa de ser cómico, se prohibieron las ceremonias de enterramiento, por el arzobispo de París, en aquel tiempo, Harlay de Champrolon. Este prelado se hizo notable por su escandalosa conducta, aún en las crónicas de aquellos días. De él dijo Mdme. Sevigné en una de sus cartas: «Dos cosas difíciles hay para el que se haga cargo de su oracion fúnebre: su vida y su muerte.» El padre Gaillard, quien al fin consintió en hacerse cargo, lo hizo con la condicion de que no hablaría del carácter del finado. Las instancias de Luis XIV hicieron que dicho arzobispo revocase la órden, aunque privadamente instruyó al cura de San Eustaquio, para que no se recitara el servicio de difuntos en el entierro. Y el día señalado para ello, se reunió el populacho ante la puerta del difunto poeta, determinado á oponerse á él. «Solamente sabían ellos, dice Voltaire, que era un cómico, y no que era un filósofo y un grande hombre.» Quizás con mayor probabilidad fueron reunidos por los *tartufos*, sus irreconciliables enemigos. La viuda del poeta aplacó á estos miserables arrojándoles dinero por la ventana. Por la noche fué escoltado el cadáver por cerca de cien individuos, íntimos amigos y conocidos que habían sido del poeta, y depositado tranquilamente en el cementerio de San José, sin los cánticos ordinarios ni servicios de ninguna especie. No fué así como acompañó París los restos de su célebre trágico Talma. Y, sin embargo, Talma era solo un actor, miéntras que Moliere, reunía á esto el ser el escritor cómico más eminente que ha producido la Francia. El grado de civilizacion que esta conducta del pueblo revela, es asunto digno de meditacion, agradable sin duda para los filántropos.

En el año de 1792, en aquel memorable período en que la Francia mezclaba su afectada veneracion por los muertos con la persecucion de los vivos, resolvieron los parisienses exhumar los restos de La Fontaine y Moliere, para trasladarlos á un lugar más honroso. De estas removidas reliquias puede decirse que parte de

ellas no pertenecían á La Fontaine y ninguna probablemente á Moliere. A quien quiera que pertenecieran, no recibieron los honores por los cuales fué turbado su reposo. Con la inconstancia propia de la época, fueron vergonzosamente trasladadas de un punto á otro, ú olvidadas durante siete años, hasta que el patriótico conservador de los *Monumens Français* las obtuvo para su coleccion, en los *Petit Augustins.*

Al suprimirse la Orden en 1817, las supuestas cenizas de los dos poetas fueron trasladadas por última vez al espacioso cementerio del *Pere la Chaise*, donde marca la tumba del autor del *Tartufo*, una inscripcion en latin; mas para completar lo extraordinario de los hechos, en lo único que trata de mencionar princípalmente, comete un error, á saber, la edad del poeta y la época de su muerte.

Moliere murió poco despues de cumplidos los cincuenta y dos años. Era de estatura algo más pue mediana y bien proporcionado; de aguileñas facciones, trigueño y tan flexibles y espesas sus negras cejas, que daban á su fisonomía una expresion extremadamente cómica. Fué el mejor actor que tuvo su generacion. y la siguiente debió á sus consejos el célebre Baron. Desde *Alceste* á *Sganarelle*, todos sus caractéres los ejecutaba, aunque se adaptaba particularmente el género cómico. Componía con rapidez, por lo que le felicitó Boileau:

«Raro y sublime genio, cuya fecunda vena
Al escribir ignora el trabajo y la pena.»

Al revés en esto de Boileau y de Racine, á quien enseñó el primero, si hemos de dar crédito á su hijo, «el arte de rimar con dificultad.» Por consigniente, los versos de Moliere no tienen la correccion, ni el pulimento, de los de sus dos ilustres rivales.

En el corto espácio de los quince años compuso sus comedias, que ascienden á treinta. Acostumbraba leerlas á una vieja criada llamada La Foret, en cuyo claro discernimiento confiaba mucho. En una ocasion,

habiendo querido imponerle la produccion de otro autor, le contestó ella claramente que él nunca la había escrito. Quizás recordó Walter Scot esta costumbre de Moliere, cuando introdujo en sus *Cronicles of the Canongate* un caso parecido. Por la misma razon suplicaba nuestro poeta á los actores, que llevaran consigo á sus niños, cuando recitaba una obra nueva. Clara es la ventaja que presenta esta humilde crítica para las composiciones dramáticas. Alfieri, segun nos informa él mismo, no desdeñaba este medio.

Pocos bienes dejó Moliere al morir, aunque no bajaban de 25 ó 30 mil francos sus rentas, suma bastante respetable para aquellos días; pero los gastos de su esposa y su propia liberalidad lo explican todo. Daremos un ejemplo muy oportuno y digno de mencionarse. Cuando Racine fué á París como un jóven aventurero, presentó á Moliere un ejemplar de su primera é indigesta tragedia, largo tiempo hacía sepultado en el olvido. El último discernió en ella, en medio de todas sus imperfecciones, el fuego latente del génio dramático, y animó á su autor, haciéndole el presente de cien luises. No lo hizo así Corneille, quien aconsejó al entónces futuro autor de *Phedre*, que abandonara la arena dramática y se dedícara del todo á la comedia. Racine recompensó este beneficio de su amigo, peleando con él en el último período de su vida.

Moliere era naturalmente de un caracter taciturno y reservado, hasta el punto de que su amigo Boileau acostumbraba llamarle el *Contemplateur*. Las personas extrañas que esperaban encontrar y reconocer en su conversacion las manifestaciones del genio que distinguían á sus dramas, quedaban chasqueadas. Lo mismo se refiere de La Fontaine. La verdad es que Moliere entró en la sociedad como un espectador, no como actor: encontró en ella é hizo el estudio de los caractéres que había de trasladar á la escena, y se ocupó en observarlos. El soñador La Fontaine vivió tambien con un mundo de su propia creacion. Su amiga Mdme. de la Sabliere le dirigió este cumplimiento intraducible: «*En verité, moncher La Fontaine, vous seriez bien béte si*

vous n' avez pas tant de' esprit.» (1) Estos estemporáneos ensueños, como puede imaginarse, le causaron muchos chistosos lances. Igual apatía dicen que distinguía al gran Corneille; por cuya razon, un caballero, durante seis meses estuvo comiendo en la misma mesa que él, sin sospechar que fuera el autor del *Cid*,

La reputacion literaria de Moliere y sus bellas dotes personales, le pusieron en contacto con las principales inteligencias de la edad de oro en que vivió: pero principalmente con Boileau, La Fontaine y Racine; y las frecuentes y confidenciales reuniones de estas vastas inteligencias, nos recuerdan las de *Mermaid's*, *Waille' Coffs house and Button*, que tan bello cuadro forman en los anales de la literatura inglesa. Cuando alguno de ellos cometía un error gramatical, se le imponía el leer quince ó veinte versos del poemá de Chapelain, entónces en el áura de la popularidad, «tóda una página, dice Luis Racine, era sentencia de muerte.» La Fontaine, describe con tierno sentimiento en su *Psiché* el recuerdo de estas felices reuniones, «donde, discutiendo sobre literatura, ó los indivíduos trataban ligeramente de todo, como las abejas, volando de una en otra flor. Criticando las obras de los otros sin envidia y con franqueza, cuando se incurria en los defectos y vicios de la época.» ¡Ah! disolverse por pequeñeces propias de los hombres comunes, tan selectas inteligencias, destinadas á vivir unidas á través de los tiempos!

Se hace frecuente mencion en estas tertulias, de Chapelle, el amigo más íntimo de Moliere, que hacía las delicias de ellos con su conversacion amena y modales afables. Sus agradables versos aún se léen con placer en nuestros dias. Sin embargo, solía dejarse llevar demasiado de los placeres, lo que le valía repetidas aunque infructuosas amonestaciones de sus amigos. En una de estas ocasiones, en que le hacía ver Boileau su debilidad y sus inevitables resultados, Chapelle, que recibía con gran contricion la reprimenda, invitó á su Mentor

---

(1) En verdad, querido La Fontaine, vos seríais muy bestia si no tuviérais tanto talento.

á dejar la calle en que se paseaban, para entrar en un meson vecino, donde podrian hablar del asunto con más libertad. Se pidió vino, y en el calor de la discusion sucedió una segunda botella, y á éste una tercera, hasta que al fin ámbos se hallaron en condicion de aplazar el sermon para ocasion más oportuna.

Tambien tuvo Moliere la más estrecha amistad con el gran Condé, una de las glorias de la córte de Luis XIV, y, por mandato suyo, no se rehusaba recibirle á ninguna hora en que llegara á visitarlo. El afecto que sentía por el poeta, lo revela la observacion, más franca que cortés, dirigida á un abate amigo suyo, que le traía un epitafio que había compuesto en la muerte de aquel. «¡Pluguiera al cielo, dijo el príncipe, que estuviera él en estado de hacer el vuestro!»

Hemos traspasado ya los límites que nos habiamos fijado al hacer un extracto de los trabajos literaríos de Moliere, y de las más interesantes anécdotas de su biografía. Sin emprender, por lo tanto, una crítica de sus escritos, de la cual no tiene necesidad el público, concluirémos con algunas breves reflexiones acerca de la influencia probable de ellos y la idea del autor al producirlos.

Los críticos franceses más distinguidos, con la alta parcialidad en favor de su nacion, tan natural y tan universal, colocan á Moliere, de comun acuerdo, á la cabeza de sus escritores cómicos, reclamando para él la preeminencia sobre los de todas épocas y naciones. Un juez muy competente en estas materias, A. W. Schlegel. le ha descendido, por otra parte, de la comedia elevada para designarlo como escritor «de farsas bufonas, á lo que parecía prestarse principalmente su inclinacion y su genio.» Añadiendo, además, «que sus caractéres no son copias de la naturaleza, sino del esterior superficial y ligero de la vida elegante.» Hé aquí una dura sentencia acomodada á la poderosa exposicion de la teoría peculiar que profesa en su obra el escritor aleman, y que, aunque razonable en sus principios, lo conduce á una admiracion exagerada de los modelos románticos que él prefiere, con detrimento de la escue-

la clásica que abomina. Con respecto á esta sentencia, muchos eminentes críticos de su país, que sostienen en principio su teoría, se han tomado la libertad de no admitirla.

Verdad es que gran parte de las piezas de Moliere están concebidas de una manera vulgar y grotesca, más propias del sainete que de la comedia, que abundan en ellas las situaciones forzadas, las caricaturas y los intrigantes y solapados criados de Plauto y de Terencio; presentando el conjunto de irritabilidad y sencillez, de agudeza y credulidad que forman los hombres simples de Aristofanes; pere es absolutamente increible que prefiera ésto á los senderos más elevados del arte, un escritor que se distinguía por su reflexion profunda, su gusto puro y sus observaciones tan exactas de los caractéres. El mismo ha hecho su justificacion en la defensa que dirigió á uno que lo atacaba en el mismo terreno. Hé aquí dos palabras que le atribuye el biógrafo contemporáneo: «Si escribiera solamente para adquirir gloria, lo haría de una manera distinta; pero lo hago por sostener mi compañía. Por lo tanto, me dirijo al gusto de la muchedumbre, y nó á unas cuantas personas ilustradas, y la multitud gusta poco de la contínua elevacion en el sentimiento y el estilo.» No hay, acaso, una de estas piezas de Moliere, á pésar de sus palpables absurdos é imperfecciones, que no muestre rasgos de carácter y felices expresiones que por su verdad han llegado á hacerse proverbiales.

Tocante á la objecion de que sus tipos no son tomados de la naturaleza, sino de las costumbres locales de la época, porque no se agitan con los posiones profundas, que absorben el alma toda y que, por su intensidad tienen una importancia más bien trágica que cómica, si no son más bien copias de las debilidades y locuras de la vida ordinaria: concedido; pero, entónces, estas últimas tienen que ser tan permanentes, y entre las naciones civilizadas, como universales son las primeras. Y quién las ha mostrado con mayor libertad, ni más poderoso ridiculo que Moliere? El amor bajo mil circunstancias, sus querellas y sus reconciliaciones, la vanidad,

persiguiendo humildemente á la admiracion bajo el disfraz de la modestia, las contradicciones burlescas entre la profesion y la práctica, el cuidado con que los servidores imitan, no las virtudes, sino las necedades de sus superiores, la afectacion de la moda, de la ciencia y del gusto; el *espíritu de corporacion* que nos inspira un exaltado respeto por nuestra profesion y un soberano desprecio hácia las otras; el amistoso consejero que acecha sus intereses; el autor que solicita vuestra franca opinion y os riñe cuando se la habeis dado; el amigo justo que bondadosamente sacrifica nuestra reputacion por un chiste; y el hipócrita bajo todos aspectos; todo esto, forma el variado y prismático panorama que Moliére trasladó á sus cuadros y, aunque tomados la mayor parte de la alta sociedad, durarán mientras que la sociedad los posea.

Poseía Moliére todas las cualidades esenciales para sobresalir en la comedia: el gusto puro, el conocimiento exacto del ridículo, el tono escogido de los diálogos y una imaginacion libre y chispeante como la de Congreve, sólo que, en vez de agotarse en arranques de jovialidád, se inspiraba en un sentimiento moral ó filosófico. Este plan didáctico ha sido considerado tan incompatible con el espíritu del drama, como propio de la sátira; pero á él debió Moliere su influencia sobre la literatura y la opinion de su propia generacion, hasta un grado que no ha obtenido entre los modernos ningun escritor dramático.

El fué el primèro que estirpó entre sus compatriotas el gusto por las hipérboles y pueriles conceptos de las farsas antiguas, instruyéndoles en la máxima que Boileau ha condensado en su memorable verso:

«Nada es tan bello, como lo que es natural.»

Hemos hablado ya de la reforma que efectuó una de sus primeras piezas en los admiradores del *Hotel de Rambouillet* y de sus absurdos; y cuando los tertulianos del hotel se organizaron bajo un pié científico, á la manera del que habían sostenido en literatura, de nuevo los

destrozó su poderosa sátira en una pieza titulada *Les Femmes Savantes*. No recordamos ninguna resolucion semejante efectuada por solo un esfuerzo del génio á no ser la originada por el *Boviad* and Mæviad; pero el enemigo de Mr. Gifford, en la escuela Della-Cruseau, era muy pequeño, en comparacion del formidable, por su inteligencia y rango, que Moliere atacaba. En lugar oportuno hemos mencionado la influencia que tuvieron sus escritos sobre las doctrinas de aquel tiempo; haciéndoles abandonar, por medio del escarnio público á que merecidamente los exponía, su conducta afectada, su gerga técnica y otras ridiculeces entónces en boga.

De la misma manera castigó la pedantería, la lógica miserable, la intolerancia de los escolásticos, en sus chistosos diálogos entre el *Doctor Marppurius* y el *Doctor Pancrace*, que segun se dice, sirvieron para inutilizar los serios esfuerzos que hacía la Universidad, para obtener la confirmacion del decreto de 1624, en que estaba prohibida, bajo pena de muerte, la promulgacion de cualquiera opinion contraria á las doctrinas de Aristóteles.

Mucho despues, el *arrét burlesque* de su amigo Boileau, tuvo una parte principal en prevenir un decreto del Parlamento contra la filosofía de Descartes. Difícil es estimar la influencia de la sátira del poeta, sobre aquellas altas regiones, cuyas elevadas pretensiones y amaneramientos atacaba con hostilidad tan pertinaz. Si no los reformó. bien puede decirse que los privó de su prestigio é influencia, exponiéndolos al escarnio y algazara del público. Algunas veces, verdad es que muy raras, se dejó arrastrar al terreno de las personalidades, por conseguir su objeto.

A consecuencia de este plan didáctico prefijado por Moliere en sus comedias, es muy difícil establecer una comparacion entre ellas y las de nuestros dramáticos ingleses, ó más bien Shakespeare, considerado como su representante. El último no parece haber tenido otro objeto que el de recrear, segun le venia á las manos, alguna página del gran vólúmen de la naturaleza humana; se apoderaba de ella, sin tratar de acomodarla á ningun plan moral ó literario. El primero por el con-

trario, lo demuestra de una manera tan evidente, que llegó á dar á algunas de sus piezas la apariencia de sátiras, más bien que de comedias. El argumento ocupa el lugar de la accion, y el pró y el contra de la materia de ser discutidos con toda la formalidad de un tema escolástico. Esto hace disminuir el interés de algunas de sus mejores producciones, el *Misántropo* y *Les Femmes Savantes*, por ejemplo, que por esta razon parecen más propias para ser leidas que para la escena, y han dejado de ser favoritas del público desde hace largo tiempo. Esta falta de interés se aumenta con la esterilidad de accion que se nota en muchas de las comedias de Moliere, en las que parece no haber tenido otro propósito, al presentar sus damas y galanes en escena, que lucir su extraordinaria destreza en la conversacion. Diferente en esto al escritor inglés, cuya inventiva inagotable llena la escena de incidentes, que nos hacen seguir su curso con palpitante interés, aunque ofende de una manera dolorosa al amante de las unidades.

Obedeciendo, pues, á su plan general, Shakespeare nos presenta una perspectiva variada; el campo, la corte, y el cláustro, el bullicio de las ciudades populosas y la agreste soledad de las selvas, cuadros estos de una rica y romántica belleza que no están al alcance de su rival, espaciándose en la alegría sin limites de una imaginacion que Moliere no poseía. Mas en cambio éste observador atento del hombre en las sociedades más refinadas, en las córtes y en las populosas capitales, copia sus mejores rasgos con una precision que convierte sus bosquejos en verdaderos retratos; razonando además sus discursos con agudas alusiones y máximas de política mundana.

El genio de Shakespeare no se prestaba á esta declinacion escrupulosa, sino á los rasgos atrevidos; por esto más bien describe clasesque indivíduos. El toca la fuente de las más intensas pasiones; la temeridad de la ambicion, el encono de la venganza, la ternura profunda del amor, todo le suministra materiales para el drama, y esto hace que tengan algunas de sus producciones más admiradas, como el *Marchant of Venice* y *Measure*

for Measure, un colorido tan solemne que sólo los distingue de la tragedia su más afortunado fin. Moliere, al revés, excluye de sus obras cuidadosamente todo lo que puede disminuir su interés cómico; y cuando en raras ocasiones, como en el *Tartufo*, ataca el vicio en vez de los defectos, lo hace de una manera que lo expone al sarcasmo, más bien que á la indignacion del auditorio.

Pero cualesquiera que sean los méritos comparativos de estos grandes maestros, ámbos obtuvieron en su género un éxito completo. La comedia en manos de Shakespeare, nos muestra al hombre agitado, no sólo por las vanidades de la vida, sino conmovido por pasiones tumultuosas y profundas, y en situaciones que requieren toda la inventiva del poeta y toda su elocuencia y colorido para describirlas. Pero, si como se ha dicho, el objeto de la comedia no es otro «que corregir los defectos de la epoca, exponiéndolos al ridículo,» ¿quién ha igualado entónces á Moliere?

LA ABUELA.

Quisiera escribir estas líneas sobre una superficie límpida y azul como el cielo, con caractéres tan brillantes y diáfanos como la luz de las estrellas. ¡Ah! ¿por qué no me es dado tener por intérprete del pensamiento que ahora me ocupa, la paleta del artista, donde la luz se refleja con tan encantadores y múltiples matices?

El retrato de la abuela es siempre bello ornamento del hogar; y si podeis dirigir la mirada de la copia al original, de seguro que hallará vuestra imaginacion motivo de agradable entretenimiento, al juzgar la habilidad del pintor que ha trazado en el lienzo la noble y simpática figura.

La abuela es como el centro de un sistema planetario. Vedla rodeada de satélites. Exceptuando al pequeñuelo, que la madre sostiene en su regazo, los demás que componen la tierna prole cercan á la abuela, escuchando con ansiedad las interesantes historias que les relata, las cuales quedarán grabadas indeleblemente en la memoria del infantil auditorio, y formarán más tarde una parte del poema que tiene por nombre *Recuerdos de la infancia.*

Entre las narraciones de la abuela, y algunas son pintorescas tradiciones, ocupan un lugar preeminente

los cuentos de brujas. Tambien ella los escuchó en su niñez contados por su abuela, y á su vez lo trasmite á sus nietos, que lo harán conocer á otras generaciones. ¡Qué interminable cadena!

El efecto que los cuentos producen en los chicuelos es muy visible y diverso, segun el carácter de cada uno. Cuando hay, por ejemplo, un pasaje en que un honrado artesano ha sido arrebatado por las brujas que celebran una fiesta, presentándose de repente en su verdadera forma el *Espíritu Malo* que asistia disfrazado de gentil caballero, haciendo desaparecer con horrible estrépito el palacio y los concurrentes, la mayor excitacion reina en las filas. Miéntras uno pregunta é inquiere con afan los motivos del suceso, otro hace exclamaciones y conjeturas sobre la eficacia de algunos medios y conjuros, que hubieran impedido la catástrofe; verbi gracia, un escuadron de ángeles que salvaran al buen hombre, fulminando sus iras contra el diablo y las brujas; y otro, en fin, sin desplegar los lábios toma por asalto las rodillas de la abuela, y se acurruca entre sus brazos con el corazon palpitante.

Al ver la emocion de sus oyentes, la anciana trata de que el final sea tranquilizador, y con algunos rasgos de su cosecha pone término á las preguntas y exclamaciones, y al sobresalto del que entre sus brazos se adormece apaciblemente. Aquí podemos decir con el poeta:

«Y luego dormirán, y en leda tropa
Sobre su frente volarán ensueños.''

Al dia siguiente, ¡con qué impaciencia aguardan la noche para rogar á su abuela que les repita las mismas historias! y una noche tras otra las escuchan, hasta que familiarizados con ellas, desean oir una nueva. Entónces, aquella condescendiente amiga que ha recorrido todo su repertorio, añade á la cualidad de narradora la de creadora tambien; é inventa un lindo cuentecito, cuyos protagonistas son niños dóciles y buenos, que tienen por protectora una excelente anciana, que es la Vírgen.

¡Qué horas tan deliciosas son estas para las inocentes criaturas! Estimuladas por los buenos ejemplos, y deseosas de alcanzar la proteccion celeste, prometen á su abuela ser perfectas. Así bajo la dulce influencia de la abuela, comienzan á germinar sentimientos de aquellos sencillos corazones. Son las primeras lecciones morales; el alfabeto donde empiezan á conocer los principios y máximas que han de guiarlos en la vida. La madre coadyuva á la difícil tarea, haciendo respetable y venerada la autoridad de la abuela. Siempre que llega la ocasion, dice á los niños:—¿No recordais lo que os ha contado vuestra abuela? ó bien:—Es menester hacer lo que ella os aconseja. De esta suerte es acatada la voluntad de la anciana, que comparte con la madre la soberanía de la familia. Las aspiraciones y sentimientos de una y otra se desenvuelven con acorde armonía, produciendo el amor que nada destruye, que nunca se apaga, y es imágen de la eternidad .....

Y si el amor es el sentimiento más grato al corazon, ¿cómo no colocar en un pedestal á quien lleva ese divino don en su pecho, y lo ofrece á otros séres con inagotable bondad? La naturaleza concede á la abuela ese prestigio.

A los hombres orgullosos de su cuna, y á los que no lo son, les agrada pensar en sus antepasados, al ver á la que más directamente les representa la trasmision de la vida; cadena maravillosa que enlaza una y otra generacion

Para ponderar la indulgencia y bondad de la abuela, nos bastaria citar las palabras de un escritor francés: «No hay abuela que no ame á sus nietos»; y yo os pregunto, lectores:—¿Habrá entre vosotros alguno que quiera á su abuela?

EL VENDEDOR DE PERIODICOS.

El vendedor de periódicos no tiene en la Habana el sello especial, la expresion particular que distingue á los representantes de ciertas industrias, y que por lo numeroso de sus indivíduos, así como por la regularidad de sus trabajos, puede decirse que constituyen un gremio.

El vendedor de periódicos no es en nuestra capital uno de esos tipos que forman los rasgos característicos de la fisonomía de algunos pueblos y ciudades.

Se presenta entre nosotros bajo diversos aspectos y en ciertas épocas. Hoy está en uno de sus períodos de vida, y ántes que desaparezca, sin darnos tiempo de observarle, trazaremos en ligeros rasgos el retrato del que nos sirve de estudio.

La decoracion ó fondo de este boceto es el Parque Central, y la luz de la luna es bastante clara y brillante para que ilumine la figura que aparece en primer término; esta figura es la imágen de un muchacho de unos doce años. Cubre su cabeza una cachucha de paño; lleva las mangas de la camisa alzadas hasta el codo, y hasta la rodilla el pantalon en la pierna izquierda, cuyo pié está descalzo. Bajo el brazo el distintivo de su oficio, un paquete de periódicos. Si posible fuera efectuar el

milagro de convertir nuestro lápiz en teléfono, trataríamos de imitar el acento y la voz del modelo para trasmitirlos á los lectores; pero siendo de todo punto imposible semējante transformacion, y no encontrando vocablos que representen con exactitud el sonido de aquella voz, nos abstendremos del intento de darla á conocer. Animemos con un soplo de vida nuestra pintura, dándole móvimiento, y entónces columbraremos su alma ó fisonomía interior, como las líneas del horizonte nos hacen comprender la inmensidad del espacio.

La miseria de su traje, que con tanta diafanidad mostraba al público, hacian un rudo contraste con el rollo de periódicos, y levantaba una punta del velo con que se recata a la simple vista el interno de cada indivíduo.

La civilizacion, es decir, el triunfo de lo bello y de lo bueno, por medio de la Prensa, su propagadora más culta y refinada, iba como un sarcasmo, en los brazos de la ignorancia y el abandono.

El futuro ciudadano llevaba su paquete en la mano como el pajarillo quo cruza los aires con el grano que acaba de recojer rastreaudo por el suelo, y que ha de proporcionarle el sustento.

Tan notable contraste nos arrancaba una exclamacion, y nos decíamos:—¡Gloria, honor, poder! ¿qué sois para quien no puede comprenderos ni admiraros?

Mas—¡tal es el encanto de esa primera estacion hermosa de la vida, que tiene por diadema la esperanza y por cetro la alegría!—los girones harapientos que nos hubieran inspirado, cubriendo los miembros de un adulto, repugnancia y profundo desconsuelo, nos hacian mirar al muchacho con curiosidad y tierna compasion.

La infancia, la edad bella, triunfaba de sus andrajos, como el rayo de sòl que se abre paso por entre negras nubes.

Algunos años bastarán para transformar la crisálida.

¿Será el insecto luminoso de alas de oro, ó la negra mariposa que revuela en la noche?

Tan grata como el aroma en las flores y los gorgeos

en el ave, es en la vida del hombre la niñez, con su adorable contento.

¡Bendita sea la mano poderosa que distribuye tales dones, no ménos bellos porque tan prodigados sean, y benditos tambien el aroma de la flor, el gorgeo del ave y la alegría del niño, que brotan por la voluntad suprema del Hacedor divino!

CERVANTES.

(DE WILLIAM H. PRESCOT.)

La publicacion en este país de la obra de un eminente clásico español, en el idioma original y con valiosos comentarios, es un suceso de importancia en nuestros anales literarios, é indica una familiaridad creciente con la hermosa literatura á que pertenece.

Preséntase, además, como un pronóstico favorable á la causa de la literatura moderna, cuyo estudio, en todas sus variedades, puede ser planteado sobre una misma base, haciendo igualmente visible en otros paises, la importancia que se concede á este ramo de educacion. Este es, pues, el resultado natural, ó más bien necesario, de los cambios que se han efectuado en las relaciones sociales del hombre en esta época revolucionaria. Primeramente, una nacion encerrada dentro de sus propios límites, sabía ménos de sus vecinos que hoy nosotros de lo que ocurre en Siam ó en el Japon. Un rio, una cordillera, una línea imaginaria, los separaba como si el océano tendiera sus olas entre ellos. Pero verdaderamente era su imperfecta civilizacion, la ignorancia de los medios y motivos de comunicarse, el muro que los dividía.

Ahora por el contrario, no se alteran las leyes especiales de un pueblo sin que sientan esta trasformacion las de los países contiguos. No puede llevarse á cabo un tratado de alianza, sin la intervencion de un Congreso general; ni desenvainar la espada una parte de la cristiandad, sin que desnuden sus aceros las restantes. Es un sistema de asimilacion simpático y espontáneo, y los paises más remotos de Europa guardan tan estrecho contacto con las otras naciones, como si fueran todas provincias de una sola monarquía, de épocas anteriores.

Esta asociacion íntima ha aumentado prodigiosamente en los últimos años, por los descubrimientos sin iguales debidos á la ciencia para facilitar la comunicacion. Los habitantes de la Gran Bretaña, esa última *Thule* de los antiguos, pueden llegar al fin de Italia en ménos tiempo del que empleó Horacio para ir de Roma á Brundisium. Y una embarcacion de elegantes viajeros podrá tocar en todos los lugares célebres de la *Iliada* y la *Odisea* en ménos semanas que años hubiera invertido un argonauta ó un cruzado de la edad media. Con esta facilidad de trasporte, se llenan de extranjeros las principales capitales y lugares de baños del continente, é invaden á París los errantes ciudadanos de Lóndres, muchos de los cuales no conocen el litoral, los límites de su pequeña isla.

Es muy corto el número de viajeros que no sienten despertar su curiosidad por conocer el lenguaje y las instituciones del pueblo desconocido en cuyo seno se encuentran, mientras los más inteligentes se dedican á observar, en artes ó letras, las nuevas formas con que se presenta el genio humano.

Los efectos de esta comunicacion contínua son patentes en las reformas que se introducen en los sistemas modernos de educacion.

En las Universidades establecidas recientemente en Lóndres, el plan de instruccion no se limita á los idiomas antiguos, sino que abraza el circulo de la literatura moderna, y los trabajos de muchos profesores, demuestran que no se descuidan en sus tareas. Los periódicos dirigidos por competentes escritores, provéen sus co-

lúmnas con valiosos trabajos extranjeros, ya críticos ó literarios, y se preparan varias historias sobre las diversas literaturas continentales, ramo en que los ingleses se han mostrado estériles hasta ahora.

Sin embargo, en la historia política de las naciones del continente, los publicistas ingleses han contribuido de un modo notable. España ha empleado tambien sus mejores plumas, quienes, no obstante se han circunscrito tanto á las relaciones extranjeras, que han dejado lo del país en una oscuridad relativa.

De este modo, la gran obra de Robertson, es tanto la historia de Europa como la de España bajo Cárlos V.; y el *Reinado de Felipe II*, de Watson, puede con toda propiedad ser nombrada la guerra de los Países Bajos, que es el motivo principal.

Recientemente se han publicado en los Estados Unidos algunos trabajos que han derramado mayor luz sobre la organizacion interior y la cultura intelectual de la nacion española. Tales son los escritos de Irving, cuyo brillante estilo refleja de una manera palpitante el explendor caballeresco del siglo XV, y los viajes del teniente Slidell, que presentan paisajes igualmente vivos de la vida social de la tierra más pintoresca de la edad presente. En las *Reminiscencias de España* de Mr. Cushing, al lado de la ficcion se descubren laboriosas investigaciones sobre puntos recónditos é interesantes de la historia.

Los hermosos discursos de Mr. Ticknor aún manuscritos, ante las clases de la Universidad de Harward, contienen un órden de crítica más extensa que ninguna obra española, y desplega al mismo tiempo, atendiendo á la escasez de materiales, tal plenitud y penetracion, qne en vano buscamos en Bouteweek ó en Sismondi. El profesor Longfellow, sucesor de Mr. Ticknor, ventajosamente conocido por sus composiciones, ha enriquecido nuestro idioma con una hermosa version de las *Coplas de Manrique* que sin disputa, es la joya más bella de la poesía castellana del siglo XV.

Hemos leido tambien con placer la traduccion de las *Visiones de Quevedo*, tarea difícil que ha llenado com-

pletamente su autor, Mr. Elliot, de Filadelfia, quien supone equivocadamente que es la única version.

La primera es del tiempo de la reina Ana, y fué hecha por el famoso Sir Roger L' Estrange.

Por último, Mr. Sales, el venerable instructor del Harward College, ha dado á luz, la primera en el Nuevo Mundo, una esmerada edicion del príncipe de los clásicos españoles, bajo una forma que tiene en cierto grado el mérito de la originalidad.

Dejamos para el fin del artículo nuestras observaciones sobre esta edicion, mientras comenzamos nuestro propósito de escribir, nó la vida de Cervantes, sino los puntos ménos conocidos de su historia literaria, y especialmente respecto á la composicion y publicacion de su gran obra *Don Quijote*: obra que por su grande y sólida popularidad, puede decirse que constituye una parte de la literatura, no solo de España, sino de Europa entera.

La época de Cervantes fué la de Felipe II, cuando la monarquía española, perdiendo algo de su brillante explendor, hacía esfuerzos extraordinarios por mantener, y aún extender su vasto imperio. Sus armadas ocupaban los mares, y sus ejércitos el Viejo y Nuevo Mundo. La profesion de las armas era la única considerada como digna de un caballero; y apenas había un escritor de importancia—á no ser poeta—que no hubiera usado las armas en algun tiempo en servicio de su país. Cervantes, que, aunque pobre, era descendiente de una antigua família, estaba lleno de este espíritu caballeresco, y durante la primera mitad de su vida se le encuentra en medio de las tremendas y horribles escenas del campo de batalla. Su amor por la profesion militar, aun despues de la pérdida de su mano, ó del uso de ella, pues esto es dudoso, prueba suficientemente su animoso espíritu. En el curso de su penosa carrera visitó las principales ciudades del Mediterráneo, pasando cinco años en Argelia en melancólica cautividad. Este tiempo, sin embargo, no fué perdido, y su mirada de águila pudo enseñorearse en esos brillantes cuadros de magnificencia y profusion orientales que ha enriquecido sus páginas. Despues de una vida extraordinaria de fatigas,

retornó á su país con escaso dinero; pero abundando en esa experiencia que bajo el punto de vista de escritor le constituía un valioso caudal.

El poeta tiene elementos en su propia fantasía, el estudiante en su biblioteca; pero el escritor dramático, en prosa ó verso, su estudio digno es el hombre; el hombre como existe en la sociedad. El que hubiere de describir fielmente el carácter humano, tiene que observarle de cerca y en sus varias fases. Debe sentarse como Scott, en el hogar del aldeano, y escuchar la narracion de la vieja esposa; presidir como Fielding, en una pequeña sesion de justicia, ó aventurarse con algun Squire del Oeste en los gloriosos azares de la caza; debe como Smollett y Cooper, estudiar los misterios de esas regiones tenebrosas, y mezclarse en ese mismo elemento con los séres singulares, cuya existencia va á describir, ó como Cervantes vagar entre otras razas y paises, ántes de diseñar esos prismáticos toques que reflejan las varias y cambiantes escenas de la vida actual. Puede como Rousseau, sí es que puede concebirse otro Rousseau, recogerse en sí mismo, y profundizar su alma; pero vería solamente sus pasiones y pequeñeces, y los cuadros que bosquejára serían, aunque variados en los detalles secundarios, una reproduccion de sí mismo en los rasgos característicos. De este modo se presenta como poeta ó filósofo, nó como pintor de la vida y las costumbres.

Cervantes tenía, despues de su retorno á España, ámplios medios para proseguir el estudio del carácter humano, en la vida activa que llevó en varias provincias de aquel suelo. En Andalucía encontraba los modelos de esa imaginacion viva, esa delicada ironia con la cual sazonó sus ficciones; en Sevilia particularmente, puesto en contacto con el gran número de majos y raterillos que hacen tan notable papel en sus picarescas novelas; y en la Mancha no sólo encontró la figura de su Don Quijote, sino ese caprichoso contraste de orgullo y pobreza en los nativos, que ha servido para proveer de tipos caricaturescos á los escritores cómicos de España.

Miéntras tanto se había dado á conocer por su ficcion pastoral *Galatea*, hermosa muestra de este sencillo género, que á pesar de sus méritos literarios no era apropósito para demostrar su habilidad en describir el carácter humano; poder que por entónces, quizás, estaba ajeno él mismo de poseer. Escribió un buen numero de obras, las cuales han perecido escepto dos, recobradas á fines del último siglo. Una de estas, *El sitio de Numancia*, presenta una verdad en los contornos y una firmeza de colorido que revelan al artista verdadero.

A los cincuenta y siete años fué cuando concluyó la primera parte de su obra *Don Quijote*. Las obras más célebres en contraposicion á la mayor parte de los libros de fantasía, aparecen como el producto de los últimos períodos de la vida.

Fielding tenía de 40 á 45 años cuando escribió el *Tom Jones*; tocaba los 60 Richardson, cuando produjo su *Clarisa*; y Scott pasaba de los 40 cuando comensó la série de sus cuentos de Waverley. La escuela del hombre observador es el muudo, aprendizaje cuyos grados se alcanzan lentamente, y solo se llega á su conocimiento completo por medio de un largo y detenido estudio.

El autor nos dice que la primera parte del *Quijote* fué comenzada en una prision donde se hallaba, no por crímenes ó deudas, sino por alguna ofensa inferida probablemente al digno pueblo de la Mancha. No es ésta la única obra fruto del génio que haya brotado bajo desfavorables auspicios. *Pilgrim Progress*, quizás la más popular de las novelas inglesas, fué compuesta en idénticas circunstancias. Pero antes de Cervantes, dudamos que hayan brillado dentro de los muros de una prision ideas tan expléndidas y rasgos tan humorísticos.

En 1605 se publicó la primera parte del *Quijote* Y Cervantes demostró ménos violencia al arrojar su sátira contra las viejas y arraigadas preocupacioues de sus compatriotas, qne su propio héroe en la refriega de los molinos de viento.

Primeramente pensó en ponerse bajo el escudo de un

nombre poderoso, pidiendo al Duque de Béjar que el permitiera dedicarle su libro. Se dice que el Duque, ignorante del plan, ó dudoso del éxito de la obra, hubiera declinado la demanda si Cervante no le hubiera propuesto que se leyera un capítulo. Reunido un auditorio para juzgarle, fué tal el hechizo desde las primeras páginas, que no quisieron abandonar la lectura hasta saber el fin. El Duque, pues, sin más gestiones, permitió que se colocára su nombre en este pasaporte á la inmortalidad.

No hay nada de inverosímil en esto, y recuerda un pasaje igual de Saint Pierre, quien sometió á la crítica de notables literatos franceses el manuscrito de *Pablo y Virginia*. Este escojido círculo estaba compuesto de Mr. y Mme. Necker, Abate Galiani, Thomas, Buffon y algunos más. Oid lo que dice su biógrafo, ó más bien el elegante traductor de éste: «Al principio fué oido en silencio el autor, despues la atencion fué languideciendo, comenzaron los murmullos y se acabó por no escucharle. Mr. Buffon miró su reloj y pidió sus caballos; los que estaban inmediatos á la puerta se deslizaron; Thomas se fué á dormir; Mr. Necker se reía viendo llorar á las señoras, y estas, avergonzadas de sus lágrimas, no se atrevían á confesar que se habían enternecido.

«No hubo elogio alguno concluida la lectura, y Madame Necker criticó la conversacion de Pablo y el anciano. Este relato, segun ella, era vulgar y cansado, rompía la accion, desanimaba al lector, y hacía sentir la impresion de un vaso de agua helada.»

Mr. Saint Pierre se retiró en un estado increible de abatimiento; considerando aquella prueba como su sentencia de muerte. La mala impresion de su obra en un auditorio como aquél, no le dejaba esperanzas para lo futuro. ¡Y era *Pablo y Virginia*, una de las obras francesas más populares! ¡Baldon para aquellos críticos! ¡Verdaderamente todo induce á creer que el juicio de un auditorio bien calificado de talento y gusto puede adelantar el pronóstico de un gran público!

Si el manuscrito que se critica es de un amigo nuestro, se falla sin leerlo; si es de algun grande hombre que

modestamente nos pide nuestra aprobacion, nuestro amor propio lisonjeado nos impide rehusársela; si es de un hombre cualquiera (y Bernardino de Saint Pierre era entónces un cualquiera) nuestras preocupaciones, las preocupaciones de nuestra triste condicion humana, marcharán por una direccion opuesta.

Pero sea cual fuere el motivo, aquel que funda sus esperanzas de público favor en las sonrisas de una asamblea, corre el riesgo de llevar un desengaño; como la pintada barca que flota alegremente en un lago tranquilo y perece entre las oleadas hirvientes y altivas del potente océano. Sin embargo, en el caso de Cervantes, el pronóstico fué más exacto. Su obra produjo instantáneo efecto en la reunion; había herido una nota que repercutía en cada seno. En el primer año se tiraron cuatro ediciones; dos en Madrid, una en Valencia y otra en Lisboa.

Este éxito casi sin precedentes en ninguna otra época, era más maravilloso en aquella, en que el público lector era comparativamente limitado.

Ancha y familiar entrada obtuvo este libro en los más elevados círculos del reino; y prueba poderosa de ello es la conocida frase de Felipe III al ver un estudiante que leyendo un volúmen se reía descompasadamente:—«Este hombre ó está loco, ó está leyendo á *Don Quijote.*»

A pesar de esto, el autor no experimentó los beneficios del favor real, que le hubieran sido tan provechosos en su situacion.

Este período era la dorada aurora de la literatura castellana, pero el monarca reinante, descendiente de la deslustrada dinastía de Austria, era más adecuado para la oscuridad de la Edad Media. Dividiendo el tiempo entre los ejercicios piadosos y la licencia, no podía dedicar algunas horas á las bellas letras; y su ministro el presuntuoso Duque de Lerma, se absorbía demasiado en sus particulares planes de fútil política, para ocuparse de los romances ó sátiras. Cervantes, pues, había escogido una senda, que, como él mismo indica, podía conducirle á la gloria, pero no á la fortuna. Felizmente

no comprometió su fama por las ganancias temporales precipitando la ejecucion de sus obras. Hasta siete años más tarde de la publicacion de *Don Quijote*, no vino á dar al mundo sus *Novelas*, trabajo original que, apartándose de cuanto se conocía, no solo en la literatura patria, sino en alguna otra, prestaba ámplio desarrollo á su talento dramatico, en la creacion de las situaciones, y en la exquisita delineacion de los caractéres; ostentando un lenguaje extraordinariamente rico y lleno de atractivos.

Esta obra obtuvo desde el principio la popularidad. Al ver este éxito no puede uno ménos de indagar por qué continuaba el autor en tan reducida situacion, como espone él mismo francamente en sus escritos.

A pesar del triunfo del *Quijote*, probablemente no obtuvo grande utilidad material de éste, habiendo cedido la mitad del derecho de impresion, cuando la obra considerada como un ensayo presentaba un resultado dudoso. No es, pues, tan fácil de vencer este obstáculo, estando reconocido de una manera tan sólida el éxito de sus obras. En ellas más de una vez expresa Cervantes su disgusto con los libreros que querían aprovecharse de su trabajo, pagándole á razon de *tres maravedises el pliego*; esto es, á precio escandalosamente ínfimo.

Este género de queja y el cargo de avaricia para con el publicista, aplicado al editor, es más antiguo que el arte mismo de los libros. Solo que al público no llega sino la relacion de la parte agraviada, pero si al editor se le ocurriera tambien dar su relato, nosotros creemos que el resultado sería muy diferente. Si merece crédito Cervantes, este ramo de especulacion se practicaba en Castilla con tal destreza, que hacía á sus autores dignos de castigo. En una de sus historias se encuentra un licenciado que lamenta las tretas y malas artes que emplean estos señores con el autor á quien compran el derecho de impresion y la mala fé con que proceden, cuando el escritor costea la edicion. Entónces nada más comun que convenir en mil quinientos ejemplares y tirar tres mil, la mitad de los cuales se venden en provecho propio.

Sus escritos atrajeron á Cervantes la amístad de dos elevados personajes: el Conde de Lemos y el Arzobispo de Toledo de la antigua familia de Rojas; y la proteccion que le dispensaron estos ilustres magnates, ha tenido una digna recompensa en la asociacion de sus nombres con las producciones inmortales del genio.

Tambien se solicitaba en esta época el favor de una grande y brillante asamblea, patrocinio que podía recibir sin degradarse el pecho más leal.

Tal fué el teatro, mina de oro del favor público. Regularmente el drama ha llegado á su apogeo en una nacion, cuando ésta ha comenzado á desarrollar sus gustos literarios. Así ocurrió en Europa á principios del siglo XVII, en que florecieron Shakespeare, Johnson y Fletcher en Inglaterra: Ariosto, Maquiavelo y los primeros que con éxito ensayaron la música cómica en Italia; algunos años despues el gran Corneille, en Francia, y en España Lope de Vega, ese milagro ó más bien, «mónstruo de la naturaleza,» como le llamaba Cervantes. Las exhibiciones teatrales forman una combinacion de lo material con lo intelectual, en las cuales el espectador vulgar encuentra más encanto probablemente, en la música, decoraciones escénicas y otros resortes secundarios que hablan á los sentidos, que en las hermosas creaciones del poeta. El gusto por los espectáculos y el teatro es el más espléndido, se deriva de los períodos primitivos de la sociedad. Los progresos de la educacion y el refinamiento, han hecho al hombre ménos propenso ó más independiente del placer de los sentidos, y busca sus goces en fuentes más puras y elevadas.

Y así en vez de sofocarnos entre la muchedumbre,

«Sweating in the crowded theatre squeezed,
And bored with elbow-pointsth rough both our sides,»

como el melancólico trovador de los cantos de la naturaleza, nosotros saboreamos la ilusion pacíficamente, junto al fuego del hogar, y la novela ó el poema ocupan el lugar del drama en escena. El decaimiento del drama

liberales del público, no podia lamentar qué se descuidaban sus meritos, vivió Cervantes luchando con la adversidad, ó por lo ménos, ganándose una penosa subsistencia, con los trabajos de su pluma inmortal. ¡Qué contraste presentan estos cuadros á la imaginacion! Este ejemplo nos muestra que si como hemos dicho anteriormente, los sufragios de una asamblea no son una garantía del voto público, el juicio público, el juicio de los contemporáneos, pnede ser igualmente rechazado por la posteridad. Lope de Vega, que dió su nombre á su época, ha perdido parte de su prestigio áun entre sus compatriotas; mientras que Cervantes, atesorando poder con los años, ha llegado á ser el orgullo de su nacion, y sus obras el deleite del mundo civilizado.

Por escasas que fueran en su patria las recompensas á sus méritos, es satisfactorio notar la vasta fama que gozaba allí en su tiempo, y la gran consideracion de los paises estranjeros á la cual era acreedor.

Sobre estos motivos se recuerda una interesante anécdota, que, por no haber visto escrita en inglés, expondré á los lectores. Con motivo de una visita del Arzobispo de Toledo al Embajador francés residente en Madrid, la escolta del prelado trabó conversacíon con la servidumbre del Ministro, haciéndose alusion á Cervantes en el curso de ella. Los caballeros franceses expresaban admiracion sin límites por sus escritos, y especialmente por *Galatea*, *Don Quijote* y las *Novelas*, que eran conocidas, decian ellos, en todos los paises, particularmente en Francia, donde había algunos que se las sabian casi de memoria. Indicaron su deseo de conocer personalmente á tan eminente hombre, é hicieron multitud de preguntas sobre sus circunstancias, ocupaciones presentes y género de vida.

A esto los castellanos pudieron replicar solamente, que él habia llevado las armas en servicio de su patria, y que á la sazon estaba viejo y pobre.—¡Cómo, exclamó uno de los extranjeros, Cervantes no está en buena posicion? ¿Por qué no le sostiene el tesoro público?—No permita el cielo, añadió otro, que se satisfagan sus necesidades, pnesto que es su pobreza la que enriquece al

mundo. Otras pruebas, aunque no de tan risueño aspecto, de la altura que habia alcanzado en su patria, son la envidia y el encono de sus paisanos poetas. Los vates castellanos de aquellos dias parece que poseian de una manera completa esa irritabilidad que desde Horacio ha sido expuesta en el dintel de toda generacion; y la libertad de las críticas de Cervantes en el *Quijote* y otros escritos, aunque nunca personales, derramaba sobre sus cabezas una lluvia de dardos, que si no enviados con violencia, estaban por lo ménos empapados en veneno.

Hásta se dice que Lope de Vega estaba entre los agresores, y se le atribuye vulgarmente un soneto que aún se conserva, y en el cual despues de tributarse mil elogios, predice á su rival que sus obras se hundirían en el cieno. Pero el autor de esta torpe profecía y pésimos versos, no pudiera ser nunca el gran Lope, quien demostró siempre un espíritu magnánimo, y cuyo éxito literario hacía esta accion poco caballerosa y por demás innecesaria. Por el contrario, tenemos seguridades de que eran muy distintos sus sentimientos, en el homenaje que rinde á su ilustre contemporáneo, en sus conocidas obras, y especialmeute, en el *Laurel de Apolo*, en que concluye su poético panegírico con esta conmovedora idea:

«Porque se diga que una mano herida,
Pudo dar á su dueño eterna vida.»

En 1630, ó sea catorce años despues de la muerte de su rival, publicó Lope este poema; sin embargo de que Mr. Lockart dice en su prefacio biográfico del *Quijote* que como Lope de Vega murió (1615) no hubo quien dividiera con Cervantes el imperio literario de su patria.

Cervantes, como otros célebres escritores, no podia encerrar, sin dificultad, su libre imaginacion dentro del estrecho recinto de lás reglas dramáticas; y fué en la dedicatoria de sus desgraciadas comedias (1615) donde iuformó al público que «*Don Quijote* tenía ya calzadas las espuelas, preparándose para hacer otra salida.» Vis-

ta la gran popularidad de su héroe, parece extraño que el autor no lo hubiese enviado más ántes á continuar sus aventuras. Pero él probablemente las daba por terminadas, y buenas razones tenía, puesto que están llenos los incidentes de una manera completa en la primera parte, como se dice despues de la publicacion de la segunda, a este primer libro; y en el cual el caballero, aunque no muere á la vista del lector, éste le supone por su epitafio fuera del gremio de los vivos. Sea que esta segunda salida, por tanto tiempo retardada, fuera el propósito inmediato de su idea, tuvo que precipitarla por un suceso tan poco agradable como inesperado. Este fué la continuacion de su obra por una mano extraña.

El nombre de este autor era Avellaneda, natural de Tordesillas. Adoptando la idea original de Cervantes, prosigue con las mismas figuras escenas iguales de extravagaucia cómica; cometiendo en ellas varios plagios de la primera parte, y con incidentes tan semejantes á los de la segunda. que ya tenía escrita Cervantes, que se supone que él tuvo conocimiento del manuscrito. Pero como el parecido era solo en el conjunto, es más probable que obtuviera datos por alusiones hechas en el curso de algunas conversaciones, por el mismo Cervantes, cuando proseguia su obra. Esta bastarda continuacion tenía escaso mérito, y si atrajo sobre sí alguna atencion, fué porque ninguna materia que llevara al frente un nombre tan popular podia dejar de conseguirlo. Era, no obstante, de una ejecucion muy vulgar en el todo, y sembrada de conceptos tan groseros como bajos, áun para el gusto poco escrupuloso de la época. El sentimiento público puede comprenderse por el hecho de no atreverse el autor á arrojar el incógnito y pedir los honores del triunfo. Las investigaciones más activas no han adelantado, sino las meras conjeturas de que fuera aragonés, á juzgar por el lenguaje de la obra, eclesiástico, por la construccion de ciertos pasajes, y uno de los de la caterva de dramaturgos que se sintió tan bruscamente tratada por la crítica de Cervantes. La obra fué con posterioridad traducida, ó más

bien arreglada por Le Sage, quien ha dado en muchas ocasiones un valor real debido á la brillantez de sus trabajos, á joyas inferiores de la literatura castellana. La obra de Avellaneda, interesante por los motivos de su composicion, ha sido reimpresa en el presente siglo, no siendo difícil adquirirla. Al ver esta imperturbabilidad al despojar á un autor de sus derechos, y de las espléndidas, aunque incompletas creaciones de su génio, y cuando se sabe públicamente que este autor trabaja por completar esas creaciones, no puede ménos de admitirse este hecho como un acto de desenfadado atrevimiento, sin rival en los fastos literarios.

Parece que Cervantes se veia abrumado por las circunstancias. Estaba en el capítulo 59 de la segunda parte cuando llegó á sus manos la continuacion de Avellaneda, ó por lo ménos, aquí es donde comienza á descargar su bilis sobre el ofensor, quien habia llevado su impudencia hasta el colmo, despreciando las dotes de Cervantes. La mejor defensa de este fué la publicacion de su libro á fines del año 1615.

Tambien el novelista inglés Richardson experimentó algo parecido á los contratiempos del escritor castellano. Su popular historia «*Pamela*», fué continuada de una manera muy inferior con el título de *Pamela en la alta sociedad*. Esto inspiró á Richardson la idea de proseguir él mismo la continuacion; pero ésto dió por resultado una derrota. Nada hay más difícil que una continuacion perfecta. En sus primeras tareas, un autor llega inesperadamente ante el público, tomándole sus juicios por sorpresa y creándose con el éxito una divisa que servirá para que le juzguen en adelante. Primero se le comparaba con otros, ahora se le pondrá en paralelo con él mismo. Se ha excitado el interés del público y los rasgos de mérito que pudieron agradar al principio, despues no hallarán acogida. No es suficiente qne se mantenga en su propio nivel; es menester que se eleve.

El lector por su parte, insensiblemente llena los vacíos y conduce á un fin los personajes y la historia. Y como rara vez marchan de comun acuerdo la realidad

y la fantasía, el término del plan del autor se hace pesado á los lectores; pues apartándose de la idea que éstos se habian formado anticipadamente, los disgusta de una manera completa. Esta desazon la experimentamos con los dramas cuyo argumento se ha tomado de novelas populares, en las que pocas veces se deja de ofender al buen gusto y de desconcertar las ideas del espectador por el desenvolvimiento de los caractéres y el nuevo giro impreso por el autor dramático al original. Para comprender la fuerza de ésto, basta ver *Guy Mannerinh*, *Rob Roy* y otras piezas dramáticas, sacadas de los cuentos de Waverley.

El fiasco de *las continuaciones* se debe la mayor parte de las veces al poco vigor y constancia con que emprende el autor la nueva tarea. El mismo no encuentra interés en sus trabajos, que, perdiendo su primitiva frescura, se familiarizan en su imaginacion como una historia ya vieja. La construccion del nuevo plan es diferente del primero; fria, dura, informe, como una estátua de bronce cuyas partes hubieran sido construidas separadamente, en vez de ser colocadas en un molde, cuando el metal estaba en estado de fusion,

La continuacion de Cervantes es una espléndida excepcion de la regla general. Las abundantes críticas que por su popularidad arrancó la primera parte, le sirvieron para corregir en la segunda algunos defectos en el plan, mientras el uso contínuo del idioma le facultaba para desplegar un estilo sobremanera rico y agradable

Había llegado al apogeo de su gloria; y los beneficios de esta continuacion podían libertarle de los embarazos pecuniarios que lo habían abrumado. Pero no tuvo tiempo para gozar su triunfo.—Antes de su muerte, que tuvo efecto un año despues, concluyó su novela *Pérsiles y Segismunda*, y la dedicatoria, escrita pocos dias antes de su muerte, es enteramente característica. Está dirigida á su viejo protector el Conde de Lemos, entónces ausente del país. Despues de decirle con el proverbio español que estaba *con un pié en el estribo*, refiriéndose á la larga jornada que iba á comenzar, añade: «Ayer

me dieron la estrema uncion y hoy escribo ésta: el tiempo es breve, las ánsias crecen, las esperanzas menguan, y con todo esto llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir, y quisiera yo ponerle coto hasta besar los piés de V. E., que podría ser fuese tal el contento de ver á V. E. bueno en España, que me volviese á dar la vida: pero si está decretado que la haya de perder, cúmplase la voluntad de los cielos, y por lo ménos sepa V. E. este mi deseo, y sepa que tuvo en mí un tan aficionado criado de servirle, que quiso pasar aún más allá de la muerte, mostrando su intencion.»

Despues de estos recuerdos á su bienhechor, expresa la idea, si le fuera hecha merced de la vida, de concluir varias obras comenzadas. Tales fueron las últimas palabras de tan ilustre hombre; respirando los mismos generosos sentimientos, apasionado amor por las letras y deliciosa serenidad de espíritu, que le distinguieron durante su vida. Murió el 23 de Abril de 1616 y sus restos fueron depositados en el monasterio de la Santísima Trinidad, en Madrid, sin una señal memorable, que ni aun hoy se conoce, colocada para atraer la mirada del viajero.—Y miéntras en costosos monumentos yacen las cenizas de otros ménos dignos de este honor, sea dicho en mengua de su patria, ningun glorioso túmulo ha sido levantado en memoria de su más grande genio. No importa: él se ha erigido un inmortal trofeo más digno de su fama.

El *Don Quijote* es demasiado conocido para analizarlo; pero no así muchas de las circunstancias, casi ignoradas del escolar inglés, y deteniéndonos en ellas le ayudaremos á formar un juicio exacto. La época de la caballería, como la pintan las novelas, no tuvo nunca verdadera existencia; pero sí los sentimientos que se le imputan, ejerciendo una influencia más ó ménos activa en diversos países y en diferentes períodos de la sociedad. En España especialmente se hizo sentir desde remota fecha. La peculiaridad de su situacion se adaptaba á las extravagancias de la caballería, viviendo sus habitantes circundados de esta atmósfera romántica. Sus relaciones bélicas con los musulmanes mantenían

encendida la llama de los sentimientos patrióticos y religiosos. Su historia es una cruzada interminable, siempre con el enemigo en las fronteras que le invitaba contínuamente á hacer demostraciones de intrepidez y de arrojo personal. El lujo y magnificencia de los Arabes derramaron sobre estas querellas un esplendor que no podia proyectarse en los rudos encuentros con los cristianos de los países vecinos. Las ideas de grandeza, realzadas por sentimientos de exquisita galanteria, animaban confundidos el pecho de los castellanos, y España tuvo que ser forzosamente la tierra clásica de la caballería.

Aun las leyes concebidas con este espíritu contribuian á aumentarlo. El antiguo código de Alfonso X, en el siglo XIII, prescribe á los buenos caballeros, despues de minuciosas reglas sobre el género de conducta que han de observar, «que invoquen en la pelea el nombre de la señora de sus pensamientos, porque infunda nuevo ardor en su alma y le preserve de cometer acciones indignas de la caballería. Y tales leyes no eran letra muerta. La historia de España demuestra que estos sentimientos de galantería romántica penetraron y continuaron por más tiempo en esta nacion, que en ninguna otra de la cristiandad.

Los historiadores extranjeros y nativos de los siglos XV y XVI dan cuenta de las frecuentes apariciones de los andantes caballeros españoles, en diversas córtes de Europa, á donde se dirigían, segun las palabras de un antiguo escritor, «en busca de gloria y acatamiento,» por sus hechos de armas. En un libro escrito en tiempo de Enrique VI de Inglaterra (Pastor Letters,) se habla de un caballero castellano que se presentó en la córte de aquel rey con los colores de su dama, retando á los nobles ingleses á «romper lanzas con él, en honor de su soberana señora.» A fines del siglo seis, un cronista español, Pulgar, habla de estos sucesos de la caballería andante, como muy familiares entre la juventud noble de su época; y algo más tarde Oviedo indica la necesidad en que se creia todo buen caballero, de estar enamorado ó de aparentarlo, para

dar el conveniente interés y explendor á sus hazañas. En el relato de las justas agregado á las bellas y antiguas crónicas de D. Alvaro de Luna, publicadas por la Academia en 1784, se encuentra descrita la prueba más singular de la extravagante altura que alcanzaron en España estas románticas ideas.—El principal campeon era Suero de Quiñones, quien con nueve compañeros y en presencia de Juan II y su córte, defendió contra todos los que llegaban, un pasaje en Orbigo, no distante de la ermita de Compostela. El motivo de este paso de armas, como fué llamado, era relevar al caballero de la obligacion que le había impuesto su dama, de usar públicamente un collar de hierro todos los jueves. Las justas duraron 30 dias y los bravos adalides pelearon sin escudo y con solo lanzas de templado acero de Milan. Seiscientos veinte y siete encuentros habían tenido lugar y yacian esparcidas ciento sesenta y seis lanzas, cuando se dió por concluida la honrosa empresa. Esta narracion hecha con exquisita gravedad por un testigo fiel, hace imaginar al lector que presencia las aventuras de un Amadis ó un Lanzarote.

En la *Caballería* de Mill (vol. 2°, cap. 5°) se detallan los particulares de este torneo, donde el autor, no obstante, ha disminuido los honrosos méritos de los bizarros campeones, haciendo llegar solo á sesenta y seis el número de lanzas rotas. El gusto por estas extravagancias románticas producía naturalmente el de la lectura de cuentos de caballería, pues ámbas se favorecieron reciprocamente. Estas quiméricas leyendas fueron tambien para nuestros antecesores normandos el pasatiempo de sus largas noches, pero en el progreso de su civilizacion, cedieron el puesto á otras más naturales de composicion. Tambien justificaron su presencia en Italia á donde pasaron posteriormente y donde fueron consagradas por la mano del genio. Pero Italia no fué la verdadera tierra de la caballería, y las fábulas inimitables de Bojardo, Pulci y Ariosto, estaban animadas con las malignas sonrisas de una burla contenida, que al contrario del estilo sério, solo podía provocar una sonrisa igual de incredulidad en el lector.

En España se acogieron con perfecta buena fé las maravillas de las novelas. No porque fueran recibidas como historias verdaderas; pero el lector, cediendo á la ilusion, se entregaba á la admiracion que despertaba en él la relacion de estas hazañas, que consideradas de otro modo que como un extraño capricho de la imaginacion, eran extraordinariamente ridículas, sin que compensaran estos defectos los encantos, que no tenian, de un estilo agradable y una versificacion melodiosa. Eran en su mayor parte una reunion informe de inverosimilitudes, guardando tan poca exactitud y propiedad en los personajes como en los incidentes, y escrito en lo general con una libertad de imágenes y conceptos que no podían ménos de pervertir la moral y el buen gusto de los jóvenes lectores.

La imaginacion, familiarizada con estas monstruosas y abigarradas pinturas, no hallaba gusto en las puras y magníficas producciones del arte. El amor por lo gigantesco y lo maravilloso, le imdisponía contra el simple bosquejo de lo verdadero en las relaciones de la historia.

Las ideas expresadas por un sensato español del siglo XVI, el autor anónimo del *Diálogo de las lenguas*, representaban los sentimientos de muchos de sus contemporáneos. Dice el autor: "Diez de los mejores años de mi vida se emplearon en devorar estos absurdos, cuya lectura no abandonaba ni aún en las horas de comida, y la consecuencia de este depravado apetito fué la imposibilidad en que me hallaba de leer una historia cierta, ó que pasara por tal, que llegara á mis manos."

La influencia de tan pervertido gusto era igualmente fatal para el escritor, puesto que se veía precisado á ofrecer al apetito público en todas sus relaciones, una mezcla de esas maravillosas y extraordinarias, que atestiguaban lo inverosímil de sus escritos. Los héroes se transformaban en semidioses, dejando muy atrás las hazañas de Hércules, y cada monje ó ermitaño era un santo que hacía más milagros ántes y despues de muerto, que los suficientes para canonizar un monasterio. Las edades fabulosas de la Grecia lo son mucho ménos

que el fin de la Edad Media en la historia española, la cual obtiene gran desventaja en la comparacion con iguales períodos en los países restantes de Europa.

Hasta una época muy posterior se observa gran confusion entre las ficciones y los hechos verdaderos, y al través de la oscuridad de la tradicion se distinguen los objetos dudándose que sean hombres ó sombras. Los nombres más brillantes que guardan los anales castellanos, unidos á las gloriosas hazañas de aquel suelo y ensalzados en las páginas del cronista y en los cantos del trovador, esos nombres, asociados á los recuerdos más patrióticos y palpitantes, aparecen ahora como una mera invencion del capricho y de la fantasía. No se aducen razones para creer con más fundamento en la existencia de Bernardo del Carpio, de quien tanto se ha dicho y á quien tanto se ha cantado, que en la de los paladines de Carlo Magno ó de los caballeros de la Tabla Redonda. Y algunos de los más perspicaces críticos modernos discuten como un ser imaginario á el Cid, el héroe nacional de España; y en verdad que el incomparable edificio de sus hazañas, tan conocidas de los españoles como sus fases familiares, ha caido derribado por el rudo golpe de la crítica moderna.

Cierto es que estos héroes florecieron ántes de la introduccion de las novelas de caballería, pero se ha extendido más allá de los límites la relacion de sus proezas, á consecuencia del gusto creado por estas novelas y de la credulidad con que eran acogidas al mismo tiempo, y que no se les hubiera conocido en ninguna otra nacion civilizada. En suma, llegó á confundirse de tal modo la verdad con la ficcion, que la historia se convirtió en fábula y la novela recibió el crédito debido á la historia.

Tan dañosos resultados se atrajeron la animadversion de los hombres pensadores, provocando al fin la intervencion del gobierno. En 1543 prohibió Cárlos V por medio de un edicto, que se importaran en sus colonias americanas libros de caballería, y así mismo que se imprimieran y áun leyeran allí.

Las leyes que regían á esas colonias procedían de la

corona que consideraba el Nuevo Mundo como su exclusiva propiedad. Sin embargo, en 1555, las Córtes del reino presentaron una peticion que requería solamente la firma real para ser una ley, y en la que se exponía los diversos males que resultaban de estas novelas. El estilo de este documento, al par sencillo y solemne, agradará tal vez á los lectores: «Además, decimos que es muy notorio el daño hecho á los jóvenes, doncellas y otras personas, por la lectura de libros llenos de mentiras y vanidades, como *Amadis* y otros de igual género, puesto que los jóvenes especialmente, por su natural pereza recurren á esta clase de lectura, prendándose de los pasajes de armas y de amor y otras futilezas qué se encuentran en estos libros y que les inducen, cuando se ofrecen situaciones análogas, á cometer extravagancias que de otro modo nunca hicieran. Y muchas veces la hija á quien la madre ha dejado cautamente en casa, se entretiene en las narraciones de estas obras, que le hacen más daño que el que hubièra recibido por salir. Todo lo cual redunda, no solo en perjuicio de los indivíduos, sino con gran detrimento de la conciencia, pues apartando las ideas de las sagradas verdades y de la doctrina cristiana, las inclinan á las fementidas vanidades, trastornándolas completamente como hemos declarado. Para remediar este mal, suplicamos á su majestad que se prohiba de aquí en adelante la lectura de tales libros, que los que impresos ahora circulan se recojan y quemen y que ninguno desde este punto sea publicado sin especial licencia; por las cuales medidas hará vuestra majestad el más grande servicio á Dios así como á estos reinos etc.»

No obstante esta manifiesta desaprobacion de los sentimientos públicos, estas incitantes obras conservaron su popularidad. El emperador Cárlos V, descuidándose de su propio interdicto, se solazó con la lectura de ellas. Y grandes fiestas reales conmemoraron frecuentemente las fabulosas hazañas de la caballería, apareciendo en ellas Felipe II, entónces jóven, con el traje de andante caballero. Moratin enumera mas de sesenta novelas del siglo XVI, algunas con varias edicio-

nes, y sin duda que muchas de estas obras se escaparon á sus investigaciones.

La última de su catálogo fué impresa en 1602, siendo su autor uno de los nobles de la córte. Tal era el estado de cosas cuando Cervantes dió al mundo la primera parte del *Quijote,* dirigiendo contra estas preocupaciones que habían desafiado por tanto tiempo la opinion popular y la ley misma, los delicados dardos de su ironía. Era esta empresa en verdad harto arriesgada.

Para llevar á cabo su propósito, no hizo él como varios de los poetas italianos, un simple relato burlesco, tomando de la novela personajes conocidos é introduciéndolos en diálogos tan vulgares y de tan grotescos chistes, que hacian en extremo ridículo el contraste con el nombre que habian asumido; pues esta burla, aunque muy buena en su género, no era sino una burla, y Cervantes queria el aguijon penetrante de la sátira. Por otra parte, tenía alma de poeta y estaba muy poseido del verdadero espíritu caballeresco, para no respetar las nobles cualidades que le servian de base. Así lo demuestra en el auto de fé de la librería del hidalgo manchego, donde separa á *Amadis de Gaula* y otros, los mejores en su clase; y segun nos dice él mismo, habia comenzado una de estas historias sérias de caballeria.

Cervantes, pues, presentó un personaje en quien se encontraban todas aquellas generosas virtudes que pertenecen á la caballería: desinterés, honor sin tacha, desprecio del peligro, galante cortesia y esas aspiraciones ideales, que si son delirios, son los delirios de un espíritu elevado. Y Cervantes los describe demasiado etéreos para este mundo, disipándose sucesivamente al ponerse en contacto con las vulgares realidades de la vida. Es este lado de la obra lo que induce á creer á Sismondi, entre otros críticos, que la idea principal del autor era «el ridículo del entusiasmo, el contraste de lo heróico con lo vulgar», y encuentra algo profundamente melancólico en las conclusiones á que ello le conduce. Este género de crítica es refinado en demasía. Se parece á los esfuerzos de algunos comentadores por clasificar las grandes epopeyas de Homero y de Virgi-

lio, arrojando sobre el contesto de ellas una desagradable confusion, convirtiendo la fábula en realidad y ésta en alegoría.

El gran propósito de Cervantes, era corregir el gusto popular por las novelas de caballería, y así lo declara de una manera terminante. No hay que buscar otro en tan clara historia, aunque es cierto que en el curso de ella se despiertan en el lector sentimientos iguales á los sugeridos por Sismondi. Estas melancólicas tendencias, no obstante, están exquisitamente equilibradas por el carácter humorístico de los incidentes. Despues de todo, si hemos de buscar un fin moral como la clave de la historia, podemos decir con más razon que es la necesidad de arreglar nuestras acciones á nuestros medios.

La imaginacion del héroe Don Quijote, es un mundo ideal en que derramó Cervantes los tesoros de su propia fantasía; los ensueños de oro del poeta, elevadas acciones románticas y dulces escenas de felicidad pastoral; brillantes quimeras de la época fantástica de la caballería que habian ocupado el mundo por tanto tiempo; ilusiones espléndidas que flotando á nuestra vista como las burbujas que el niño arroja al espacio con un tubo, reflejan con variados tintes los objetos groseros que les rodean, hasta que uniéndose á ellos se rompen y esparcen por el aire.

Estas deslumbrantes pinturas aumentan su belleza por el rico y antiguo colorido del lenguaje del autor, diestramente imitado de los viejos romances y que necesariamente se pierde al traducirlo á una lengua extranjera. La locura de Don Quijote consiste en equivocar lo real con lo falso y ésto con lo verdadero. Lo que ha leido en las novelas crée que existe en el mundo y convierte lo que encuentra en él en las fantasmagorías de sus libros. Es difícil decir cuál de los dos medios presenta un aspecto más jocoso.

Para exponer de una manera más completa estas desatinadas ocurrencias, las introdujo Cervantes en acciones de la vida real, haciéndolas contrastar con caractéres que formaban el reverso de su héroe. El honrado

Sancho representa el principio material tan perfectamente como su amo el principio intelectual ó ideal. Todo en él es terreno: malicioso, franco, sensual, sus aspiraciones no son por la gloria, sino por los buenos alimentos. Todos sus cuidados son para su asno, y sus nociones de honor tienen mucha semejanza con las de su jovial contemporáneo Falstaff, como lo demuestra en su memorable soliloquio. En la sublime pintura que termina con la aventura de los batanes, verdaderamente sublime hasta que se llega al desenlace, en que Sancho dice á su amo:—«Señor, yo no sé por qué quiere vuestra merced acometer esta tan temerosa aventura: ahora es de noche, aquí no nos vé nadie, bien podemos torcer el camino y desviarnos del peligro.»

¿Puede imaginarse cosa más exquisita y opuesta al verdadero espíritu de caballería? En toda la historia no se desplega de una manera tan patente el poder de contraste como en estos dos caractéres, perfectamente opuestos no solo en sus ideas y costumbres, sino en los menores detalles de apariencia personal.

Era un rasgo de arte muy grande para Cervantes, el mantener la dignidad del carácter de su héroe en medio de las burlescas y rídiculas desgracias con que perpétuamente le envolvía. Su debilidad nos permite distinguir su carácter de su conducta y absolverlo de toda responsabilidad en la última. No ménos se demuestra el arte del autor en la otra figura príncipal de la obra, Sancho Panza, quien apesar de sus groseras cualidades mantiene una fuerte posicion en nuestro interés, por la bondad de su carácter y su astuta inteligencia.

Ciertamente que es demasiado astuto para que sea natural que siga á su descabellado amo, á no ser atraido por la promesa de una recompensa material. El es la personificacion de la sabiduría popular, saco de proverbios con la forma más distinta con que se demuestra el conocimiento del pueblo. En España han sido éstos coleccionados en diversas obras, escediendo en número á los de algunos, si nó todos, de los países de Europa. Como muchos de ellos son de remota antigüedad, tienen gran estima para los puristas castellanos, pues ofrecen

valiosas muestras de frases desusadas y las várias mutaciones del lenguaje.

Los personajes subalternos de la novela, aunque no están delineados con igual esmero, son estudios admirables del carácter nacional. En este sentido puede decirse que *Don Quijote* forma época en la historia de las letras, como modelo de la novela de carácter, género de composicion que es una de las peculiaridades distintivas de la literatura moderna. Esta clase de escritos bien ejecutados se eleva á la historia, y cumple una parte no insignificante de ella. La historia describe á los hombres no como ellos son, sino como aparecen, pues representando un papel en el gran teatro político, se muestran como los personajes de una mascarada.

Además, descansa sobre documentos de estado que frecuentemente ocultan propósitos reales bajo un artificioso velo de política, ó en relaciones de contemporáneos cegados por la pasion ó el interés. Aún sin estas consideraciones, la revolucion de un estado, sus guerras y sus intrigas, no es quizás el único aspecto interesante bajo el cual puede estudiarse la naturaleza humana. En el estrecho círculo del hogar, en las relaciones domésticas, es donde solamente el hombre puede revelar su carácter verdadero; en sus ocupaciones ordinarias en la sociedad, por motivos de provecho ó de placer, en sus maneras diarias de vivir, en sus gustos y opiniones exhibidos en las comunicaciones sociales, en resúmen, bajo todas estas formas que hacen el interior de la sociedad, es como el hombre debe ser estudiado, si es que queremos obtener el verdadero aspecto y valor de la época, y formar una idea clara y correcta del progreso actual de la civilizacion.

Pero tales trabajos no pertenecen al círculo del historiador, que no puede hallar materiales auténticos para ellos. Y sí al novelista, quien es cierto que agrega los incidentes y crea las figuras; pero que si es concienzudo en el arte, las anima con los mismos gustos, sentimientos y motivos de accion que pertenecen al período de su obra. Su retrato no es ménos verdadero por no haber tenido un individuo al frente, él ha escogido la fiso-

nomía de las edades. ¿Quién es el que no forma una idea mas distinta por las novelas de Waverley, respecto al estado de la sociedad y las costumbres de Escocia, que por los mejores historiadores de esa tierra? ¿O de la condicion de la edad media, por la única novela de Ivanhoe, más que por los volúmenes de Hume ó de Halbam? De igual manera el pincel de Cervantes ha dado una cópia más exacta y acabada de la vida de España en el siglo XVI, que la que pudiera obtenerse de una biblioteca de crónicas monacales.

España, que dió el primero y más esquisito modelo de este género de composicion, ha poseido más ámplios materiales para ello que ningun otro país, escepto Inglaterra. Debido es esto en gran parte, quizás, á la libertad y originalidad del carácter popular. Es el país donde las clases más ínfimas tienen chiste y gracia en la conversacion. Y de ellos están sazonados los proverbios nacionales y las picarescas historias, fruto indígena del suelo, donde, sin embargo, el chiste tiende á ser una mera burla en accion. La libre expansion de los caractéres populares puede encontrarse unida á la libertad de las instituciones políticas del país, antes que la mano de hierro de la dinastía de Austria pesara sobre ellas. Las largas guerras con los invasores musulmanes llamó á todo aldeano al campo, dándole cierto grado de consideracion personal. En algunas de las provincias, como Cataluña, el espíritu democrático se levantó á una altura poderosa. Y en esta libre atmósfera fueron desplegándose los rasgos peculiares del carácter nacional.

Las divisiones territoriales que marcaban la Península y que formaban antiguamente un número de pequeños é independientes estados, prestaban mayor variedad al retrato nacional. El rudo asturiano, el castellano altanero y perezoso, el industrioso aragonés, el independiente catalan, el andaluz agudo y suspicáz, el afeminado valenciano y el soberbio granadino, daban infinita variedad de caractéres y costumbres al estudio del artista. Las razas asiáticas mezcladas más que en ningun país de Europa, fueron favorables á este mismo resultado. Los judíos y los moros se establecieron en gran

húmero y por infinitas centurias para no dejar huellas de su civilizacion oriental. La sangre más noble del país dimana de lo que los españoles modernos—los españoles de la Inquisicion—miran como fuentes impuras, y una obra popular en la Península, titulada *Tizon de España*, malignamente atribuye un orígen judío ó morisco á las casas más nobles del reino. Todas estas circunstancias han conspirado para dar un grande interés poético al carácter de los castellanos; para hacerlo el más pintoresco de los pueblos europeos, ofreciendo más variados motivos al novelista que otras naciones cuyas peculiaridades se han ocultado al peso de un gobierno despótico, ó de las artificiosas leyes de la moda.

Bajo otro punto de vista es notable *Don Quijote*, y es su importancia didáctica. No es simplemente moral en sus tendencias generales, aunque era ésta una virtud rara en la época en que fué escrito, sino que está lleno de máximas y críticas que requerían espíritu y originalidad en el autor. Por ejemplo, la burla de los encantamientos y otras supersticiones comunes á los españoles, el ridículo de la tortura, que aunque no se usaba en los tribunales ordinarios, era familiar á la Inquisicion, y las multiplicadas alusiones sobre varios ramos y producciones de la literatura. Las críticas literarias sembradas en la obra, demuestran un profundo conocimiento de los verdaderos principios de gusto, adelantados á su tiempo y en los cuales ha dejado juicios de los escritos de sus compatriotas, que aun son de competente autoridad.

Verdaderamente fué didáctico el gran conjunto de su obra, puesto que era una sátira contra el falso gusto de su época; y nunca sátira alguna obtuvo tan completo éxito. La última novela de caballería antes de la publicacion de *Don Quijote* en 1602, fué tambien la última que vió la luz pública en España. Así concluyó esta clase de escritos que había despreciado todo ataque sério, extinguiéndose al soplo del ridículo.

Era imposible para un autor novel conseguir auditorio; el público había visto como se fabricaba el rayo; el espectador había estado entre bastidores y sabía con qué facilidad se hacian los reyes y las reinas, y le era

imposible por un esfuerzo de la imaginacion, convertir el paño y cartones pintados que había visto, en diademas y cetros. La ilusion se disipaba para siempre.

La sátira raras veces sobrevive á los intereses locales ó temporales á que se dirige, muriendo con el golpe que infiere. La sátira de Cervantes es una excepcion. Habiendo perdido su interés los motivos por qué fué lanzada, la atencion que se despierta en el lector moderno es solamente por la ejecucion de este libro como una obra de arte, debiéndose á la falta de antecedentes el comprenderse pocas de las alusiones que dan tal atractivo á la lectura en su época propia. Con todos estos inconvenientes no solo conserva su popularidad, sino que se extiende de una manera más vasta, gozando de mayor consideracion que en vida de su autor. Tal es el triunfo del genio!

Cervantes supo apreciar su obra en su verdadero valor, prediciendo más de una vez su gran popularidad, y así lo pone en boca de Sancho cuando éste dice: «que apostará á que dentro de breve tiempo no habrá venta, taberna ó barbería que no posea una pintura de sus hechos y aventuras.» La prediccion del honrado escudero se verificó en aquel tiempo, y el autor pudo ver cuadros de su obra sobre madera y tela y grabados en metal. Y además, varias ediciones que se imprimieron entónces en su pátria, en Portugal, Flandes é Italia. Desde aquella época se han hecho numerosas ediciones en España y en otros paises, traduciéndose á casi todas las lenguas europeas repetidas veces; diez de ellas al inglés, ocho al francés y á otras con más ó ménos frecuencia. Vamos á concluir las presentes notas con un breve resúmen de las principales ediciones y adjunta la del principio de nuestro artículo.

La circulacion de esta novela entre todas las clases facilitó más de una ocasion la publicacion de ella por manos incompetentes, y el resultado fué plagarla de errores, de tal modo, que se despojaba al texto de su belleza, omitiéndole algunos pasajes á introduciendo otros completamente extraños de una manera vergonzosa.

Y cosa singular! fué en Inglaterra donde se hizo la

primera tentativa para rescatar el original de las manos indignas que de tal modo lo violaban. La reina Carolina, esposa de Jorge II, había reunido una coleccion de novelas de caballería que graciosamente nombraba la «Biblioteca del sabio Merlin.» Solo faltaba la novela de Cervantes, y un noble caballero, Lord Carteret, se propuso llenar este vacío, á expensas suyas, con la conveniente cópia. Este fué el orígen de la notable edicion de Tonson publicada en Lóndres en 1738, 4 tomos en 4º que contenia la vida del autor, escrita expresamente para esta ocasion por el docto Mayans y Siscar. Hé aqui la primera biografía de Cervantes que merezca el nombre de tal, y en ella se demuestra el olvido en que se hallaba todo lo concerniente á su historia personal, cuando nada ménos que siete ciudades se disputaban el honor de su nacimiento. Mucho se parece la suerte de Cervantes á la de Homero!

Dado así el ejemplo por los extranjeros, se despertó en su pátria una honrosa emulacion, y al fin en 1780 en Madrid, salió de las famosas prensas de Ibarra una magnífica edicion en 4 tomos 4º, bajo los auspicios de la Real Academia Española, que como otros cuerpos literarios de renombre ha contribuido de un modo esencial al adelanto de las letras más que por memorias originales, por escogidas ediciones de escritores antiguos. Su edicion del *Quijote* muestra un exámen más esmerado del texto comparada con otras impresas en vida del autor y que se dicen enmendadas por él. Hay buenas razones para creer que estas correcciones fueron descuidadas; pero sea lo que fuere, están llenas de erratas tipograficas las ediciones primitivas.

Anterior á la publicacion de la Academia, es la Vida de Cervantes, por Rios, escrita con particular elegancia y con datos interesantes de su historia personal. A continuacion incluye un detallado análisis de la novela en que la pone en estrecho paralelo con los poemas de Homero. Pero difiere demasiado lo clásico de lo romántico para admitir semejante comparacion; y con este procedimiento se intrinca el escritor en infinitos absurdos que demuestran una completa ignorancia de los verda-

deros principios de crítica filosófica, en lo que no hubiera incurrido á haber observado las máximas mismas de Cervantes.

Merece especial mencion la edicion que apareció en Inglaterra el año siguiente, 1781, hecha por el Reverendo Mr. Bowle, clérigo de Idemestone, quien sintió tan decidida admiracioh por la novela de Cervantes, que despues de reunir una coleccion de obras que pudieran ilustrar al autor, empleó 14 años en componer un selecto comentario sobre él. Ancho espacio habia para tales comentarios; pues como hemos dicho, muchas de las sátiras que tiene la historia no eran bien comprendidas; debida á la ignorancia respecto á los libros de caballería á quienes estaban dirigidas. Muchos de los usos é incidentes de la epoca de Cervantes yacían olvidados hacia largo tiempo; y asímismo la mayor parte de las frases habian caido en desuso y necesitaban aclaraciones. Cervantes igualmente había cometido notables errores que en el exámen de la obra no se cuidó de corregir. El lector puede recordar fácilmente el asno de Sancho que aparece y desaparece en escena, segun el autor recuerda ú olvida que ha sido robado. Más adelante enmienda este defecto en dos ó tres ocasiones; pero lo deja sin correccion otras tantas. A esto deben añadirse numerosos anacronismos, y entre ellos contarse la segunda parte, desde que el autor introduce á su héroe criticando la primera, en la que está estampado su epitafio.

Segun parece, á Cervantes le disgustaba en gran manera la tarea de corregir sus escritos, pues algunos de sus errores los descarga en el impresor y otros los disimula con la observacion ingeniosa aunque no verdadera, de que son «como lunares que suelen dar gracia y hermosura á la persona.» Nunca pudo él imaginarse que sus descuidos se examinarían tan prolijamente que llegaran hasta formar un catálogo de sus repeticiones é inconsecuencias, y que las salidas de su héroe iban á ser reguladas por un exacto índice cronológico como una historia real. Aun ménos podría creer que en la mitad del siglo XVIII, una ilustrada sociedad, como la Academia de Literatura y Bellas Artes de Troyes en Champagne,

eligiera una diputacion entre sus miembros para que fuera á España, examinara la biblioteca del Escorial y obtuviera, si acaso era posible, los manuscritos originales de aquel sábio árabe de quien declara Cervantes haber traducido sus escritos. Esta era una locura mayor que la del mismo Don Quijote y que, sin embargo, se llevó á cabo.

La edicion de Bowle se compuso de seis volúmenes en cuarto, escritos en castellano, así como las notas, aclaraciones é índice que contenían los dos últimos. Observa Wat en su *Bibliotheca Británnica*, que este libro no atrajo la atencion del público, y si esto es verdad, no se mostró justiciero, puesto que era un trabajo maravilloso para un extranjero. Fueron estos comentarios los primeros sobre el *Quijote*, y aunque presentaban impropiedades que no hubiera cometido un castellano, eran un acopio de aclaraciones de que se han aprovechado los mismos críticos españoles con demasiada liberalidad algunas veces.

El ejemplo del crítico inglés provocó iguales trabajos en España, contándose entre los más acabados la edicion de Pellicer, que se recomienda por sus ilustradas indicaciones sobre diferentes puntos de historia y crítica, y por la valiosa memoria de Cervantes que contiene, escrita de una manera que no deja nada que desear, por Navarrete, bien conocido por sus laboriosas publicaciones de documentos sobre los primeros descubrimientos españoles. Su biografía sobre el gran escritor comprende todos los informes directos é incidentes que pueden presentarse para la exposicion de su historia literaria y de su vida. Si Cervantes, como su gran contemporáneo Shakespeare, hubiera dejado pocos detalles auténticos de su existencia, ya se habría suplido esta deficiencia por investigaciones y conjeturas.

Todavía faltaba un juicio clásico sobre la composicion literaria del *Quijote*, y al fin brotó de la selecta pluma de Clemencin, quien había adquirido alto renombre con la publicacion de los seis volúmenes de sus memorias sobre la Academia Española de la Historia, de la que era secretario.

En su edicion del *Quijote*, además de precisar con rara erudicion muchos pasajes oscuros de la obra, acompaña el texto con una severa pero brillante crítica en la que, al par que censura valerosamente algunas faltas contra la gramática ó el buen gusto, hace resaltar las bellezas que pasan desapercibidas á primera vista y que se escapan á un lector vulgar. Nosotros dudamos que haya sido comentado con igual maestría ningun otro clásico castellano. Desgraciadamente su autor, ya muerto, solo concluyó la primera parte, y no será fácil encontrar un crítico que complete el trabajo y esté igualmente dotado de su gusto y erudicion.

Los ingleses, como hemos demostrado, han patentizado su admiracion por Cervantes, con sus trabajos críticos y repetidas traducciones, algunas de ellas ejecutadas con habilidad, si se considera la dificultad de verter correctamente la fraseología peculiar de los diálogos humorísticos. Las más populares son las de Motteux, Jarvis y Smollet; la primera es tal vez la mejor, hecha por un francés que llegó á Inglaterra en tiempo de Jaime II. Nada en ella revela su orígen extranjero; por el contrario, su estilo rico y florido y el delicado rodeo de la frase, le hacen admirablemente apropiado para presentar una imágen fiel y animada del original. El ligero tinte de antigüedad que pertenece á la época no disgusta, y se adapta muy bien á la caballeresca dignidad que distingue al héroe. Las notas de Lockhart y sus traducciones poéticas de los viejos romances castellanos agregados á la reciente edicion de Motteux, hacen esta traduccion la más solicitada. Es singular que la primera edicion clásica del *Quijote*, los primeros comentarios y tal vez la mejor traduccion, se hayan producido en Inglaterra, y que el crítico inglés hubiera escrito sus comentarios en español, y ser hecha por un francés la traduccion inglesa.

Llegamos ahora á la edicion de Sales en el idioma original, la primera que ha aparecido en el Nuevo Mundo en una mitad del cual se habla el español. Gran falta hacía una edicion semejante en nuestra Universidad, donde se han experimentado muchos inconve-

nientes por la discrepancia de las copias usadas. Las que pueden procurarse en este país no tienen valor alguno, por la mala impresion y calidad del papel y lo llenas que están de errores: trabajo descuidado de ignorantes libreros españoles, hecho con el sólo objeto de venderse y adquirir ventajosas ganancias.

Sales ha adoptado un medio seguro para evitar estos defectos, arreglando esmeradamente el texto por la última y más correcta edicion de la Academia, y como ha sido estereotipada, pueden rectificarse fácilmente algunos errores de construccion. La Academia ha sustituido la ortografía moderna por la de Cervantes, que aparte del cambio que se ha ido efectuando gradualmente en el lenguaje, parece no haber tenido un sistema fijo.

Sales se ha ceñido á las reglas prescritas por esta alta autoridad para regular la ortografía, acento y puntuacion. En algunas ocasiones solamente ha adoptado el antiguo uso de comenzar algunas palabras con *f* en vez de *h* y de retener las terminaciones desusadas de los verbos, como *hablades* por hablais, *habládes* por hablabais; *amábades* por amabais, *amades* por amais, etc., etc. que sin duda es más apropiado al tono majestuoso de los discursos del buen caballero, quien afectaba una veneracion por lo antiguo en su conversacion, á que no han atendido bastante sus traductores.

En cierto respecto ha hecho el presente editor algunas alteraciones que creemos que antes no se habian intentado. Hemos anotado las inexactitudes de las primeras cópias del *Quijote*, en parte imputadas á Cervantes y á sus impresores en lo general. No hay modo de rectificar esos errores por la comparacion de ellos con el manuscrito autógrafo, que ha desaparecido hace tiempo. Por lo tanto, todo lo que puede hacerse es señalar la diccion más pura, en notas, como lo han hecho Clemencin, Arrieta y otros comentadores, ó como lo ha preferido el Sr. Sales, introduciéndolas en el texto de la obra. Daremos unas muestras de estas alteraciones. En el tomo 1º, página 141 dice: «Poco más ó ménos» y en las viejas ediciones se halla «poco más *á* ménos,» frase tan ininteligible hoy en español, como lo sería su tra

duccion literal en inglés, aunque en uso en la época de Cervantes, segun la opinion de algunas autoridades.

«Por tales os juzgué y tuve» tomo 1º, página 104. Las ediciones antiguas añaden siempre «lo que se vé», que es incorrecto, pues Don Quijote habla en presente.

«Don Quijote quedó admirado» tomo 1º, página 143. Otras ediciones dicen: «El cual quedó etc. «El uso del relativo deja al lector dudoso de quién es el que admira y el Sr. Sales, en conformidad con las observaciones de Clemencin, aclara la oracion poniendo el nombre del caballero.

En el tomo 2º, página 44 dice: «donde le sucedieron cosas,» y en otras ediciones «sucedió,» mala construccion gramatical, puesto que concuerda con un nombre plural.

«En tan poco espacio de tiempo como háque «estuvo» allá etc., tomo 2º, página 132, en vez de «está allá», donde se notá lo impropio de aquel tiempo que indica un tiempo pasado.

Innecesario es multiplicar los ejemplos, y los citados bastan para demostrar bajo qué pié se han hecho las enmiendas. Estas se limitan á semejantes correcciones en gramática, inexactitudes en la expresion y oscuridad de los pensamientos, ejecutadas con gran circunspeccion y en conformidad con las observacíones de las más competentes autoridades del lenguaje. Y aunque el escolar crítico preferiria el texto primitivo con todas sus impurezas, estas correcciones son de infinito valor para el lector en general y el estudiante que puede leer esta hermosa obra clásica purificada de todos aquellos errores verbales, que si claros para un castellano, no pudieran ménos de desconcertar á un extranjero.

A estas enmiendas el señor Sales ha agregado para ilustrar la obra, el admirable discurso de Clemecin que pone al frente de ella, y un catálogo considerable de notas escogidas y abreviadas de los comentadores más notables; y como el objeto ha sido exponer el texto al lector, y nó envolverlo en observaciones anticuarias ó críticas, siempre que aquellos autores han dejado de hacerlo, el editor ha suplido la falta con notas propias

que arrojan mucha luz sobre puntos ménos conocidos del extranjero. Nosotros creémos que en esta parte de la obra, pudo tener gran ayuda de Bowle, á quien parece que él no hubo de consultar. El comentador castellano de quien más uso hace Arrieta, es deudor en gran manera del crítico inglés, quien como extranjero, se detiene en oportunas explicaciones que serian supérfluas para un español.

Otra particularidad podemos señalar en la presente edicion, y es el dividir el texto en convenientes párrafos á imitacion de las traducciones inglesas: grato socorro para el ánimo del lector que se fatiga en la lectura de los ejemplares antiguos por la sucesion de largas páginas faltas de estos adecuados intervalos.

Pero tememos que nuestros lectores crean vamos á proseguir un exámen interminable. Solo observaremos en conclusion que la ejecucion mecánica de la obra recomienda de un modo notable nuestra prensa y que está engalanada con grabados de nuestro Cruiskband americano, Johnston; algunas de las láminas son originales; pero la mayor parte son copias de la última edicion inglesa de la traduccion de Smollet. Están concebidas y acabadas con mucho arte y sin duda que satisfarian completamente al honrado Sancho, que predijo para sí y su amo este género de inmortalidad.

Damos nuestro parabien al público por la edicion de esta obra, gloria de la literatura castellana, edicion salida de nuestras prensas y que ha sido acabada de una manera tan cumplida. Confiamos en que la ambicion del respetable editor será recompensada como lo merece, llegando á ser el manual del estudiante en todos los seminarios de este país, donde se enseña el hermoso idioma castellano.

INDICE.

POESIAS.

PROSA.

ERRATAS PRINCIPALES.

Página.	Verso.	Dice.	Léase.
16	26	último	íntimo
27	3	ninfas	linfas
77	10	enternecido	estremecido
85	22	te	se
88	3	llena	lleno
88	4	De	Da
108	24	tu	su
108	25	tu	su
112	8	eterna	etérea
136	7	tersura	ternura
139	14	vaporoso	pavoroso
143	14	gigantesco	gigantescas
163	6	de	el
173	3	ilumine	ilumina
186	2	nacarado	enarcado
186	15	por	en
186	20	del	de un
203	6	surcar	surcas.
203	72	cruzar	cruzas;
224	11	la más rica	Y las ricas
232	26	oh! lirio!	el lirio se



